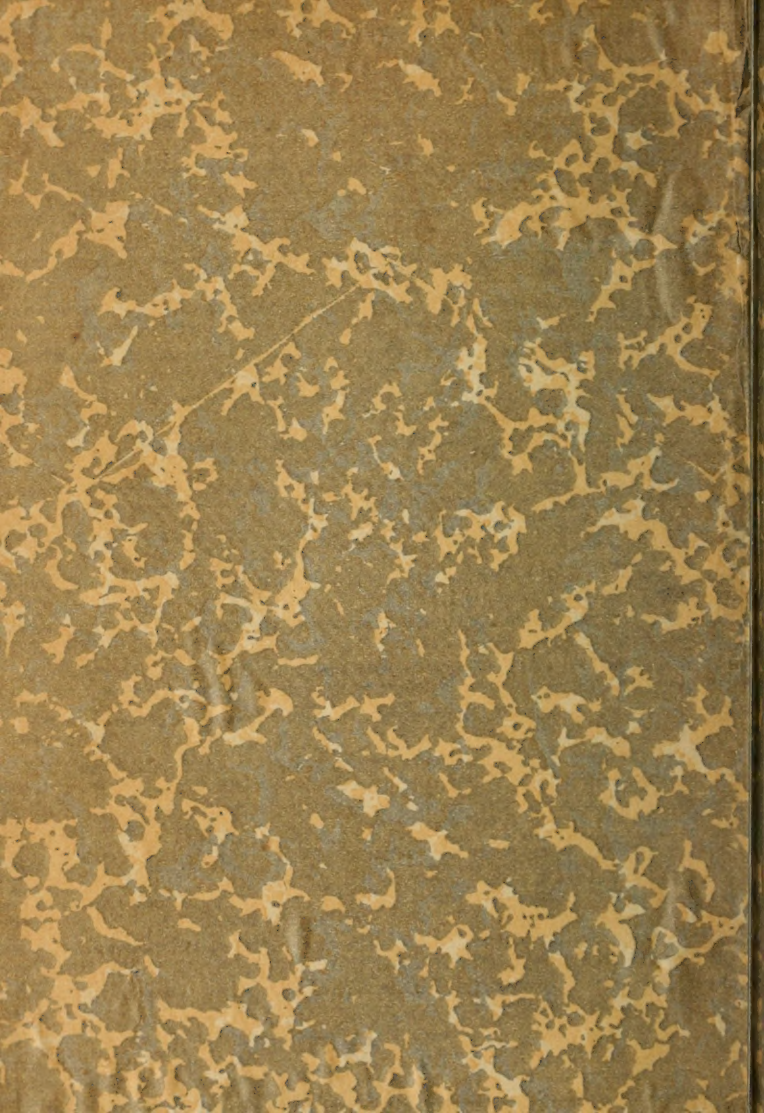
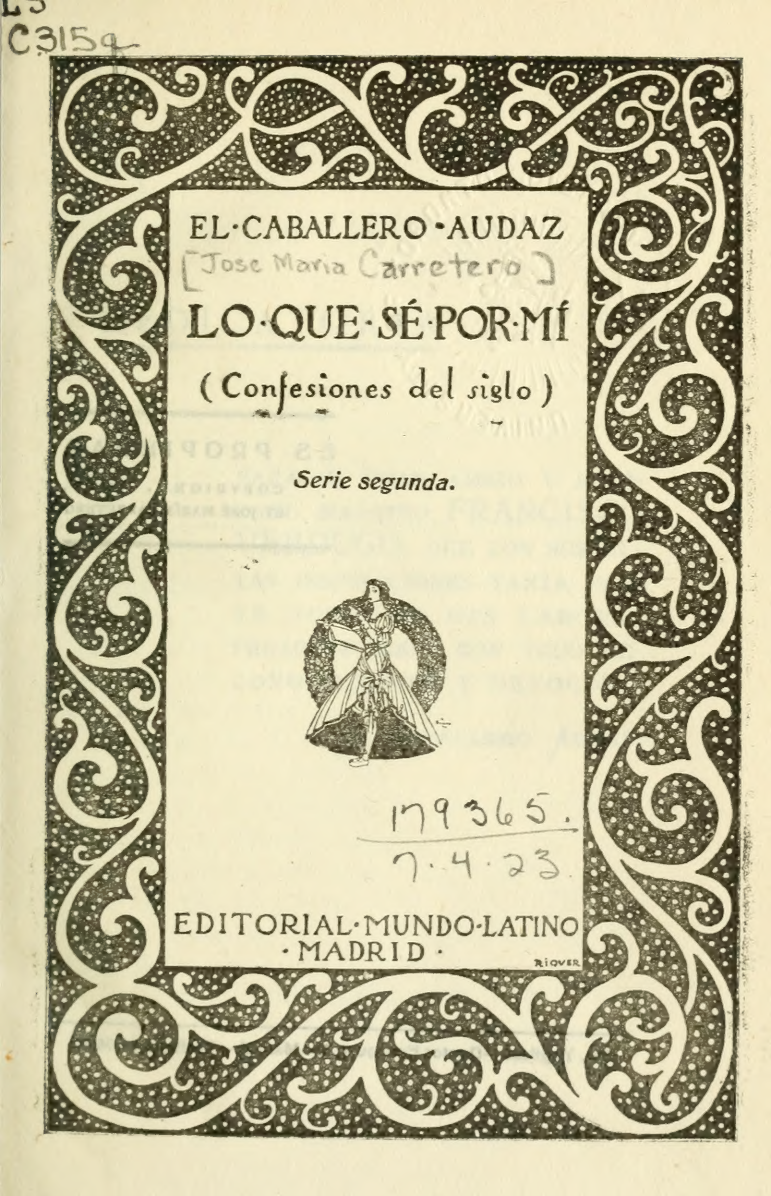

3 1761 05503029 0







LO QUE SÉ POR MÍ



EL·CABALLERO·AUDAZ

[Jose Maria Carretero]

LO·QUE·SÉ·POR·MÍ

(Confesiones del siglo)

Serie segunda.

EDITORIAL·MUNDO·LATINO
·MADRID·

RIOVER

Tip. Yagües. —Doctor Fourquet, 4.—Madrid.—Teléfono 30-76 M.

DEDICATORIA

PARA MI GRAN AMIGO Y ADMIRADO MAESTRO FRANCISCO VERDUGO, QUE CON SUS ALTAS INSPIRACIONES TANTA PARTE TOMÓ EN MIS LABORES PERIODÍSTICAS, CON TODO RECONOCIMIENTO Y DEVOCIÓN,

EL CABALLERO AUDAZ.





En cuanto tomé asiento en una butaca enfundada, don Jacinto me dijo:

—¿Usted fumará?

Y, sin esperar mi respuesta, salió rápido en busca de un cigarro.

Aquella habitación era una salita un poco añeja y sin ningún relieve, ni artístico, ni suntuoso. Más bien modesta. Un enorme tigre disecado que había delante del sofá nos miraba fieramente con sus pupilas de cristal crema.

Don Jacinto volvió con una caja de tabacos habanos. Eran enormes.

—No sé si serán buenos—me dijo ofreciéndome—. Acaban de regalármelos...

—Grandes sí que son. A mi medida.

—No, eso no; ya ve usted, yo, a pesar de lo pequeño que soy, fumo siempre cigarros muy grandes.

Y después, aparentando una gran frialdad,

pero con una poca de inquietud, don Jacinto se acomodó en la butaca de enfrente y comenzó a fumar.

Todos conocéis el perfil agudo y la sonrisa perenne de este dramaturgo. Alguien ha dicho en estos días que sus ojos pequeños y negros se clavan en su interlocutor como dos lancetas... Esto es una fantasía. Don Jacinto jamás mira de frente. Mientras habla o escucha, sus inquietas pupilas van de un lado a otro, y si a ratos quedan fijas, es en el suelo. Su conversación va siempre acompañada por los movimientos aristocráticos de sus manos, delicadamente ensortijadas; pero unos movimientos apacibles, sin brusquedades, sin jamás separar los codos del cuerpo. Todos sus gestos son de rendimiento, de hnmildad; observándole, cuesta trabajo creer que este caballero menudo, que parece un rezagado del siglo Renacimiento, sea el autor de *Los malhechores del bien*, de *La noche del sábado* y de *Los intereses creados*. Más en armonía con su escogidita figura y con su mansa humildad hubiese estado escribir oraciones sagradas y devocionarios religiosos.

Yo, un poco azorado, porque no viéndolo los ojos no podía saber el juicio que estaría formando el maestro de mí, comencé preguntándole:

—¿Cuánto tiempo piensa usted dedicarme, don Jacinto?...

—¡Oh, el que usted necesite; una hora, y si es preciso más, más!

—Sobra... Hablaremos primero de su niñez. ¿Nació usted en Madrid?

—En la calle del León, no recuerdo qué número... Allí viví hasta los cuatro años...

—¿A qué edad comenzaron a despertarse en usted las aficiones literarias?...

—Mis aficiones teatrales, desde muy niño... Siempre mi juguete ha sido el teatro. Yo hacía obritas teatrales para después tener el placer de representarlas en el teatro de muñecos, y esto me divertía tanto como pueda divertir a la juventud de ahora jugar al *golf*, al *tennis* y al *foot-ball*... Mi placer no estaba en escribir las obras, sino en representarlas.

—¿Nunca cultivó usted otra literatura que la teatral?

—Algo hice en crónicas y cuentos, pero poco.

—¿Cuáles fueron sus primeros trabajos literarios?...

Dos libros: *El teatro fantástico* y *Cartas de mujeres*.

—¿Y su primera obra?

—La primera estrenada, *El nido ajeno*.

—¿Pero no la primera que había escrito?

—No, no. Ya había hecho muchas que Mario, después de leerlas, me las fué rechazando con muy buen acuerdo.

—¿Por qué?—le pregunté extrañado.

—Porque no eran buenas. Yo las he leído después, y no me han gustado.

Hizo una pausa. Dió unas cuantas chupadas a su habano y, muy fríamente, continuó:

—Claro que ahora me pasa lo mismo con las que estreno: no me gustan ni pizca.

—Entonces, ¿a usted no le agrada ver desde el público sus obras?...

—¡Oh, no!—rechazó rápido—. Rara vez asisto a una representación. Cuando, por tratarse de un homenaje o de una función benéfica, me obligan a ello, paso muy mal rato; me arrepiento hasta de haberla escrito.

—Y eso, ¿por qué?

—Principalmente, porque me aburro; ya se sabe uno sílaba por sílaba todo lo que allí se va a decir... Además, se advierte lo malo, y lo bueno ya no emociona.

—¿Me han dicho que a los ensayos de sus obras no asiste usted tampoco?

—No; no voy a los ensayos para no quitarles a los cómicos espontaneidad... Es mejor, porque así cada uno interpreta su papel como lo

siente. ¿Para qué contrariarles?... Por esta misma razón, mis obras apenas tienen acotaciones.

—¿Cuál es la obra de su repertorio que mejor se ha representado la noche de su estreno?...

—*Señora ama.*

Hicimos una pausa... Don Jacinto, en sus respuestas, no tenía un titubeo. Siempre, sin levantar la vista, contestaba sencillamente, concisamente. Proseguí:

—Dígame usted, don Jacinto, ¿y cuando estrenó usted *El nido ajeno*, gustó?...

—Al público, sí; a la crítica, no.

—¿Qué edad tenía usted entonces?...

—La edad a que las mujeres empiezan a desconfiar de los hombres: veintitrés años.

—¿Y le costó a usted mucho trabajo estrenar?

—No; mi padre era el médico de Mario; fuí a tiro hecho.

—¿Escribe usted con facilidad?...

—Sí, porque no me pongo delante de las cuartillas hasta que en mi imaginación tengo bien tejida la obra y muy pensado el diálogo...

—Según eso, usted medita mucho sus obras.

—Muchísimo.

—Pues viéndole a usted en público y obser-

vándole, da la sensación de que no se preocupa de ellas gran cosa.

Esto le molestó un poco a don Jacinto.

Su vocecita nasal protestó de ello como de un absurdo...

—¡Ah, pues no, las pienso mucho! La prueba de ello es que cuando estoy en plan de trabajo duermo poco, no como casi nada y me desmejoro considerablemente.

—Por lo regular, ¿cuántas horas acostumbra usted a dormir?

—Pocas. Generalmente, cuatro, y muchas temporadas, sólo dos.

—¿Entonces se acuesta usted muy tarde?...

—Sí, hago la vida de noche; porque por el día, ¿qué tengo yo que hacer en el mundo?... Acostumbro a acostarme de tres a cuatro de la madrugada. A las nueve me entran el chocolate, y ya, leyendo y tomando apuntes, permanezco en la cama hasta las tres de la tarde.

—¿Escribe usted en la cama?

—No, señor; esas son tonterías que me adjudican; puede usted desmentirlas.

—¿Le emocionan a usted los estrenos?

—Cuando empezaba, no; ahora, cada vez más; y es que, claro, va siendo mayor la responsabilidad de uno y es mayor el compromiso de acertar.

—¿Toma usted apuntes de la realidad para sus obras?

—Casi todas tienen por base la realidad, y algunas son la realidad misma... En *Señora ama*, por ejemplo, no puse más que las cuartillas y la tinta. Recuerdo que los dos primeros actos los hice en el pueblo, y luego, cuando quise seguirla aquí, no pude, porque había olvidado el modismo del lenguaje, y tuve que volverme otro mes allí para terminarla.

—¿Cuántas obras tiene usted estrenadas?

—Setenta y cuatro.

—¿Cuál le gusta a usted más?

—*Señora ama*.

—¿Cuál fué la más aplaudida?

—*La malquerida* y *La ciudad alegre*.

—A propósito de esta obra... Usted, claro es, se ha propuesto poner de manifiesto los males de nuestra patria.

—Sí; de eso no cabe la menor duda.

—Y el público se pregunta: ¿cómo don Jacinto, que es un hombre de imaginación privilegiada, al mismo tiempo que nos presenta los males no nos presenta el remedio?...

Don Jacinto sonrió muy humilde, muy cortés, pero muy irónico.

—Al público que piense así le digo lo mismo que le dije a nuestro Rey como contestación a

idéntica advertencia: «El remedio está en hacer todo lo contrario de lo que hacen los muñecos de mi farsa. En renunciar a todos los egoísmos personales en aras de un santo egoísmo patrio... En no consentir que de los negocios públicos y de la gobernación del Estado se apoderen *Crispines* cínicos y desvergonzados. Ahí está el remedio.»

Todo esto lo decía Benavente sin que se alterase en lo más mínimo el tono de su voz..., sin apartarse para nada de su eterna indiferencia.

—¿Cuánto dinero le lleva a usted producido el teatro?...

Meditó un instante. Después:

—A mí, algo...; a otros, mucho...; pero como no he llevado la cuenta de lo mío, y mucho menos la de ellos, no lo sé.

—Aproximadamente...—calculé yo—¿dos millones de pesetas?

—¡Ay!... No me remuerde la conciencia de haberme gastado tanto.

Hizo un silencio, y prosiguió:

—Yo no juego ni bebo, y mi vivir, como usted ve, es modesto. ¿Adónde podía haber ido ese dinero? Le advierto a usted que la gente está muy equivocada respecto a mis ingresos como autor. Yo, hasta hace cuatro años, ni

siquiera he podido vivir de la renta de mi teatro.

—¿Cuál es el rasgo más personal de su carácter, don Jacinto?

—¡Oh! ¡Cualquiera sabe eso! ¿Quién es capaz de conocerse a sí mismo? Mejor que yo, le contestaría mi criada a esa pregunta.

—¿Pero usted sabrá cuáles son sus vicios y sus virtudes?

—¡Menos!... El amor propio y la vanidad nos hacen creer que nuestros vicios son virtudes y las virtudes de los demás son vicios... Además, ¿quién es capaz de clasificarlos?

—Cuando comenzó usted a escribir para el teatro, ¿qué autores le gustaban más?

—Shakespeare, Echegaray y algunos más.

—¿Y ahora?...

—No me ponga usted en el caso de molestar a muchos para alabar a pocos...

—¿Cuál ha sido la mayor alegría de su vida?...

Don Jacinto hizo un gesto de desaliento, y tras él quedó un momento perplejo.

—No sé—repuso al fin—. Desde luego, literaria no ha sido... Eso depende del estado de ánimo en que se encuentra uno... A lo mejor, lo que hoy nos da un minuto de dicha, mañana nos aburre espantosamente.

—¿Y su mayor tristeza?

—Tampoco lo sé. Yo he perdido a mi padre, y le quería mucho.

—Siendo como es usted el dramaturgo más aplaudido de España, y tal vez de Europa, ¿ha visto usted realizado su ideal?

—¡Oh, no! Aparte las lisonjas, yo preferiría haber sido un gran actor... Me hubiera divertido más.

—¿Quién es su mejor amigo?

—Eso *ellos* lo sabrán... El que yo más distingo es muy difícil decirlo, porque se molestarían los demás... Y las sinceridades que cuestan tan caras y que no redundan en beneficio de nada, es un lujo que debe suprimirse.

—¿Y su mayor enemigo?

—No creo tenerle.

—Tal vez Pérez de Ayala—le dije en broma.

Él rió muy discretamente; pero conteniendo alguna frase traviesa que la sustituyó por...

—No creo—repuso con ironía—. Con el tiempo es posible que llegue a serlo... Y si esto le beneficia en algo, a mí me parecerá muy bien, porque es buen muchacho.

—A propósito. Dígame usted algo sobre esa revista que sostiene con usted un duelo literario.

—No sé a qué revista se refiere usted.

—A *España*.

—¡Ah, ya! Que sus redactores me admiraban antes mucho; tanto es, que como son «gentes serias»—según ellos—, yo comencé a creerles, y por poco me lleno de vanidad. Después vino la guerra, y en cuanto vieron que yo era germanófilo, ya decidieron no admirarme y ponerse de acuerdo en que desde entonces yo comenzaba a decaer... Y el caso es que cuando se fundó *España* no les parecía yo tan mal, porque me pidieron mi colaboración; de una manera un poco impertinente, pero me la pidieron.

—¿Le inquieta a usted la crítica?...

—No.

—¿Y las censuras?

—Me distraen.

—Pues, ¿qué le inquieta a usted de la vida?

—Nada.

—¿Ni la muerte?

—La muerte no me preocupa. Las enfermedades sucias y largas, sí.

—¿Cuáles son sus más grandes amores?

—Mi madre y una ahijadita que tengo allá en el pueblo, en Aldeaencabo.

—Dicen que esa chiquilla...—insinué.

—Sí, que es mía—terminó él—. ¡Dios me libre! Esas son necedades que inventan.

—¿No ha tenido usted nunca una pasión amorosa?...

—No.

—¡Pues si también dicen que tuvo usted amores con una célebre actriz de la Comedia!...

—Nada; tonterías. Yo a esa actriz la he conocido siempre comprometida. Es cierto que tuve con ella muchas simpatías y que la quise mucho, pero como a otras.

—¿Cuál ha sido su mayor fracaso teatral?

—*La gata de Angora* y *Los polichinelas*. Bueno, esta última fué un pateo espantoso.

—¿A qué político admira usted más?

—Si le contesto con sinceridad, a ninguno.

—¿Cuáles son sus literatos predilectos?

—Como prosista, Galdós; como poeta, Rubén Darío.

—¿Y sus pintores preferidos?

—Sorolla y Romero de Torres.

—¿Qué actor le gusta a usted más?

Tuvo un momento de indecisión.

—Fernando Díaz de Mendoza me parece el más completo—decidió al fin.

—¿Y qué actriz?

—Déjeme usted un poco de galantería para las que no me gustan. Ponga usted que muchas.

—¿Cree usted que España, en relación con

el resto de Europa, está en decadencia literaria?

—¡Quiá! Dentro de lo que nosotros somos, no creo que desmerezca nada; al contrario.

—De la guerra, ¿para qué hemos de hablar?...

—Todo el mundo sabe cómo pienso, porque no me he recatado de decirlo en mis crónicas... Soy germanófilo antes, ahora y después de la guerra.

—¿Qué proyectos literarios tiene usted?

—Sólo tengo pensado darle en el otoño una obra a Margarita Xirgu.

—¿Es usted perezoso para escribir?

—No; a pesar de lo que dice la gente, no soy perezoso. Ahí está mi labor de este año.

—¿Cuánto tiempo tarda usted en hacer una comedia en tres actos?

—Veintitantos días; estas de este año, ninguna me ha llevado más tiempo.

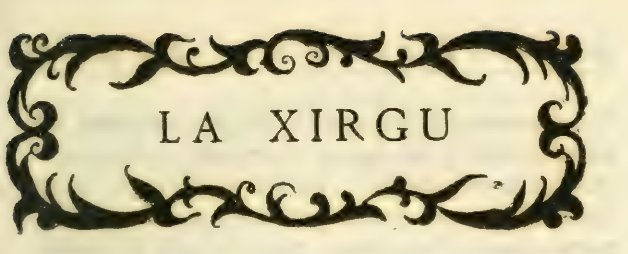
—Cuénteme usted alguna anécdota que tenga relación con su vida de autor.

Benavente meditó un momento. Después dijo:

—Ahora mismo, solamente me acuerdo de una muy cómica, en la que fué protagonista mi cocinera... Era la noche del estreno de *La comida de las fieras*. Estaba la pobre mujer en

su localidad, y al salir yo al público a saludar, sentí que a su alrededor había bronca... Luego me enteré. Una que estaba al lado de ella, al verme, exclamó descorazonada: «¡Ay, pobrecito; tiene cara de hambre, como todos los escritores!» Mi cocinera, que oyó esto, se lanzó sobre ella como una arpía, diciéndole: «¡Oiga usted, so... señora; que mi señorito come muy bien, porque yo le guiso todos los días muy ricas chuletas!... ¡Ya quisiera usted!»

Y don Jacinto, mientras contaba esto con mucha gracia, sonreía más satisfecho que cuando hablábamos de sus glorias literarias.



—Su apellido de usted, ¿es Xirgu o Xirgú? ¿Con acento o sin acento?...

—Sin acento: Xirgu—se apresuró a contestar Margarita—. Todo el mundo ha dado en llamarme Xirgú, y ¡me da un coraje!...

—Es un apellido muy original y que se presta mucho para la celebridad—comenté.

—Sí, ¿verdad?... La cruz de la equis—y la genial artista hacía una cruz con los dedos índices—le hace muy bien y llama mucho la atención... Además, el nombre Margarita combina perfectamente. Al principio de aparecer yo en el teatro se creyó que era un seudónimo; pero ¡no hay tal!: es mi nombre.

Calló Margarita, bajó los ojos, y con gesto hechiceramente ingenuo posó la mirada en sus pulidas manos, que, una sobre otra, estaban aquietadas en sus rodillas.

¿Es bella Margarita?... No sé qué deciros.

Yo, sentado frente a ella, la contemplaba de hito en hito y me hacía la misma pregunta... ¿Es bella esta mujer?... Mientras permanece en silencio parece una mujer algo extraña y un poco dura de facciones; pero cuando se siente mirada, y sobre todo cuando habla de arte, de luchas pasadas, de triunfos, de ilusiones pretéritas, entonces se transfigura de tal forma, que sé muestra como una belleza extraordinaria.

Charla mucho, y la charla en sus labios —que no han podido todavía eliminar el acento catalán—tiene algo de misterio, de risa y de dolor al mismo tiempo; ese algo es lo que subyuga y va poco a poco adueñándose de la admiración del que la escucha.

Muy morena, tan morena, que su piel tiene trechos—las ojeras, la barbilla, el cuello—por donde broncea. Sus ojos, muy grandes y muy negros, brillan a veces con un fulgor siniestro, como los de una tigresa... Nunca están quietos. Van delante de su palabra para daros la perfecta sensación de la alegría, del dolor, de la tristeza, del placer.

La nariz, casi perfecta, de levísimas aletas, respinga un poco por la punta. Su boca, grande, inmensamente grande, siempre ríe, dejando asomar entre sus sangrientos y finos labios

los dientes, también grandes, pero blanquísimos. Como la endrina es su cabellera, que se desborda sobre su nuca, ondulada, brillante, copiosa.

Aquella tarde su gentil figura, más bien alta, estaba ataviada con una sencillez elegante. Un vestido de seda, color naranja, ceñíale perfectamente las firmes redondeces de su cuerpo. Permanecía sentada en una panzuda butaquita, con una pierna cruzada sobre la otra, y bajo la fimbria de la falda de inflados *panniers* asomaba el hechizo de sus diminutos piececitos, calzados con zapato de raso negro, que contrastaba lindamente con la media de seda blanca.

En la habitación paredeña, que era una alcoba, un caballero daba paseos de un lado a otro.

Campúa contemplaba a la Xirgu con deleite. Yo proseguí:

—Y dígame usted, Margarita, ¿cuánto tiempo hace que apareció usted en el teatro?...

—Ocho años...

—¿Siempre de primera actriz?...

Margarita rió mi inocencia.

—¡Oh, no!... Verá usted: Yo, desde pequeña, desde que tenía cinco años, sentía una indomable vocación por el teatro... Recuerdo que

en mi casa, en Barcelona, me pasaba la vida declamando, y como a otras niñas, cuando van visitas a sus casas, se les dice: «Anda, fulanita, baila, canta, toca el piano», a mí, ya se sabía, mi gracia infantil era recitar versos o trozos de obras delante de todas las amistades de mis padres. A los quince años tomé parte en varias funciones de aficionados. Alguien adivinó en mí condiciones de actriz y me aconsejó que me dedicara de lleno al teatro. Seguí aquellos consejos y accedí a contratarme como damita joven en el teatro Romea, con ocho pesetas diarias. Allí hice *Mar y cielo*, de Guimerá; *Noche de amor*, *Los pobres menestrales* y *Teresa Raquín*; pero llegó un momento en que llegué a desempeñar papeles de primera actriz, y el empresario, aunque encantado de mi concurso, no me aumentaba el sueldo; seguía, pues, con las ocho pesetas.

—Y usted, ¿por qué no protestó?

—¡Bah! A mí me daba mucha vergüenza. Pero verá usted: a la temporada siguiente me hicieron proposiciones Novedades y Principal. Novedades me daba veinticinco pesetas y Principal quince. Yo, que más que el dinero deseaba crear, tener un éxito mio, contesté que donde se estrenara *Juventud de príncipe* allí iba yo. En el Principal se quedaron con

esta obra y, en efecto, yo la estrené. Fué un éxito ruidoso. Después estrené *Salomé*, otro éxito delirante; pero las autoridades encontraron en *Salomé* algo pecaminoso, y nos cerraron el teatro. A la temporada siguiente, que ganaba cuarenta pesetas diarias, fué cuando me contrató Da Rosa para una *tournée* por España y América.

—¿Qué contrato llevaba usted?...

—Me ofreció veinte duros diarios en España y cincuenta en oro en América, y un beneficio al veinticinco por ciento en cada sitio donde diéramos más de cuatro funciones.

—¿Estaba ya contratado Thuillier?...

—No, señor. A Thuillier lo contrató por mi indicación. Da Rosa no lo veía con buenos ojos. Pero yo necesitaba un director de escena para compartir la responsabilidad y hacer frente a la compañía... Figúrese usted: yo era muy joven y no me consideraba con fuerzas suficientes para llevar sobre mí todo el peso de la *tournée;* entonces pensé en un director. Mi ideal hubiera sido Díaz de Mendoza; pero como se trataba de un imposible, di el nombre de Thuillier...

—¿Y cómo es que no han continuado en compañía?...

Margarita hizo un gracioso mohín, levan-

tando sus cejas arqueadas y finas y surcando la tersa frente con tres arrugas.

—De eso, mejor es no hablar... Thuillier se equivocó.

Hizo unos instantes de silencio; después, sonriendo cruelmente, prosiguió:

—Todos los que me ven siempre tan risueña, tan chiquilla y tan alegre, creen que yo soy fácil de manejar, y se equivocan. Yo soy una mujer, o muy fácil para todo lo de la vida, o imposible; muy fácil, porque con razones logra cualquier persona convencerme de que debo hacer una cosa; ahora bien: si no me convence con razones, por imposición y por fuerza soy indominable.

—Y cuando Da Rosa la contrató, ¿sabía usted el castellano?...

—Ni una palabra. Yo siempre hablé el catalán y mi teatro fué catalán. El castellano lo aprendí en poco tiempo, en menos de un año; pero ¡figúrese usted con qué miedo trabajaría las primeras veces!... ¡Horroroso!...

—¿Cuántas funciones va usted a dar en la Princesa?...

—Hasta el 24 de este mes.

—¿Cuál es la obra preferida por usted?

—*¡Salomé!*, hasta ahora.

—Y de la Princesa, ¿adónde va usted?

—Haré una corta *tournée* por provincias, y después, al Gran Casino de San Sebastián, donde estaré del 10 de agosto al 18 de septiembre.

—¿Qué obras lleva usted?

—Llevo seis del repertorio de Benavente. Entre ellas, *La princesa Bebé*, *La malquerida*, *Los buhos*, *La señorita se aburre*, *Los ojos de los muertos*. De Valle-Inclán estrenaré *El yermo de las almas* y otras... ¡Y ya veremos!...

—¿Las obras de qué autor se adaptan más a su temperamento artístico?

Dudó unos momentos.

—No sé cuál decirle a usted. Nuestros autores predilectos son aquellos que nos hacen obras a propósito para nuestro temperamento, ¿no es eso?... Pero en mí no ocurre esto, porque hasta ahora yo soy la que ha ido a los autores, no los autores a mí. Echegaray, Benavente, los Quintero y otros hicieron teatro pensando en la Guerrero o en la Pino, y esto es muy principal; veremos el día que yo estrene obras al corte y a medida de mi temperamento.

—¿Está usted satisfecha de su *début* en Madrid?

Sonrió con inefable alegría:

—¡Oh! ¡Muy satisfecha! ¡Satisfechísima! Yo

temía al público de Madrid como al de ninguna parte. Era el tribunal que con su fallo iba a decidir mi causa artística... ¿De qué me hubiera servido mi espléndida *tournée* por América y provincias si no gusto aquí?... De nada; pero se alzó el telón, y cuando yo en las primeras escenas levanté los ojos y observé con qué respeto, con qué atención se adelantaban las cabezas para escucharme, como si se hubiese tratado de una artista ya consagrada, respiré satisfecha.

Y Margarita daba un profundo suspiro de triunfo.

—Y la temporada próxima, ¿trabajará usted en Madrid?

—Veremos. Depende de que tenga teatro; hasta ahora no lo tengo.

Se detuvo; después, entornando los ojos con deleite, continuó:

—¡Mi ilusión es hacer aquí toda la temporada!

—¿Es usted casada, Margarita?...—inquirí.

—Sí, señor; mi marido está aquí.

Y me indicó la alcoba donde paseaba el caballero.

—¿Podríamos hacerle una fotografía con su esposo?—propuso Campúa, cejijunto, mirando de soslayo a la alcoba.

—Con mucho gusto—accedió ella; y, dirigiéndose al marido, continuó—: Pepito, Pepito, ¿quieres que nos retratemos juntos?...

—¡No! Déjame a mí de retratos—contestó, desde la alcoba, una voz desabrida, tintada de acento catalán.

—Anda, Pepito; si ahora es moda. ¿No has visto a *Azorín* con su esposa?... Sí, Pepito, para que mamá nos vea juntos... Anda, Pepito...

Su voz era suplicante y mimosa, como la de una chicuela.

—Te he dicho que me dejes de tonterías —rechazó de nuevo y más agriamente el marido.

No desistió la esposa. Alzóse y fué a la alcoba. A los pocos instantes volvió acompañada de él... Es un joven alto, seco, barbilampiño, de rostro encogido por una perpetua expresión de sorpresa. Seguramente creyó que desde su altura social no debía descender para pequeñeces, y... no nos saludó ni con un movimiento de cabeza. Campúa y yo nos miramos asombrados...

—¿Dónde nos ponemos?—preguntó ella.

—Donde ustedes quieran—contestó Campúa—. En ese sofá mismo.

—Pues ven, Pepito; sentémonos aquí.

El marido se dejó llevar. Cuando estuvieron sentados, Margarita, entre risa sana, risa de juventud, risa de triunfo, agregó burlonamente:

—Supongamos que estamos representando la escena de «el sofá», de *Don Juan Tenorio*, y tú, todo rendido, me estás diciendo: «¿No es verdad, paloma mía...?»

Su voz tierna, dulce como las notas melódicas de un arpa, no arrancó ni una leve sonrisa al marido, que, con malestar de espíritu, completamente divorciado de aquel ambiente, se concretaba a darle chupadas con cierto énfasis a un cigarro de veinte céntimos.

—Al verme retratado van a decir que todos los maridos son más viejos que yo.

—No te quejes por ser joven, hombre—le consoló la esposa—. ¡Ya llegarás a viejo!... Es algo mayor que yo, y no lo parece—agregó, dirigiéndose a nosotros.

—Pues ¿qué edad tiene usted, Margarita?... —le pregunté.

—Veinticinco años.

En sus labios frescos, las palabras «veinticinco años» fueron un soplo de juventud.

Campúa hizo sus fotografías, y yo di por terminadas mis sencillas preguntas.

Después ofrendamos a la genial artista un apretón de manos, y salimos.

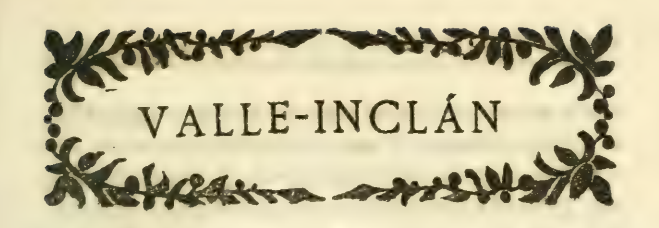
Ya en la escalera, me dijo Campúa al oído:

—Chico, ¿has visto?... ¡Qué mujer!...

—¡Qué mujer!—repetí yo.

—¡Qué lástima!...

—¡Qué lástima!...



VALLE-INCLÁN

Tenía yo entonces una docena de años—de esto hace diez y seis—y acababa de llegar a Madrid. Nos conocimos, o mejor dicho, le conocí, en una casa de huéspedes de la calle Mayor, 18. Él era igual que ahora: un hombre extraño, un caballero de pesadilla, que parecía escapado de un lienzo del «Greco»... Tenía algo de fantasma, mucho de místico y algo de loco. Su barba era una abundosa madeja negra que le caía sobre el pecho, yendo a fundirse en los tonos oscuros de sus trajes. Usaba entonces una gran melena alisada hacia atrás. Eran sus ojos pardos y agresivos, y sus cejas, dos intensos bordes negros. Estaba muy enflaquecido, y bajo la piel lívida de sus sienes se podían contar las azulosas venas. Aquel rostro tenía algo del Nazareno; tal vez el matiz pálido y tétrico, tal vez la expresión serena y soñadora de místico enamorado de un ideal. Recuerdo

que a mí me infundía algo de pavor y sugestión al mismo tiempo. Si me tropezaba con él en los pasillos oscuros, dábame miedo, y, sin embargo, me gustaba observarle cuando estaba aposentado en el comedor, y placíame oírle discutir exaltado con los demás huéspedes, y me agradaban en extremo las frases cariñosas que de vez en cuando, con gesto arisco y voz atiplada, me dirigía: «Hola, buen mozo», me saludaba; y al mismo tiempo, con su mano de cera, descarnada y fría, acariciábame la frente o me daba unos leves golpecitos en la nuca. Y aquel raro huésped, que contaba cosas tan entretenidas y estupendas, que por entonces era dueño de sus dos brazos y que no había escrito nada en periódicos ni libros, tenía una autoridad enorme e indiscutible sobre los demás. Era considerado como un superhombre. Y a pesar de que iba algo extravagante con un macferlán y un sombrero de copa repelado, todos le llamaban «Don Ramón», y don Ramón poseía como nadie ese privilegio misterioso de captación de ánimo; era un imperativo hipnotizador. Si durante las discusiones le decía a alguno: «¡Es usted un bruto!», el agredido le disculpaba pacientemente, diciendo: «Nada, cosas de don Ramón.»

Mas un día «Don Ramón» desapareció, y ya,

cuando al cabo del tiempo le volví a ver, tenía la barba más corta, se había quedado manco y escribía en *El Imparcial.*

La gloria le hizo a don Ramón olvidarse de este pequeño amigo.

Perdona, lector.

* * *

Hoy «Don Ramón» nos recibe en su hogar: un pisito coquetón, donde todo es arte, lujo y luz. En su compañía están Ricardo Baroja y Anselmo Miguel Nieto.

«Don Ramón» ha variado muy poco. Tiene las mismas barbas, tal vez un poco más crecidas y con el triste aderezo de algunos hilos plateados, y la misma mirada burlona, agresiva e indómita. No conserva la larga melena, sino que ahora lleva su cabeza, alta de occipital, pelada al rape. Unas gruesas gafas de concha se agarran como tenazas a sus sienes ambarinas. Más pálido que antes, tal vez, y también más reposado de espíritu.

Ante su presencia de monje soñador y legendario o de caballero de horca y cuchillo, hemos sentido revivir en nosotros los ya olvidados miedos de la infancia.

—¿Se acuerda usted, Valle-Inclán?—le hemos preguntado nosotros.

—Mucho; de aquellos tiempos, mucho.

—¿Qué edad tendría usted entonces?...

—No sé. Ajuste usted. Nací el año 70, y de eso hace ya quince o diez y seis años.

—En efecto: eso hace. ¡Y qué de cosas han ocurrido desde entonces!...

Y tras estas palabras hemos hecho un silencio para rememorar, para que nuestra imaginación se torture y se deleite recordando el pasado.

Nosotros estamos hundidos en una muelle butacona. El poeta permanece de pie, apoyado de espaldas en el radiador de la calefacción. Los reflejos de sus lentes no nos dejan verle los ojos. La manga izquierda de su americana cae sin brazo.

—¿Cómo fué perder el brazo?—le preguntamos.

—A consecuencia de un flemón difuso producido por la herida de un gemelo del puño.

—No me explico... Cuéntemelo usted.

—No tiene importancia. Manolo Bueno, a quien quiero mucho, y yo tuvimos una discusión. Él, en el acaloramiento de la controversia, me sujetó la mano, y al apretar, me clavó el gemelo aquí, en el mismo canto de la muñeca. Nada,

un rasguño sin importancia; pero pasaron ocho días y la mano se fué hinchando, y yo sentía unos dolores desesperados; consulté a los médicos y me dijeron que aquello era un flemón difuso; en seguida me lo dilataron, y no fué suficiente. Aquella noche de la operación leí yo en el *Heraldo* que el torero Angel Pastor había muerto de un flemón igual al que yo tenía... Esto me dejó algo perplejo, y al llegar el médico le dije mi propósito de que me amputara el brazo; él no se decidía, pero yo insistí. «Nada, doctor—le dije—; estoy decidido a que hoy mismo me corte usted el brazo; así desaparecerán dolores y peligros.» Y aquel mismo día me amputaron el brazo por encima del codo; mas la infección ya se había corrido y tuvieron que volver a cortar al día siguiente por el mismo hombro.

—¿Le darían a usted cloroformo las dos veces?

—¡Ah! No, señor; ninguna. Me opuse a ello.

—¿Y cómo pudo resistir usted la operación?

—Sin moverme y sin proferir un grito ni el más leve quejido... Recuerdo que para ver yo bien las amputaciones hubo necesidad de pelarme el lado izquierdo de la barba, y así... ¡con la cabeza vuelta, presencié todo!

—¡Es horrible eso!... ¡Usted es un hombre

estoico!—exclamamos, al mismo tiempo que un escalofrío de horror nos corría por los huesos.

—Soy un poco sereno, sí—responde el maestro con voz desazonada y sin darle importancia.

—¿Para usted constituirá una gran desgracia haber quedado manco?

—¡Quiá, no, señor!—rechaza, rápido, Valle-Inclán—. No necesito para nada el brazo perdido. Vamos, no lo echo de menos en absoluto. Me valgo con el derecho para todo.

—¿Sin ayuda de nadie?

—Sin auxilio de nadie escribo, me desnudo, me visto, me lavo, como; en fin, todo, todo lo que usted puede hacer con las dos manos, lo hago yo con la derecha. Es más: me corto las uñas, parto la carne, mondo la fruta, me hago los lazos de las corbatas del frac y construyo mueblecitos de papel... Solamente he echado de menos el brazo perdido, cuando murió mi pobre hija...

La voz de Valle-Inclán se entristece. Nosotros esperamos, identificados con su dolor, a que continúe.

—Se moría y yo no pude abrazarla, como hubiese deseado.

—Entonces, ¿no tiene usted hijos?...

—Sí; me queda la mayorcita, de siete años; pero mi pequeña, que, tanto Josefina como yo, la adorábamos, quedó muerta allá, en Galicia. ¡Un horror!

Hubo una pausa; después le preguntamos:

—¿Usted es gallego?...

—Sí, señor; nacido en Puebla del Deán. Todos los años pasamos en aquellas tierras siete u ocho meses. Terminaremos por irnos a vivir allí definitivamente. ¡Aquella quietud, aquella sinceridad!... ¡Muy hermosos aquellos lugares!

—¿Allí estudió usted?...

—No, señor. Estudié en Santiago hasta terminar la carrera de Leyes.

—¿Y empezó usted a escribir?...

Meditó un instante; después exclama:

—Mi mujer se acordará en qué fecha publiqué mi primer libro.

Y dirigiéndose a la puerta, inquiere:

—Josefina... Josefina... ¿Recuerdas en qué año di mi primer libro?

Una voz dulce responde:

—Sí, Ramón; en 1902.

Y a poco entra en el estudio la compañera del poeta.

Recordad, y a todos os será familiar y simpática esta dama menuda y dulce, siempre sonriente y siempre aniñada, que se llama Josefina

Blanco. Lejos del teatro, sigue siendo una artista llena de tremuleces y sonrisas. Le hemos ofrecido nuestros respetos, y después continuamos dialogando con el poeta:

—¿Tendrá usted gran afición a la literatura?

—No, señor; ni antes ni ahora. Mi deseo es no escribir. Llenar cuartillas me molesta, y sólo recurro a ella cuando tengo necesidad. Me cuesta mucho trabajo, mucho.

—No lo comprendo. Entonces, ¿cómo nació en usted la idea de hacerse literato?...

—No sé. Cuando usted me conoció, hace diez y seis años, todavía no se me había ocurrido coger la pluma ni para escribir una carta.

—¿Le parecía a usted difícil?

—Quiá, no, señor; todo lo contrario: me parecía y me parece demasiado fácil. Creo sinceramente que es una de las muchas cosas que no tienen mérito alguno. A mí me llamaba la atención extraordinariamente y me llenaba de asombro lo mal, lo pésimamente que se escribía entonces. Claro que yo tenía un sentido literario, y a mi juicio, todas aquellas reputaciones de escritores eran injustas. Había muchos señores que no escribían más que necedades, y se les llamaba *maestros* y *sabios*. ¡El delirio!... Y entonces, seguro yo de escribir mejor que se hacía entonces, me lancé a demostrarlo... Du-

rante unos meses que estuve en la cama escribí unas *Memorias*... Nada; por pasar el rato. Yo era amigo de Machado y de Villaespesa, y me acuerdo que cuando fueron a verme se las leí. «Esto se parece a *La Virgen de la Roca*, de d'Annunzio. Es muy hermoso»—me dijo Villaespesa.

—Y aquellas *Memorias*, ¿qué libro fué después?...

—*Sonata de otoño*... Siguieron animándome los amigos y escribí las otras tres *Sonatas*.

—¿Y cuántos libros tiene usted ya publicados?

—Veinticinco.

—Y de todos, ¿cuál le gusta a usted más?

—Me gustan más las *Sonatas*; pero *Romance de lobos* lo creo mejor hecho.

—¿Y le producen a usted mucho?...

—Muy poco; para vivir. Al principio apenas se vendían; ahora, algo más, y como yo los edito y administro, sin dejarlos pasar por la serie de cribas tradicionales, me vienen a dejar treinta o treinta y cinco mil pesetas al año.

—¿Produce usted con facilidad?

—Me cuesta gran trabajo empezar; mas después numero las cuartillas antes de escribir, en la seguridad de que no desperdicio ningu-

na... Yo trabajo siempre en la cama... Y antes de casarme me acostaba también para comer, y se daba el caso de ponerme malo si comía fuera del lecho. Yo digo que debo tener alma de senador romano.

—¿Lee usted mucho?

—No. Ahora me hace daño hasta leer.

—¿Cuáles son sus más grandes aficiones?

La pintura, el baile y los toros... La *Imperio*, la *Tórtola* y la *Argentinita* me producen una gran emoción estética..., un gran placer artístico. ¡Porque en el buen baile se juntan todas las más bellas cosas!: La música, el color, la belleza, el movimiento, el arte, la línea. Yo no voy a ningún teatro sino a ver bailar. Respecto a los toros, me entusiasman; sólo que a mí me parece que el público no entiende una jota de toros, los críticos menos que el público y los toreros menos que el público y los críticos; yo creo que el único que entiende de toros es el toro, porque a lo menos embiste hoy lo mismo que hace cuatro mil años. Toda esa campaña que los escritores cursis han hecho contra las corridas de toros, me parece ridícula. A mi juicio, los toros es la única educación que tenemos aquí. Una fiesta de toros es lo más hermoso que se pudo imaginar. La emoción, el arte, la valentía, la luz... Yo, en Belmonte, por

ejemplo, admiro el tránsito. Aquel hombre, que lejos del toro es feo, pequeño, ridículo, encogido, sin belleza, al reunirse con el toro se transfigura y nos parece maravilloso, y nos arrastra y nos emociona. Ese es el arte en las corridas de toros. ¿Hay nada más hermoso que ese tránsito, esa transfiguración, esa armonía de contrarios? El pueblo griego, que ha sido el más artista, veía morir al héroe en la tragedia y le amaba más, porque convertía la emoción en materia artística; antes nosotros éramos así: moría un torero en la plaza y continuaba la lidia, porque éramos un país fuerte y, ante todo, artista. Bueno; pues ahora convertimos todo en materia sentimental, y lloramos como mujeres; y un pueblo bien templado, que sabía hacer del dolor avalorios de arte, que se iba a los cementerios de romería, que le gustaban los crímenes, nos lo quieren convertir en un pueblo de llorones... Y esa es la labor que está llevando a cabo esa prensa ridícula que siempre está con lamentaciones cursis, que se duele de que muera un teniente en la guerra. ¡Hombre! Muere un teniente, como si murieran cincuenta. ¿Hay cosa más lógica y natural que un teniente muera en la guerra y un torero en la plaza?...

Calla un momento Valle-Inclán. La luz se ha

ido, y él, en el centro de la habitación, parece un fantasma.

—Y dígame, amigo Valle: ¿Qué opina usted del teatro contemporáneo en relación con el pasado?

Dudó un momento; después, trenzándose la barba con los dedos, exclama:

—Es una pregunta que me deja un poco perplejo; sin embargo, procuraré contestar a ella. Mire usted: Si Lope de Vega viviese hoy, lo más probable es que no fuese autor dramático, sino novelista. ¡Habría que oír al *Fénix* cuando los empresarios le hablasen de las conveniencias de escribir manso y pacato para no asustar a las niñas del abono!... El autor dramático con capacidad y honradez literaria hoy lucha con dificultades insuperables, y la mayor de todas es el mal gusto del público. Fíjese usted que digo el mal gusto y no la incultura. Un público inculto tiene la posibilidad de educarse, y esa es la misión del artista. Pero un público corrompido con el melodrama y la comedia ñoña es cosa perdida. Vea usted el público de la Princesa.

—¿De modo que usted no cree en la labor cultural y artística de Díaz de Mendoza?...

—Creo que no ha hecho lo que debía hacer, lo que podía hacer y lo que acaso desea hacer.

—Y usted, ¿a qué lo atribuye?...

—A falta de energía. Díaz de Mendoza es un hombre sin carácter. Amoldó siempre sus gustos a los gustos del público. María hubiera hecho todo lo contrario. ¡Esa sí que es un gran carácter! Pero, claro, ¡ya es muy tarde!... Yo creo que un artista, ante todo, debe tener normas que imponer al público, e imponerlas, y si no hay público, crearlo. Ese es un gran orgullo. Cuando yo escribí mi primer libro, vendí cinco ejemplares. Era todo el público que entonces podía haber para mi literatura. ¡Y por esto no se me ocurrió robar el público hecho —como las escobas del cuento—; el público que otros habían creado y que correspondía a los modos de su arte, ajeno y extraño a mí... El artista debe imponerse al público cuando está seguro de su honradez artística, y si no lo hace así es porque carece de personalidad y de energía.

—Ahora una pregunta... que tal vez le moleste a usted.

—Venga.

—Dicen que tiene usted mal carácter.

—Yo no tengo mal carácter; lo que no me gusta es la vida en común. Soy enemigo de las adulaciones y de ese ridículo intercambio de cortesías hipócritas.

—¿Qué trabajos prepara usted?

—Ahora voy a publicar un libro místico que se llama *La lámpara maravillosa*, y luego tengo que hacer una tragedia para la Xirgu, que se llamará *Pan divino.*

—Creo que en América le han ocurrido a usted muchas aventuras.

—¡Oh, en América! Muchísimas... Verá usted. Una vez...

Y la florida fantasía del maestro corrió hasta desbordarse...

—¡Oh, si yo dispusiera de espacio!...



TALLAVÍ

Le observé atentamente.

Tiene el gesto afable y risueño, algo infantil; los ojos, oscuros y vivísimos, y la cabeza, pequeña y redonda. Su frente es muy amplia, y aun parece más porque se prolonga algo en el frontal, que ya comienza a quedarse mondo de cabellos. Es muy insinuante y muy simpático, no con esa simpatía amasada por el trato social, sino con la otra simpatía, espontánea y mundana, que sale del corazón y que se adueña en seguida de las gentes.

Estábamos en su pisito de la calle de Mesonero Romanos, encerrados en un coquetón despacho adornado con cortinas y biombos egipcios.

Tallaví, recostado en una meridiana, con cierta indolencia andaluza, me contaba su vida... Yo, dando chupadas a la pipa inglesa

que acababa de regalarme, le escuchaba sin perder palabra.

Fuera repiqueteó el timbre. El actor, entonces, llamó a su ayuda de cámara.

—Juan, que no entre aquí nadie. ¡Nadie, absolutamente nadie!...—ordenó. Y volvimos a enhebrar la charla.

—¿Entonces, vive usted solo?...—inquirí.

—Solo... Hago una vida un poco desperdigada..., un poco desordenada... En lo posible me aparto de la abrumadora monotonía cotidiana... ¡Todos los días, a las mismas horas, hacer lo mismo!... ¡No! Yo me revuelvo un poco contra eso.

—Usted, ¿es de Málaga?

—No, señor, soy africano; nacido en Melilla; mi padre era militar y estaba allí destinado. En Málaga, adonde fuí siendo muy pequeño, me crié e hice mis primeros y mis últimos estudios. ¿Conoce usted Málaga?

—Sí, señor.

—¡Qué bonita es!... Cuando yo estoy de mal humor pienso en mi infancia entre sus palmeras, sus naranjos y a la orilla de su mar, y estos recuerdos son como un sedante delicioso para mis nervios...

—¿Desde pequeño demostraría usted su inclinación por el teatro?

—No, señor. Yo no fuí aficionado jamás, ni pertenecí a ninguna Academia de declamación... Y ahora me alegro mucho; no me gusta ese procedimiento de hacer actores; desconfío bastante de él.

—Pues ¿a qué edad hizo usted su entrada en la vida teatral?...

Meditó un momento, encendió un cigarro, y...

—Verá usted. Yo tenía un íntimo amigo que era violinista en una orquesta de zarzuela. «¿Eres capaz—me dijo un día—de venirte a Vélez-Málaga con nosotros y trabajar con nuestra compañía?...» «¿De qué?...—le interrogué yo, muy asombrado—. ¿De traspunte? ¿De tramoyista?... ¿De acomodador? O ¿de qué?...» «No, hombre; de cómico.» Aquella respuesta de mi amigo me dejó helado... Pero acepté. A los pocos días debutaba yo con algunos papelitos. Algún tiempo después, y haciéndome ilusiones sore mi porvenir teatral, me embarqué con rumbo a Barcelona; como capital de resistencia llevaba conmigo seis reales y el pasaje pagado... Allí tuve la suerte de que me contratase en seguida Paco Fuentes.

—¿Cuál ha sido en arte su maestro?...

—Ninguno... Empecé a trabajar con todos los actores que cultivaban el latiguillo, y, sin embargo, yo me rebelaba contra esa manera

de sentir el teatro... En las compañías era el actor que menos aplaudían; pero al final de la temporada quedaban elogios para mi trabajo.

—¿Cuándo vino usted a Madrid primeramente?

—Creo que hace doce años. Vine a la Comedia, con Morano y con la Pino; allí me contrataron para hacer *Las Flores*... En 1904 formé compañía y me fuí a Gijón a todo evento, con el decidido propósito de hacer el teatro por mí sentido... Debuté con *La Intrusa*, de Maeterlinck, y todo el mundo me creía loco. Recuerdo que un señor de allí me preguntó muy indignado: «Pero, hombre, este melodrama tan malo, ¿de quién es?» Y yo le dije: «Del representante de la compañía, que es muy bruto.»

Reímos. El genial actor prosiguió:

—¡Oh!, me han ocurrido cosas graciosísimas. Una vez, en una capital de provincia, salimos toda la compañía al escenario y silbamos al público, por salvaje.

—A ver, ¿cómo fué eso?...—pregunté.

—Poníamos aquella noche *La Intrusa*... El teatro estaba completamente lleno. Y en esta obra se levanta el telón y está la escena sola durante un espacio de tiempo que nunca es menos de medio minuto. Bueno, pues, ¡claro!, así se hizo en aquella capital de provincia. Y

el público, al ver que se levantaba el telón y que nadie salía ni le decía nada, ¿qué creyó? Que no estábamos vestidos..., y rompieron en una silba enorme... Entonces yo llamé a toda la compañía, y les contestamos con una *pita* horrorosa... Callaron ellos y continuamos nosotros media hora más. ¡Figúrese usted!...

—¿A qué horas estudia usted?...

—De madrugada, con el libro delante, y por la mañana, con la memoria.

—¿Hace usted estudios de actitudes y gestos ante el espejo?

—¡Oh, no!... El gesto no lo puede jamás ver el actor, por muy bueno que sea el espejo...; tiene que sentirlo, estar en situación; en una palabra: ser el personaje que representa... Y jamás he estudiado del natural, sino dentro de mí mismo... Claro que hay casos patológicos cuyas manifestaciones características conviene conocer. Ya ve usted, cuando comencé a estudiar *Los espectros* me pasaba la vida en el manicomio. Para algo es posible que me sirviera; pero para poco. Yo creo que en arte todo está en nosotros mismos; no tenemos más que buscar el *yo*.

—¿Cuáles son las obras que hace usted con más agrado?...

—*Hamlet* y *Otelo*. Son las dos en las cuales

encuentro más escollos y dificultades para el actor... ¡Yo siento un miedo terrible cuando estudio una obra!... Es una responsabilidad enorme la nuestra...

—¿Tiene usted buena memoria?

—Fatal. Me cuesta mucho trabajo aprender los papeles.

—¿Llora usted con facilidad en escena?

—Sí, señor. Me basta atender a mi interlocutor. En mi vida particular también soy fácil para llorar; una delicadeza, una ternura, en fin, una insignificancia, me roza la sensibilidad...

—¿Qué predilecciones tiene usted en la vida?

—¡Hombre, el teatro!... Yo quiero al teatro entrañablemente; después, a mis hijos. Y al mismo tiempo, lo que más me interesa son las mujeres; la mujer es lo único que tiene verdadera importancia en la vida; luego, la literatura y la pintura y todo lo que usted quiera; pero, ¡oh, la mujer!...

En el fervor de la charla, Tallaví se remontaba en su actitud y en su expresión hasta los linderos de su genial arte.

—¿Supongo que habrá usted hecho dinero con el teatro?

—He hecho bastante y he gastado más. Estoy, metálicamente, como el primer día que

comencé: sin una peseta; en eso no he variado; y ¡no crea usted!, que sobre el ahorro he meditado una vez que otra; no sé quién lleva razón: el que ahorra lo que gana y después se lo deja a los obispos, o el que se siente obispo y lo gasta. ¿Que a la vejez está uno sin un céntimo? Y ¿para qué se quiere el dinero cuando ya es uno viejo?...

—¿Cuál es el dramaturgo español que más le gusta?...

—Don Benito... De casi todas sus obras recordará usted el nombre del protagonista, del hombre... No ocurre eso con el teatro de Benavente, por ejemplo. Muy bello el teatro de don Jacinto, pero, si acaso, quedará en la imaginación del espectador el nombre de la heroína o alguna frase ingeniosa. Para el teatro galdosiano se necesitan actores de nervio; para el benaventino, sobra con galancetes discretos. Guimerá, para mi gusto, también es un dramaturgo macho.

—Y actores, ¿cuál le gusta a usted más?

—Esa es una pregunta un poco intencionada... Y siento no poderla contestar a su gusto; pero es el caso, que yo he visto muy pocos actores. Con las actrices me pasa lo mismo. Me han dicho que la Xirgu es muy interesante.

—En efecto—elogié sinceramente.

—No la conozco, y tengo vivos deseos de verla trabajar...

Detúvose un momento; después me preguntó:

—¿Conoce usted a María Gámez?...

—No, señor.

—¡Ah!, pues ya verá usted—elogió—; es una gran actriz de comedia.

—¿Qué obras piensa usted estrenar durante la próxima temporada en el Infanta Isabel?

—*La casa quemada,* de Dicenta; *Esclavitud,* de Pinillos, y otras de Linares Rivas y Luceño. ¡Ah!, también estrenaré una hermosísima de Florencio Sánchez, el autor de *Los muertos*... Y, claro, además, mi repertorio: *Hamlet, Los espectros, Otelo, La Intrusa*...

—¿Y de Benavente?...

—No tengo nada, ni pienso pedírselo.

—¡Qué de adversidades le han ocurrido a usted hasta conseguir la temporada!...

—No me han sorprendido. Soy un hombre algo infortunado; pero tengo voluntad; por ella he aceptado trabajar en el Infanta Isabel... Ya en mi deseo, o mejor dicho, en mi obstinación de hacer esta temporada en Madrid, hubiese trabajado encima de una mesa.

—Pues será un éxito... Trae usted una compañía numerosa y de consideración.

—Sí; por lo menos en el escenario, tenemos asegurado el lleno.

Cortamos nuestra conversación periodística y hablamos como dos antiguos camaradas... ¿De mujeres?... ¿De amores?... ¡De la vida!

HOMENAJE

MUERE NUESTRO AMIGO DEL ALMA

Nos conocimos hará unos meses, en su pisito de la calle de Mesonero Romanos. Yo fuí a hacerle un trabajo periodístico para *La Esfera*... Con el primer apretón de manos, Pepe Tallaví se apoderó de mi amistad... Hay individuos que los tratamos durante toda la vida y jamás llegamos a saber dialogar con ellos. Un abismo nos separa. Y a lo mejor, son buenos, afables, y hasta se esfuerzan en sernos simpáticos.

Sin embargo, nuestros espíritus no aceptan la camaradería. Hay otros, en cambio, que al chocar nuestras palabras con las suyas nace una amistad entrañable... Parece que ya los hemos tratado y querido en otra vida anterior y que, al conocernos, reanudamos nuestras pasadas fraternidades... Esto nos ocurrió a Pepe y a mí... Aquella misma tarde, dejando a un lado el asunto que nos obligó a conocernos, ha-

blábamos de arte, de literatura..., ¡qué sé yo!...

Cuando, a las diez de la noche, después de haber cenado juntos, nos separamos, yo le llamaba a él Tallufo y él a mí José-Mari.

A mí, el gesto leal y caballeroso del gran actor, un gesto de terciopelo, tras el cual se atisbaba una voluntad de acero, me cautivó... Además, la fortaleza física es simpatía: subyuga, atrae... Tallaví rebosaba salud, estaba pletórico de vida y de energías.

—Tengo que adelgazar un poco—me decía—. Estoy algo fondón para hacer mi repertorio...; ¿verdad, «elegantito»?

«Elegantito». Esta era su palabra familiar, la primera que tenía siempre en sus labios para acariciar a sus buenos amigos... «Hola, elegantito.» «¿Qué hay, elegantito?» «No te enfades, elegantito...»

Yo presentí la muerte de Tallaví hace tiempo... No había motivo fundado para ello; pero, no sé por qué, la presentí.

Fué el día de los Inocentes... Pepe Tallaví gustaba de reunirnos a la hora de comer en su nueva casa de la calle de Espalter a unos cuantos camaradas... Aquel día éramos Manolo Merino, Tomás Borrás, Mariano Díaz de Mendoza, Luis Gabaldón y yo... La comida fué exquisita; pero el pobre Pepe no disfrutó de ella,

«porque estaba algo malucho del estómago...» Eso decía él para quitarle importancia a su enfermedad... Yo, que le tenía a mi lado, le observaba detenidamente... Había ya adelgazado bastante, y sus movimientos tenían un abandono de postración, una dejadez trágica... Hacía esfuerzos para sonreír, por alternar en nuestras conversaciones, por disfrutar con nuestras ocurrencias; pero... ¡su espíritu no estaba ya allí! A las tres nos abandonó para asistir a su obligación: al ensayo... Yo, al verle ir, le dije a Manolo Merino: «Desgraciada mente, Tallaví va a vivir poco... Me parece que la Muerte anda ya a su alrededor...»

Hace pocos días, Tomasito Borrás me envió a decir que Pepe Tallufo estaba en Madrid y que venía muy enfermo... Aquella misma noche, bajo una luna abrileña, fuí a su casa... Allí estaban María Gámez—su hermana espiritual—, Merino, Avecilla, Borrás y el representante de Tallaví, Rafael Barón. Amigos todos del alma. Familias espirituales creadas en la lucha con la vida... En todos los rostros estaba estereotipado el angustioso desaliento... ¡Pepe se moría!...

Al hacerle los médicos la operación se encontraron sorprendidos desagradablemente con que el genial actor lo que tenía en sus entra-

ñas era un monstruoso cáncer que le devoraba...

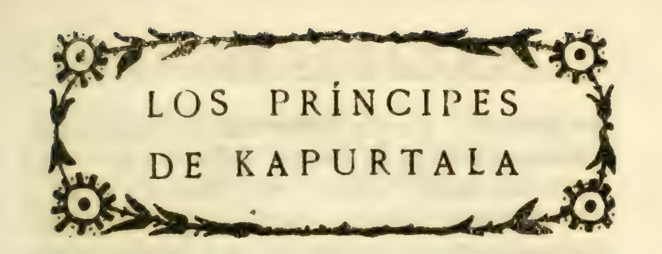
Allí, en el despacho castellano de Pepe Tallaví, hemos pasado horas y horas... Las iba contando un reloj de bronce, que nos abrumaba con su monótono *tic-tac*... De madrugada; a cada instante, gemía una puerta; después, unos pasos callados y un nuevo amigo...: los Quintero..., Sassone..., Pinillos..., el médico..., ¡el sacerdote!... Por los pasillos, como una sombra de claustro, vagaba una hermana de la Caridad... Hasta que la muerte se llevó al genial intérprete del príncipe Yorik... ¡Pobre Tallufo!... En una suprema delicadeza de su gran alma de artista, quiso darle el último «adiós» a sus amigos entrañables... Y aquel instante fué el más dramático de la vida del trágico... Nunca lo olvidaré. En la semipenumbra de la alcoba quedaba en tinieblas el lecho del moribundo. Bajo la colcha de damasco rojo yacía, casi inerte, el cuerpo de nuestro amigo. Sobre el hueco albo de las almohadas quedaba recortado su perfil esquelético, que recordaba el de Dante. Sus mejillas, veladas por un gris broncíneo, ya color de tierra. Una mano seca y ambarina se crispaba entre el embozo de las mantas. Ya en la habitación comenzaba a respirarse el aire pastoso de los ataúdes. Nos habló...

Hablaba sin despegar los párpados, como si soñara en alta voz... Sin embargo, su lucidez era absoluta; su voz estaba extenuada: voz de entregado, de prisionero, de vencido, para quien la muerte ya es un alivio y la está sintiendo pisar muy cerca.

¡Pobre amigo!... ¡Gran artista!...

Poco tiempo nos hemos tratado, y, sin embargo, al partir para la Eternidad, me parece que te llevas para siempre algo de mi corazón entre tus cerrados párpados. ¡Las ilusiones de luchar por nada!... Ya ves lo que valían todos tus nobles empeños en la vida: ¡unos cuantos renglones, como estos míos, y unas cuantas lágrimas, como estas mías!...

[illegible]



LOS PRÍNCIPES DE KAPURTALA

Y tomamos asiento alrededor de una pequeña mesita de té, al lado de los príncipes de Kapurtala, los cuales estaban rodeados de su séquito y atendidos por dos altos negros indios tocados con grandes turbantes.

—¿Tomarán ustedes té con nosotros?—nos invitó amablemente, con encantadora vocecita, la angelical Princesa.

—Con mucho gusto—aceptamos, y al mismo tiempo pensábamos que, a pesar de los años pasados en el extranjero, Anita Delgado no supo abandonar su gracioso y fino ceceo malagueño.

Extraordinariamente bella esta princesita de leyenda, que fué trasplantada desde un escenario de España a un palacio de la India. Alta, flexible, ondulada, con una natural distinción de serena majestad. Su cabecita pequeña, de cabellos negros abundantes, que es un encanto

de gallardía, parece haber nacido para ostentar una diadema de perlas. Tiene el cutis como hecho de nácar; la boca, roja, breve y cruel; y sus ojos muy grandes, muy negros y un poquitín melancólicos, miran con una dulzura infantil. Los dientes son como los ricos collares de perlas que resbalaban sobre las deliciosas turgencias de su pecho, muy descotado y muy blanco, casi tanto como los ricos y frágiles encajes que lo rodean. Por entre el milagro de sus cabellos asoman las grandes esmeraldas que penden de sus orejitas... Viste como la más refinada parisina, y sus manos largas, puntiagudas y muy pulidas, salpicadas de piedras preciosas, parecen dos serpientes de armiño hechas para acariciar.

Al mismo tiempo que comenzamos nuestra conversación, la Princesita sacó de su bolsillo de oro y brillantes una pequeñita pitillera, también de oro, y nos obsequió con unos cigarrillos. Encendió ella uno, y con gracia natural y distinguida comenzó a darle pequeñas chupaditas, y después iba soltando poco a poco el humo. Eran unos cigarrillos deliciosos; su aroma de sándalo producía un inefable bienestar en nuestro espíritu. El Príncipe seguía con curiosidad indiferente todos nuestros movimientos. Al observar que no fumaba, le pregunté:

—¿Su Alteza no fuma?...

—¡Oh! Sí, mucho—me contestó en mal pronunciado castellano—. Pero del tabaco de mi princesa, no, porque tiene sándalo sagrado.

—Pues son exquisitos—comenté yo, saboreando el mío.

—Los fabrican en el Cairo expresamente para mí—dijo ella.

El Príncipe permanecía recostado en su asiento con una indolencia muy oriental. Vestía a la europea y llevaba detalles de marcada elegancia. Estaba muy bien encuadrado allí, en el *hall* del Ritz.

Es un hermoso tipo indio. Su cuerpo, altísimo, es esbelto, vigoroso y recio. Con su tez cobriza contrasta la blancura de sus frescos y muy limpios dientes. Siempre sonríe con frialdad. Sus negros, grandes y brillantes ojos tienen una mirada ardiente y dominadora. Representa unos treinta y cinco años, y parece un príncipe de *Las mil y una noches*.

—Hablemos como amigos; prescinda usted por una vez de su calidad de periodista, y le contaré cosas muy curiosas de la India...—me dijo la Princesa.

—Pero, ¿por qué esa oposición a que sea el periodista el que converse con usted, Princesa?

—¡No quiero! Pero no me llame usted princesa. Llámeme Anita. Así como así, aquí, en España, es en el único sitio donde puedo oír mi nombre de pila... ¡Y me gusta tanto!... Tanto como mi Málaga de mi alma.

—Pues, ¿cómo es eso?—inquirí—. ¿Allá, en la India, no sigue usted llamándose Ana?...

—No. Al casarme varié de nombre... Me llamo *Amor de príncipe*, porque por ese nombre abrí el libro de mi destino el día de mis bodas con el Rajá. Allí dicen que es un nombre de suerte. No sé yo; hasta ahora soy muy feliz, muy feliz.

Al observar que tomaba notas, agregó rápida, con un delicioso mohín de enfado:

—¿Pero no desiste usted de la interviú?

—Resultará muy interesante. Y, ¿por qué ese miedo, Anita?

—Si no es miedo; es sencillamente que yo estoy muy dolida de los periodistas españoles.

—¿Por qué?

—Me han hecho mucho daño. No han cesado de ponerme en ridículo... Y a mí me parece que yo, por ser mujer, por ser española y por ir a ocupar un trono extranjero, merecía un poco más de respeto de mis compatriotas.

—¡Pero, Anita, yo no sé!...

—¡Oh, sí, señor! Ha habido caballeros que han escrito sobre mi pasado cuantas fantasías se les ocurrieron. Hasta hubo un majadero de autor que, según creo, me puso en solfa en el teatro de Apolo. ¿Por qué?... Yo amo a España sobre todas las cosas. ¿Por qué los españoles no me han de corresponder noblemente?

La dulce voz de la Princesa denotaba una profunda emoción. En sus ojos preciosos habíase aumentado la melancolía. Brillaban mucho y parecían quererse romper en rocío de lágrimas.

—No crea usted, Anita—disculpé yo—. Nosotros la queremos a usted como una princesita nuestra. Si usted no tiene inconveniente, yo colocaré la verdad en su sitio y todas esas historias quedarán desvanecidas. ¿Dónde conoció usted al Príncipe?

—Aquí... El vino invitado para las bodas reales, el año 1906.

—¿No trabajaba usted en el Kursaal?

—Sí, señor; era una artista honrada, como hay muchas. Verá usted. Yo nací en Málaga, de donde es toda mi familia. ¿Conoce usted Málaga?

—Mucho.

—¡Qué bonita!...—dijo con deleite. Después continuó—: Allí tenía mi padre un café; me

acuerdo que se llamaba el «Café de la Castaña», y estaba en la plaza del Siglo. ¡El nombre tiene gracia!... Bueno, pues, ¡hijo!, las cosas vinieron mal y de mal en peor, y hubo necesidad de traspasar el negocio, y con el dinero que nos dieron por él nos vinimos a Madrid a ver si mi padre encontraba colocación. Mi hermana y yo, que nos habíamos educado en el colegio de la Concepción, éramos dos niñas muy correctas; pero aquí, en Madrid, nos hicimos amigas de una vecina que era maestra de baile flamenco, y nos convenció para que aprendiéramos a bailar. Figúrese usted, yo apenas tenía quince años y todo eso me pareció de perlas. Aprendimos a bailar medianamente unas sevillanas, un bolero, una jota y un olé. Mientras tanto, los catorce mii reales que había traído mi padre de la venta del café se habían gastado sin encontrar donde meter la cabeza.

Hizo una pausa Anita. Acarició su collar de perlas.

—¡Vinieron días muy difíciles!—prosiguió—. Y entre estas negruras, la profesora de baile encendió en nosotras la vida del teatro. «Eramos guapitas. Podíamos seguir siendo honradas y ayudar a nuestros padres, etc.»; la eterna historia. Nos decidimos y nos contrataron

en el Kursaal como pareja de bailes andaluces, ganando treinta reales diarios y bajo el nombre de *Las Camelias*. Nuestros padres nos acompañaban y estaban allí con nosotras todo el tiempo.

—¿Tenía usted novio?

—No, señor; si yo era una niña: tenía quince años, poco más o menos. Ya en la vida de teatro, me apené mucho, porque me di cuenta de que aquello no se había hecho para nuestros caracteres: éramos sositas y sin mundo. Pero, ¿qué le íbamos a hacer?... Era nuestra tabla de salvación, y, lo que es más importante todavía, la de nuestros padres. Una noche, a los pocos días de estar trabajando, vino a visitarme un señor. Era el intérprete del hotel de París. Me habló de un príncipe extranjero que me había visto trabajar, el cual me ofrecía cinco mil pesetas por ciertas amabilidades. Yo me indigné. Me tenía por una mujer honrada, aunque pobre, y no podía comprender que nadie formara otra idea de mí; le envié varios insultos por medio del intérprete al príncipe desconocido, y después de la función lloré como una tonta... ¡Me consideraba tan desgraciada!... Al día siguiente recibí un enorme *bouquet* de camelias y una carta. Era del príncipe. Me daba sus excusas muy rendidas y se

despedía, entre amables frases, de mí, porque al siguiente día pensaba regresar a París. Bien; yo, como comprenderá usted, no le di importancia a nada de esto; uno de tantos galanteos de teatro. Pasaron varios días, y una noche se presentó a verme el mismo intérprete del hotel de París. Traía una carta del secretario del príncipe. En ella se me proponía irme a pasar unos días con su alteza a París, por lo cual recibiría a vuelta de correo, si lo aceptaba, cien mil pesetas. Durante algunos instantes me hizo dudar aquella oferta. Figúrese usted: en nuestra angustiosa situación, aquello era la tranquilidad y el porvenir de nuestra casa... Pero no pude dominar mi repugnancia por lo que yo consideraba una venta, y me decidí a rechazarla con este recadito: «Le dice usted a ese príncipe, que o casamiento o nada, y eso si me gusta, que si no, tampoco.» Corrieron algunas bromas entre las compañeras sobre el Rajá, y pasaron unos días. Yo ya no me acordaba de tal cosa, cuando una tarde —en ocasión en que estaba en mi casa haciéndole un retrato a mi hermana nuestro íntimo amigo el pintor Oroz—se presentó un extranjero preguntando por mí.

—¿Dónde vivía usted?

—En la calle del Arco de Santa María, creo

que 23, sexto piso, interior. Bueno: el desconocido no cabía por la puerta del piso y no sabía una palabra de español; pero Oroz, que habla muy bien el francés, supo quién era y lo que deseaba...

Calló un instante la Princesa y llevóse un pomito de sales a la nariz. Yo pregunté, impaciente:

—Y, ¿quién era?

—El capitán de la escolta del Príncipe de Kapurtala; me traía una carta de Su Alteza y amplios poderes. En la carta—que, por cierto, la llevo siempre conmigo—el Príncipe me expresaba, con mucha gentileza, que no podía vivir sin mí, que le habían cautivado mis condiciones y que me proponía un casamiento conmigo. En caso de aceptar, debía considerar al dador de la carta, Mr. Mayêr, como un servidor mío, el cual me llevaría a París, acompañada de todas las personas de mi familia, y allí arreglaríamos nuestra boda.

—¿Usted se volvería loca de alegría?

—No lo crea usted. Tuve miedo. No me decidí, me decidieron, y lloré mucho, no sé por qué. Recuerdo que aquella noche, estando en un palco del Kursaal, acompañada de Valle-Inclán, Romero de Torres, Oroz, Baroja, *La Imperio* y *La Fornarina*, todos me aconseja-

ron que debía aceptar el ofrecimiento del Príncipe; pero bien sabe Dios que yo fuí a París como quien va al matadero. ¡Creía una de necedades!...

—¿Y fué usted con toda la familia?

—No, señor; mi papá se quedó aquí; pero nos acompañó el artista señor Oroz, que, como le decía a usted, era muy amigo de casa. Y aquí viene lo más fantástico. Durante el viaje fuí yo muy preocupada pensando lo que le iba a decir al Príncipe. Me torturaba la idea de tener que fingirle cariño a un hombre que ni siquiera conocía. Llegamos. En la estación nos esperaba un secretario de Su Alteza, varios esclavos y unos automóviles. Nos llevaron a un alojamiento suntuoso, lleno de comodidades y magnificencia; pero el Príncipe no aparecía por ninguna parte. Al fin, un secretario me entregó una carta de él. En ella me decía Su Alteza que debía instalarme en aquella casa, que él mismo había amueblado para mí, y que allí no me faltaría nada, ni dinero, ni alhajas, ni respetos, y que él, dándose cuenta exacta de mi situación, no se avistaría conmigo hasta tanto que yo aprendiese perfectamente el francés, pues no quería expresarme sus sentimientos por medio de otra persona.

—Qué raro—exclamó Campúa, mirando al

Príncipe, que, con sumo deleite, escuchaba nuestra conversación y reía.

—¡Hay más!—prosiguió Anita—. Esa carta iba acompañada de una nota con la distribución que yo había de hacer de los días. No se me ha olvidado. Levantarme a las siete; baño, *toilette* y desayuno; de ocho a diez, montar a caballo y pasear por el bosque; de diez a once, piano; de doce a una, francés e inglés; de tres a cuatro, billar; de cuatro a cinco, siesta; de cinco a ocho, pasear en coche o en automóvil, y de diez a doce, teatro. Para todas estas cosas tenía profesores qne se pusieron a mi disposición y, además, dos damas de compañía, una francesa y otra inglesa, que por cierto son las que me acompañan en este viaje.

La Princesa se detuvo para acariciar con los ojos a su marido. Siguió:

—Todos los días recibía una carta del Príncipe; pero continuaba sin verle.

—Entonces, ¿no le conocía usted?...

—No, señor; pero le presentía tal como es. En mi alcoba había un gran óleo de él vestido con el traje indiano, y puede decirse que ese lienzo y su rara y caballeresca conducta encendieron en mi pecho el interés y el amor. Tenía muchas ganas de verle, y me apliqué a aprender el francés; a los seis meses sabía ha-

blarlo perfectamente; se lo mandé a decir, y una mañana, cuando paseaba sobre los lomos de mi *Yip* por el Bosque de Bolonia, surgió un apuesto jinete que se acercó a mi lado. Era el Príncipe... Y nada más... Yo me enamoré, más que nada, por su exquisita delicadeza; él fué a la India a preparar nuestro matrimonio, y en el mes de enero entré yo en Kapurtarla acogida con el entusiasmo del pueblo, y a los pocos días se celebraron nuestras bodas. Tenía yo diez y seis años, y subida sobre un enorme elefante, rodeada de nuestros leales, aromada con mirra, cantada por miles de voces plañideras, alentada por músicas y gritos de regocijo, parecíame soñar... Era aquello superior a todo lo que pueda usted imaginarse.

—¿Fué usted sola a la India?...

—Solita.

—¿No le dió a usted miedo?...

—¿De quién? ¿De mi príncipe, que me adoraba con toda su alma y yo a él?... Lo que sí me pareció es que mi ser había roto toda relación con este planeta, y que había encarnado en otro. ¡Era la vida tan distinta!...

Calló la Princesa. Yo interrogué al Príncipe:

—¿Luego Su Alteza es soberano indio?...

—Desde los cinco años de edad, en que mi

padre murió, soy príncipe real de Kapurtala, que es un bello Estado independiente de la provincia de Punjab.

—¿Por qué leyes se rige su Estado?

—Por leyes análogas a las inglesas, pues estamos bajo el protectorado de la Gran Bretaña. Sobre las Indias circulan fantasías disparatadas: somos poco civilizados, cortamos las cabezas a granel, damos venenos a todo pasto, nos comemos a nuestras mujeres y qué sé yo cuántas tonterías más. No hay tal cosa.

Y volviendo sus ojos ardientes hacia Anita, y sonriendo infantil y meloso, le preguntó:

—¿Verdad, *Amor de príncipe*, que no cortamos cabezas a nadie?

—*¡Josú!*—clamó la linda—. Ni cabezas ni nada. Ya ven ustedes que yo me conservo tan completa como me fuí.

—Con el cutis más transparente—agregué yo.

—Sí, es posible; porque allí, en la India, me doy tres baños de leche diarios...; pero no me pinto nada, nada, como ustedes ven.

—Príncipe: ¿ama usted mucho a la Princesa? —le pregunté.

—Mucho, muy amada. Es una divina angélica, que hace de la vida una filigrana de felicidad. En Kapurtala es muy querida y muy comprendida por mi pueblo.

La niña princesa, tan halagada, rió como una chicuela satisfecha.

—Según tengo entendido, son ustedes muy aficionados a viajar.

—Es el gran placer de Su Alteza. Viajar con un libro en la mano. Verlo todo y leer todo Buscar la belleza donde esté. Él conoce todo el mundo; no hay rincón en la tierra que no haya visitado.

—Ahora vamos a California—medió el Príncipe—, que es lo único que me falta por conocer.

—Y dígame, Príncipe: ¿Su Alteza tiene varias mujeres?

—¡Oh, sí; mujeres, muchas; pero la Princesa es la Princesa.

Anita no pudo reprimir un gesto de amargura, y en una explosión de celos, deploró:

—Sí, ¡muchas mujeres! Son costumbres de allí, ¿sabe usted?... Ellas le esperan mientras que él está a mi lado... Le esperan desde hace ocho años, que no se separa para nada de mi *vera*... Allí, en la India, ningún hombre puede abandonar a la mujer que fué su amante, y tiene la obligación de mantenerla según su jerarquía.

—Y esas mujeres, ¿viven con usted, Anita?

—¡No! ¡Qué disparate!...—rechazó rápida—,

Ellas están recluídas en sus palacios; y como son indias, no pueden salir a la calle ni dejarse ver por nadie... Yo no conozco a ninguna.

—¿Y usted tampoco puede dejarse ver?

—Yo, sí; yo vivo a la europea, aunque visto indistintamente el traje indiano o el europeo; es decir, visto más el indiano, porque me favorece mucho; y para las ceremonias de la Corte estoy obligada a ello.

—¿Pasan ustedes mucho tiempo en Kapurtala?

—El invierno, generalmente, porque allí resulta muy agradable. En París tenemos nuestra segunda casa, con caballerizas, caballos de carrera, a los cuales es muy aficionado mi marido, y demás.

—¿Qué vida hace usted en la India?...

—Mire usted: me levanto a las siete, monto a caballo y, acompañada de mis damas, de mis esclavos y de mis chacales, voy a dar un paseo por el monte, y allí corremos liebres, gamuzas y zorros.

—¿Ha dicho usted chacales?

—Sí, chacales amaestrados y fieles, que, como perros leales, nos acompañan y defienden contra las fieras. Por la tarde jugamos al *tennis*, al polo o al billar, o patinamos, según el tiempo.

—La comida de la India, ¿es muy distinta de la de aquí?

—Muy distinta. Sin embargo, en nuestro palacio se pone con frecuencia el puchero andaluz y la paella, porque le gusta mucho al Príncipe. Siempre viajamos con nuestros cocineros. Treinta personas venimos ahora. Traemos doscientos cuarenta baúles, habiendo tenido que pagar, por exceso de equipaje, desde París, veinte mil francos. Ahora bien, que viajamos siempre con agua de la India, leche y legumbres para condimentar comidas, pues Su Alteza así lo quiere.

—¿Tienen ustedes algún hijo?

—Uno de ocho años. ¡Más bonito!... Verá usted, ahora me lo traerán.

—¿Cuántos idiomas habla el Rajá?

—Español, francés, inglés, persa, italiano e indostánico.

—No se le olvide a usted decir—me advirtió el Príncipe—que amo mucho a España, y una prueba de ello es que entre todas las mujeres del mundo elegí una española, porque no encontré otra más digna de compartir la soberanía de mi Estado. También haga usted constar mi ferviente amistad con Inglaterra, y que en la guerra actual le he ofrecido toda clase de recursos, y he enviado diez mil infantes de

Kapurtala para que se batan contra los alemanes en el Africa Oriental, al frente de los cuales pienso ponerme cuando regrese de América.

—¿Abandonan ustedes pronto Madrid?

—Esta noche, *si Dios quiere*—dijo la Princesa—, saldremos para Sevilla. Allí pasaremos la feria, y en Cádiz embarcaremos con rumbo a América.

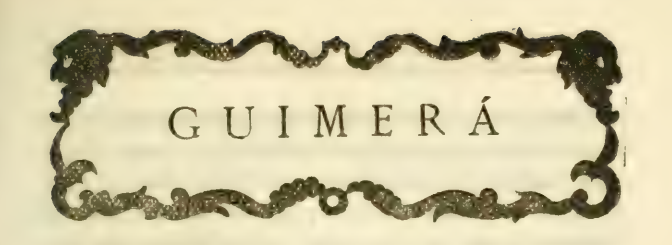
Aquel *si Dios quiere* me sugirió una última pregunta:

—Princesa: ¿Sigue usted siendo católica apostólica?

—Hasta los huesos. Mi marido, respecto a la religión, me dejó en una absoluta libertad.

Y los hechiceros ojos de Anita se entornaron dulcemente. ¡Oh, princesa oriental, qué linda eres!...





GUIMERÁ

Un buen día nuestro director me ha dicho:

—Es preciso que vaya usted a Barcelona... Tiene usted que hacer allí unas cuantas visitas interesantes: Guimerá, Apeles Mestres, Iglesias, Juan Manén, Granados, María Barrientos, Casas, Güell y otros muchos de gran mérito.

La orden me pareció de perlas, porque yo guardo un gratísimo recuerdo de Barcelona, y la acaté al momento.

—Mañana, si a usted le parece...

—Muy bien; mientras antes, mejor.

Al día siguiente tomábamos Campúa y yo el expreso de la Ciudad Condal. Cuando amanecimos, nuestro horizonte, en vez del cielo y la tierra que habíamos dejado, era mar y cielo, ante el cual se regocijaban nuestros ojos.

* * *

Describiros Barcelona sería inocente. Estoy seguro de que todos mis lectores la conocéis y que todos habéis sentido orgullo de que este pedazo de tierra y mar, tan europeo, tan industrial, tan bello y tan trabajador, sea español.

Es una colmena Barcelona... Una colmena perfumada con el aroma castizamente hispano de las flores de sus ramblas. Claro que no faltan zánganos; pero éstos son los vividores de la política que asoman por allí a turbar con su abejorreo pernicioso el laborar constante de las abejitas.

¡Qué hermosa es Barcelona!... Yo, las flores que he admirado en sus ramblas y en sus jardines no las he visto en parte alguna... Y un país donde se crían tantas y tan bellas flores tiene que ser un país de artistas y de espíritus delicados.

Hay unas rosas blancas, veladas por un diáfano tinte crema, de una belleza extraordinaria. Rosas dignas de ser pintadas por Rusiñol y cantadas en las estrofas admirables de Apeles Mestres. Contemplándolas se siente la voluptuosidad de la Naturaleza...

Barcelona, ¡qué bella eres!

* * *

—¿Dónde vivirá Guimerá?—nos preguntábamos Campúa y yo, mientras que, sentados en la *terraza* de la Maison Dorée, apurábamos un *Qunmel.*

La gran plaza de Cataluña era un hervidero de gente que caminaba de prisa... El movimiento de tranvías, automóviles y coches era extraordinario. De vez en cuando pasaba una muchachuela de catorce o quince años con el pelo cortado...

—Esa ha tenido el tifus...—oíamos decir en derredor.

Y esta nota triste a cada instante.

Pilin, la linda y grácil billetera, de zapatos de terciopelo y medias de torzal, que engaña con sus coqueteos prometedores y palabrerías a los asiduos de la Maison, llegó hasta nuestra mesa a ofrecernos un décimo...

—¿Quiere?... ¡Que puede que le toque!

Se nos ocurrió una idea.

—Oye, niña: ¿Tú conoces a don Angel Guimerá?—le pregunté.

—¡Ya lo creo!...—repuso, haciendo un mohín muy cómico de enojo—. ¿Cómo no le iba a conocer?

—¿Y viene por aquí?

—No, señor. Acostumbra a ir al café Continental. Ahora mismito estará allí...

La muchacha, que era lista y simpática como un diablillo, nos dirigió ya una última mirada de camaradas.

Cuando nosotros nos levantamos, unos pollos la acosaban en la mesa de al lado, y ella se defendía heroicamente.

—¡No!... Tocar, no... ¿Eh? *¿Pa* qué?... ¡Las manitas, quietas!...

Descendimos por la rambla de Canaletas y llegamos al café Continental.

En cuanto llegamos vimos a don Angel Guimerá presidiendo un grupo de más de veinte contertulios.

—¡Don Angel!...

Al sentirse nombrar, el insigne dramaturgo se levantó rápidamente, aunque frenado por las tinieblas de sus ojos.

Ante todo, nos dió la mano con esa franca cordialidad de los catalanes...

—¿Qué desean ustedes?...

—Somos Campúa y *El Caballero Audaz.*

—Basta—nos dijo sonriendo—. Me supongo a qué vienen ustedes, y hacen muy bien, porque ya por aquí echábamos de menos su visita...

Don Angel Guimerá es un viejecito alto y delgado, como don Benito Pérez Galdós... También tiene una naturaleza de roble y tam-

bién le falta casi la vista... La fué dejando sobre las macilentas cuartillas con pedazos de su alma. Al peso de los años se agobió su cuerpo y perdieron seguridad sus pasos. Es ya un glorioso jirón de la bandera catalana, que, con don Benito, forman la victoriosa enseña de las letras españolas.

Tiene la barba blanca y descuidada; la frente, muy espaciosa, y sobre su cabeza se alzan como montones de ceniza sus cabellos venerables. En el trato es afectuoso y paternal. De vez en cuando os da un golpecito cariñoso, al mismo tiempo que os dirige un sincero halago. Su alma, como todas las almas buenas, ¡buenas!, no ha pasado de la niñez. Seguramente no conoce ni de pensamiento el pecado mortal. A las cuatro palabras que cruzamos ya sentíamos hacia él un afecto tierno y entrañable... Ya le cogíamos del brazo y ya hubiésemos besado sus manos temblorosas con la misma unción sagrada que besamos las de nuestros abuelos.

—Son las cuatro—nos dijo en una confidencia llena de bondad, al mismo tiempo que se aseguraba los gruesos lentes de roca—; estoy a la disposición de ustedes hasta las seis y media.

—¿Le parece a usted que demos un paseo en coche?...

—Muy bien... Muy bien... ¡Mejor!—aceptó. Salimos del café... Subimos al primer coche que pasaba.

—¿Adónde vamos?—preguntó don Angel...

—Adonde usted quiera... Usted, que conoce esto, sabrá mejor que nosotros el sitio a propósito.

—Iremos al parque de Montjuich, que es muy lindo... Allí le han levantado una estatua a *Manelic*, que no he visto todavía.

Y en catalán dió la orden al cochero.

Mientras atravesábamos las populosas calles, yo le preguntaba y le preguntaba incesantemente.

—Va usted poco por Madrid, don Angel, y allí le queremos y admiramos a usted muchísimo.

—No crea, que he ido siete u ocho veces... Yo también quiero mucho al público madrileño, y es que poco a poco se ha ido captando mi afecto, porque me ha tratado con una consideración incomprensible. Hasta el punto que muchas veces me he equivocado y he tenido que rectificar juicios que tenía hechos...

—¿Cuáles?...

—Sobre algunas obras mías, que, por ser demasiado fuertes, he pensado: «Esto no va a gustar en Madrid.» Y después han sido éxitos

tan grandes como aquí; y entonces he dicho: «¡Caramba!»

—¿Usted es catalán?

—No, señor... Yo soy de Tenerife. A los siete años me trasplantaron aquí, y aquí quiero morir. Mi padre era de Tarragona, y mi madre, canaria. Cuando llegué a Cataluña no sabía hablar ni una palabra en catalán. Además, no me gustaba... Al oírlo hablar me hacía el efecto de que disputaban... ¡Oh, después buen cariño le he tomado!

—Entonces, ¿estudió usted aquí?

—Comencé mi educación primaria en Vendrell..., en una escuela municipal. Después, ya en Barcelona, me sometí a los estudios de los Escolapios.

—¿Y guarda usted buen recuerdo de ellos?

Muy bueno. Hasta el punto que le voy a contar a usted un caso que se lo demostrará. Cuando la «semana trágica», un grupo de revolucionarios llegó hasta el Colegio de los Escolapios y le prendió fuego... Yo, al saberlo, acudí corriendo, por si con mi presencia contenía los desmanes... Ya era tarde. Ardía y todo estaba casi destruído... Las techumbres de los cuartos se habían derrumbado... Yo busqué en las negras ruinas de la fachada el balcón de la celda donde yo había pasado los

mejores años de mi niñez, y sentí una emoción muy extraña y muy triste al contemplar por el hueco, sin puertas ni cristales, un jirón de cielo estrellado.

—¿Qué carrera siguió usted?...—seguimos inquiriendo.

—Ninguna; yo no he seguido carrera. Todo lo más, el grado.

—¿Y cómo se despertaron en usted los sentimientos literarios?...

—Pues nada; que mi salida del colegio coincidía con el movimiento literario catalán; me incorporé a él y empecé a escribir versos. Tengo una idea de que la primera poesía que publiqué se titulaba *El alcalde y el monarca*. Después había un periódico que se llamaba *La Agramalla*, y allí comencé a publicar diversidad de cosas. Más tarde concurrí a los juegos florales, y en todos fuí premiado, y hasta un año obtuve los tres premios.

—¿Cuál fué la primera obra teatral que estrenó usted?

—*Gala Placidia*, una tragedia en tres actos que me estrenaron en el teatro Principal unos muchachos amigos míos.

—¿Tuvo éxito?

—Sí, un éxito resonante, porque era un género nuevo aquí; después la recogieron las

compañías y se hizo en Novedades. Y animado por el aplauso, seguí la senda teatral.

—¿Cuántos actos lleva usted estrenados?

—No sé; muchos. Unos ciento.

—¿Cuál fué la primera obra de usted que se tradujo al castellano?

—*María Rosa,* que se estrenaba en Madrid al mismo tiempo que aquí Borrás. La tradujo—¡y muy bien por cierto!—Echegaray. Yo iba a ir la noche del estreno, pero pensé: «Lo más natural es que esté donde se estrena la obra en la lengua en que fué escrita...» A la noche siguiente fuí a Madrid... Pero, ¡espere usted, que estoy loco! *María Rosa* no fué la primera que se tradujo al castellano... Fué *Mar y cielo*, traducida por Gaspar; la estrenó aquí Rafael Calvo, y fué la última obra que hizo, porque el pobre murió en aquellos días; entonces la estrenó su hermano Ricardo en Madrid.

—Hablemos de *Tierra baja*. ¿Cómo se le ocurrió a usted el asunto de esa obra?

—Como se ocurren todos... Meditando y meditando sobre ellos... Por cierto que cuando la estaba terminando nos encontramos en Zaragoza, en unos juegos florales, don José Echegaray y yo. Don José estaba esperando este drama para traducirlo por encargo de María

Guerrero y, claro, al verme se interesó por él. «¿Cómo se va a titular?», me preguntó. «*Tierra baja*», le repuse. Y él frunció el ceño. No le había agradado el título. En aquel momento, viendo don José una legión de hombres que avanzaban por una senda, preguntó: «¿Qué son aquéllos?» «Aquellos son—dijo el alcalde—gentes de *tierra baja*.» Qué coincidencia, ¿verdad?

—¿Cuándo se estrenó en castellano?

—Antes que en catalán... Y la estrenó Fernando Díaz de Mendoza. Quiero hacer constar esto, porque hay un equívoco. Le achacan el estreno a Borrás.

—¿Fué un éxito muy grande?

—Tuvo el mismo éxito que todas las demás obras mías; pero con el tiempo ha ido este éxito creciendo, no sé por qué...

—Porque es una obra hermosísima—comenté, entusiasmado.

—Para mi gusto, las tengo mejores....

—¿Cuál le gusta a usted más?

—Del todo, ninguna. Escenas de unas, palabras de otras... Momentos... Momentos donde se advierte que sintió uno la inspiración... Cuidado se puso igual por igual para hacer todas. Pasa como con los hijos. ¿Por qué son unos más guapos o más listos que otros?...

¡Quién sabe! Sin embargo, si he de ser sincero, le diré a usted que la que más me llena de mis obras es *La reina vieja*. Ahora hace algún tiempo que no escribo, porque las compañías están muy mal organizadas... La última obra juzgada en Madrid ha sido *La reina joven*...

—En efecto, y alguien vió que en esta obra trataba usted de presentar personajes muy conocidos en la política española, y sobre todo en la catalana.

—No, no pensé en tal cosa. Yo traté de demostrar que por muy opuestos que sean los sentimientos políticos de dos personas, puede tejerse entre ambos el amor, que salta por todo... Ahora, en la actualidad, lo que preparo es un drama: *Jesús vuelve*. De esta obra está enamorada María Guerrero, porque le he contado el asunto. Tengo, además, ya terminados, *El mundo azul* y *Por derecho divino*.

—¿Escribe usted con facilidad?

—Sí, generalmente, si escribo a gusto cosas que a mí se me ocurran. Hay ocasiones en que uno siente una fuerza sobrenatural que lo manda y que lo inspira, y entonces se escribe como un sonámbulo... Ya ve usted, yo tengo una obra que el héroe es un anarquista: *La fiesta del trigo*... ¿Cómo escribí yo esto?

—¿Cuánto lleva usted cobrado de sus obras?

—No sé, hijo... Yo jamás cuento el dinero. Lo cobro y lo echo al cajón sin saber lo que tengo. Cuando se acaba, se acabó. Me producirán al mes unos trescientos duros... Pero, ¡caso raro!...: yo, a pesar de que ya tengo más de setenta años, todavía no escribo mirando al producto... Hago literatura como la hacía a los diez y siete años, por verdadero romanticismo; si no se representasen mis obras, las escribiría para mi entretenimiento y el de mis amigos...

—¿Tiene usted familia?

—No, señor; de sangre, no. Pero vivo desde mozo con un amigo y con su familia, que, por dictados del corazón, es la mía. Soy soltero.

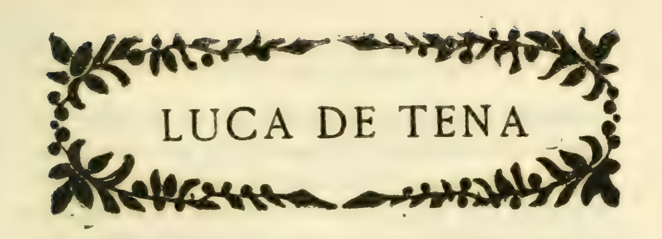
—¿Por vocación o por contrariedades?

—No lo sé; porque me he ido quedando así.

Llegamos al parque de Montjuich. Un jardín coronando una montaña. Abajo, en derredor, se extendía Barcelona, enorme, abigarrada, con sus chimeneas vomitando humo, con sus austeras torres. A la derecha, en el fondo, como una nube verde que besara el suelo, tendíase el mar. Hasta nosotros llegaba el estruendo confuso de la gran capital... Silbaba un tren. Gemía una sirena. Cantaba un ruiseñor en el parque.

Y mientras, nosotros contemplábamos la escultura de Montserrat hecha a *Manelic*.

Allí, en bronce, estaba el protagonista de *Tierra baja*, con su cayada sobre los hombros, atravesada, con sus brazos colgados de ella, con su gorro y su frente altiva. Parecía cantar, bajo el purísimo añil del cielo, su poema de amor y libertad...



LUCA DE TENA

Esta tarde, lector, vamos a conversar con un caballero extraordinario... Su voluntad es recta y firme; su conciencia, como un crisol; su pecho, como un castillo feudal, lleno de amor a la Patria, donde rebotan los dardos que le dirigen los que no se sienten vivificados por la excelsa llama. Este caballero es periodista, y claro que lo extraordinario en él no es precisamente la profesión. Periodistas somos muchos, unos mejores y otros peores: abundan tanto los primeros como los segundos. Es muy corriente el escritor profesional que vive de embujar cuartillas y más cuartillas; también lo es el que se deja en silencio, ignorado, los sesos sobre la mesa de la redacción, para nutrir el buche político de su director; y hay un tercero que utiliza la pluma como trampolín para ambiciones políticas.

Nuestro visitado no pertenece a ninguno de estos tres tipos corrientes. Es de otra hornada, donde no se coció más que él. Juzgad vosotros mismos. Un día, cuando este caballero era un mozo de veinte años, y después de haberse experimentado en visitas a tierras extrañas, se encontró en su patria dueño de dos millones de pesetas. ¿Qué hacer con tan crecida suma?... Un espíritu ahorrativo e indiferente la hubiese empleado en comprar papel-cupón, y si se sentía seducido por la política, con la renta de sus dineros a buen seguro que, cultivando la amistad de un Romanones, llegaría a ser ministro. A un mujeriego, vicioso y alocado, se le hubiesen ido los billetes tras de un naipe o de una vida fácil; pero aquel mozo, que era un espíritu fuerte y bien templado, que quería luchar e imponerse, ser útil a su patria, dirigió la vista a la Prensa; no a la prensa que se convierte en esclava y pregonera del amo, sino a la prensa patriótica e independiente, que es la anhelada por todos... Triunfó en toda la línea. Y aquí lo singular de este hombre: cuando a la puerta de sus talleres llamaron los directores políticos para ofrecerle un envidiable y suculento plato en la merienda del presupuesto nacional, él siempre rehusó fríamente: «¡Ah! No. Perdónenme, pero no acepto; más

que hacer decretos y Reales órdenes en el Ministerio, me seduce hacer patria desde la dirección de *A B C*...»

Sabido por todos esto, encontraréis justificado que el cronista califique a don Torcuato Luca de Tena de hombre extraordinario. En otro terreno, si me fuera dado espacio, yo escribiría un centenar de cuartillas sobre la innegable influencia en la cultura y en las letras de este hombre, incansable trabajador, que ha hecho evolucionar al periodismo, colocando a España al nivel, y tal vez por encima, de las más adelantadas naciones de Europa.

—¿Está don Torcuato? — hemos preguntado con parquedad, tras de cerrar la cancela de hierro y cristales para que cesara el azorante repiqueteo del timbre que anunciaba nuestra entrada.

—No puedo decirles. Hagan el favor de subir al principal; allí lo sabrán—nos contesta el portero.

Y un poco abrumados por el profundo silencio que nos rodea, avanzamos por la suntuosa y amplia escalera, cuyos rellanos los alegran hermosas plantas naturales. En el piso principal entregamos a un ordenanza nuestra tarjeta y esperamos viendo reflejar nuestra imagen en un gran espejo que sobre su jardinera pa-

rece prolongar la galería. Un botones menudo y vivaracho nos examina con curiosidad. Vuelve el ordenanza y tras de él el secretario de don Torcuato, que nos invita a seguirle... El señor Luca de Tena está en la nave de máquinas. Atravesamos una oficina—tal vez sea la redacción—, seguimos por una galería, nos deslizamos por una escalera de caracol, nos acomodamos en un ascensor que desciende dos pisos y que nos deja en la nave de máquinas. Ya allí, nos hemos quedado un instante quietos, estupefactos, asombrados, contemplando la grandiosidad de esta nave que se extiende ante nuestra vista. El cronista, que ha visitado los más renombrados rotativos ingleses, franceses y alemanes, no encontró en ellos nada comparable con esta gran sala, sin una columna, donde hay más de treinta máquinas, donde trabajan y se mueven holgadamente más de cien obreros bajo la luz azulosa que desparraman una veintena de focos eléctricos, y donde la atmósfera es pura y transparente como en medio de la Castellana.

A la derecha, y rodeado de un grupo de obreros, atalayamos al hombre cuyo cerebro levantó este palacio periodístico, honra de la prensa española. Atravesamos las secciones de encuadernación y llegamos hasta donde

está don Torcuato, que nos acoge con su gentil amabilidad.

—Perdónenme que los reciba aquí, pero estamos probando esta nueva máquina — nos dice, mostrándonos una gran rotativa de cuatro cuerpos, enorme como un acorazado, veloz como una centella y silenciosa como una respiración. Cuatro hombres recogen los ejemplares de *A B C*, que, perfectamente impresos y plegados, arroja por sus plegadoras...

—Es magnífica esta máquina, don Torcuato —exclamamos nosotros maravillados.

—La Casa Koëning Bauer—nos replica el señor Luca de Tena—la ha construído expresamente para tirar *A B C*. Con ella se obtiene un rendimiento de velocidades asombroso. Podemos tirar, poniéndola a su marcha máxima, ciento veinte mil ejemplares, de ocho páginas, en una hora, perfectamente impresos, como está usted viendo.

—¿Le habrá costado a usted un pico?...

—Hasta este momento llevo gastado en ella ciento cincuenta mil francos.

—Y la tirada diaria, ¿se hace ya en ella?

—No, señor... Estamos desde hace varios días haciendo ensayos; hoy ya podemos decir que el ensayo es general, con decorado y todo,

porque está tirando una de las ediciones de provincias.

—Solamente usted en España, don Torcuato, tiene coraje para gastarse más de treinta mil duros en una máquina.

—Eso significa poco comparado con la labor que hay que hacer desde que se le ocurre a uno adquirirla hasta que la ve ya funcionando; no se puede usted imaginar lo de estudios, ¡números, viajes, visitas! Luego, ya aquí, no apartarse de ella y presenciar su montaje desde el primero hasta el último ovalillo... Yo, amigo *Audaz*, me he puesto más de una vez la blusa azul para ayudar en mis talleres a los obreros. Y también he vendido por las calles el *Blanco y Negro*.

—Tiene un mérito enorme que usted, riquísimo, solicitado en la vida política para ocupar elevados puestos, prefiera a todo este desvelo constante y este continuo y duro trabajar.

—No sé si tiene mérito o no; pero esto no lo sacrifico por nada; más de una vez se me han acercado ofreciéndome un puesto en la política, y siempre he renunciado a ello por no adulterar la independencia de *A B C*, que es donde tengo puestos todos mis amores.

—Canalejas, ¿le ofreció a usted una cartera?

—Sí, señor: la de Fomento; pero yo no acep-

té. López Domínguez, en otra ocasión, la Dirección de Correos, y esto, entonces, le confieso a usted que me hizo dudar, porque yo tenía estudiado un plan de reformas en Correos; por cierto que de él entresaqué el franqueo concertado y los giros de prensa, que gracias a mi iniciativa se llevó a cabo. Sagasta también me ofreció una Subsecretaría, y tampoco acepté. Yo entiendo que el cargo de director de un periódico es incompatible con cualquier puesto político, porque no hay posibilidad de sustraer al periódico del influjo que ejerza la idea y los intereses del partido.

—¿Cuántas horas dedica usted al trabajo?...

—Catorce horas diarias; generalmente estoy en esta casa hasta las cinco de la madrugada.

—¡Claro que tiene usted una afición desmedida por el periodismo!...

—Una tendencia loca desde que tenía catorce años, que fuí director de un periódico gráfico titulado *La Educación;* porque cada uno nacemos para una cosa, y yo, por lo visto, nací para dirigir periódicos.

Hay un momento de silencio Don Torcuato, con sus grandes quevedos redondos, de concha, sigue todos los movimientos de la máquina.

—¿Quiere usted contarnos — le pregunta-

mos—su vida pasada, que será muy interesante?...

—Con mucho gusto, y si no es interesante, es la vida de un hombre trabajador. Yo nací en Sevilla; mis padres, que poseían una gran fortuna, me enviaron a Madrid a estudiar. Aquí, cuando tenía catorce años, como le dije antes, se me ocurrió, en compañía de otros dos o tres camaradas, fundar un periódico del cual fuí director... Conseguimos que salieran varios números, y después murió... Entretanto, yo, que seguía la carrera diplomática, fuí a los quince años agregado a nuestra Embajada en Marruecos. Por Tánger, Fez y otros puntos marroquíes estuve varios años. Volví a España, y habiendo puesto la casa bancaria de mi familia una sucursal en Madrid, me designaron a mí para llevar la dirección de ella... Trabajaba, sí, bastante; pero me quedaba tiempo para divertirme... Montaba mucho a caballo, asistía a los teatros y dedicaba dos meses del año a viajar por el extranjero...

—Y en medio de esa vida tan grata, ¿cómo fué ocurrírsele fundar *Blanco y Negro?*—inquirimos nosotros extrañados.

—Verá usted... En uno de mis viajes a Munich me entusiasmó *Fliegender Blätter*, que sabe usted es uno de los mejores periódicos de

Europa, y con envidia pensé si en España, donde entonces no teníamos más revista que *Madrid Cómico*, no podríamos con el tiempo tener una gran ilustración como *Fliegender Blätter*. Ya vuelto a Madrid, lamentaba yo en una tertulia que en España no supiéramos hacer un buen periódico. Uno de los contertulios saltó y dijo: «Aquí sobran artistas para poder hacerlo; lo que falta es dinero.» «Yo tengo todo el dinero que haga falta»—repuse yo—. Y manos a la obra... De aquella noche y de aquella tertulia salió *Blanco y Negro*, a quince céntimos, de cuyo primer número tiramos veinte mil ejemplares, y se agotó en seguida. Y ha sido un hijo tan agradecido, que yo preparé cuatro mil pesetas para fundarlo y jamás me ha hecho tocar a ellas. Desde que nació se pagó él, triunfó en la calle y se fué instalando con holgura. Y nadie puede darse una idea de lo que yo he luchado... En Barcelona, cuando los vendedores se me negaron a vender *Blanco y Negro* a veinte céntimos porque querían la comisión de siete cada ejemplar en vez de cinco, cogí el tren, me planté allí, recluté a jornal unos cuantos muchachos, y yo, al frente de ellos, como un capataz, pues si no los vendedores no los dejaban, recorrí las ramblas voceando y vendiendo *Blanco y Negro*, y re-

cuerdo que llegué a vender veinticinco ejemplares.

—Con *A B C*, ¿empezó usted perdiendo dinero?...

—Sí, señor. Llegué a perder hasta ochocientas mil pesetas, haciendo enormes tiradas. ¿Cómo se explica esto?...

—Usted lo sabe igual que yo: sólo el papel que lleva *A B C* vale los tres céntimos en que tenemos que dar el periódico a los vendedores, y los anuncios se hicieron esperar bastante; así, que cada número me costaba dos o tres mil pesetas de pérdida, hasta que con paciencia y serenidad hemos llegado a tener un respetable número de anuncios que nos permite poder dar a tres céntimos lo que damos...

—Es muy hermosa esta instalación.

—Por lo menos, para que resulte higiénica y trabajen con gusto los obreros, he puesto en ella mis cinco sentidos. Merced al sistema norteamericano que tenemos para la renovación de aire, jamás se respira la atmósfera viciada. ¿Ve usted? No hay humo, a pesar de que se está fumando todo el día. La temperatura es igual en cualquier estación del año.

—¿Estarán muy contentos sus obreros?

—Sí, señor. Hago por ellos todo lo que hu-

manamente puedo, y tengo la ilusión de que me quieren.

—Y de política, ¿qué me dice usted?...

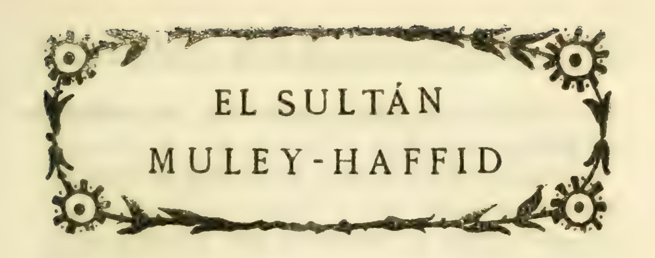
—Yo en política, cuando fuí diputado, que lo fuí cuatro veces por Martos, era sagastino. Hoy, como le he dicho a usted antes, soy neutral. Hay quien me creía conservador y maurista; nada de eso: no soy de nadie. Ahora bien: como he demostrado, soy patriota y en Maura admiro los procedimientos desinteresados, sanos y viriles, que serán los únicos capaces de engrandecer a España. Un espíritu de justicia me ha inspirado el no colaborar en la gran ignominia de escarnecerlo, porque es el único hombre quizás que no tiene, ante nada ni ante nadie, que inclinar su nobilísima frente y rezar el *Yo pecador*. *A B C*, que es como un ciudadano honrado, aunque sea independiente, tiene que llevar a los hogares la verdad diáfana, y desvanecer leyendas antipatriotas como la de Ferrer, la de Maura y la de La Cierva.

Cesa de hablar don Torcuato.

Frente a nosotros sigue la Koening vomitando ejemplares. El señor Romea, atildado, con su bigote largo y frágil, sus aborrascados cabellos peinados hacia atrás y con gesto delicado e ingenuo, va de un lado a otro atendiendo a todo. Por último, se acerca a don Torcua-

to y le desliza una pregunta. Don Torcuato lo escucha; después levanta la cabeza, lo mira primero y luego le habla. De vez en cuando, con su mano derecha, en un movimiento habitual se acaricia el bigote.

Nosotros, mientras, meditamos, y en nuestra imaginación se tienden dos paralelos: don Antonio Maura y don Torcuato Luca de Tena.



EL SULTÁN MULEY-HAFFID

Tuve que esperar un gran rato. El Sultán, según me dijo una camarerita coquetona y charlatana, estaba almorzando y acababa de empezar. Había dado órdenes de que nadie lo molestara durante su yantar, que debía de ser abundante y suculento, a juzgar por los repletos bandejones de comida que iban metiendo los camareros en su cuarto.

Yo encendí un cigarro y me puse a pasear lentamente por el amplio pasillo del piso primero del Palace.

Observé que concurría mucha gente a este piso, muchos conocidos, que pasaban por mi lado y me saludaban familiarmente. ¿Qué ocurría? Pronto lo iba a saber por labios del simpatiquísimo Duque de Tovar, que llegaba, muy orondo, acompañado de su inseparable amigo Lago.

—¡Querido Duque! —exclamé, estrechando su mano.

—Amigo *Audaz*, ¿qué hay? ¿Viene usted de verlos?...

—¿No; estoy esperando a que termine de almarzar.

—Pero ¿están almorzando? ¿Tan pronto?... ¡No es posible! ¿Ha visto usted qué bien estuvo el más chico ayer en Valencia?

—¿A quién se refiere usted, Duque?...

—A los *Gallos*.

—¡Ah, a los *Gallos!* Y yo hablaba del Sultán, que es por quien voy a ser recibido.

—¡Ya! Pues es muy amigo mío. Me conoce mucho por conducto de los Mannesmann. Dele usted recuerdos de mi parte; ya vendré yo a verlo. ¡Ah!, y dígale que si le gustaron los tres magníficos leones de Hamburgo que le regalé.

—¡Vaya un regalito!

Marchó el Duque y quedé solo. En uno de los ángulos esperaban también unos fotógrafos. Poco tiempo más; acaso el necesario para conversar unos momentos con la rubia, gentil y rafaelesca Marquesa de la Plata, en cuyo álbum de viaje tuve que estampar mi firma, y debajo precisamente de la de *Joselito*. Haceos cargo de mi confusión. *Joselito* y yo toreando a la limón. Cuando digna, altiva, angelical, des-

apareció la noble Marquesa tras el caracol de la escalera, se acercó un camarero a decirme que Su Majestad Muley-Haffid me esperaba.

Lo seguí. Me crucé en el camino con tres morazos que abandonaban la habitación del Sultán. Eran bastos, recios y desgarbados; las chilabas de estambre se les caían por las espaldas. Llevaban las cabezas rapadas y sus andares iban acompañados de un *vaivén* bestial. La habitación de Muley Haffid no estaba custodiada por esclavos, como la de su hermano Abd-el-Azís. Penetramos.

Frente a la puerta, sentado a usanza moruna sobre un sofá, nos esperaba el Sultán. En pie, a su lado, permanecía un joven rubio, vestido a la europea. Apenas Muley-Haffid se dignó contestar a nuestra reverencia. Antes de hablar nosotros nos dirigió la palabra el joven rubio de cabellos rizados. El Sultán le instaba en árabe, y él parecía obedecer un penoso mandato.

—Yo soy el secretario y el intérprete de Su Majestad Muley-Haffid—comenzó diciendo el muchacho.

—¿Pero usted es europeo?—observé yo.

—Sí, señor; ¿no lo advierte usted? Soy madrileño. Pues bien: mi magnífico señor me dice que le prevenga a usted, señor *Audaz*, que ha

leído el artículo que escribió usted sobre su hermano, y que ha podido ver en él que es usted demasiado... curioso..., vamos... demasiado... preguntón, y que procure usted molestarle a él lo menos posible, sobre todo con preguntas que no sean discretas.

Te confieso, querido lector, que esto me desconcertó un poco, y un algo más la actitud sonriente con que el Sultán seguía las palabras de su secretario.

—¡Ah, caramba!—repuse, no dándome por aludido—; ¡es muy amable su magnífico señor!...

—Sí; muy simpático—abundó el secretario, con ingenuidad—; no tiene más que el genio muy fuerte.

—Bah, ¡eso será en Marruecos!—Y variando de conversación, pregunté—: ¿Sabe hablar español?...

—No, señor. Lo entiende, pero no lo habla.

—¿Y francés?...

—No, no habla más que árabe. Pero me advierte que su augusta voluntad es que todas las preguntas se las dirija usted a él, y yo le contestaré lo que Su Majestad me diga.

—Perfectamente—convine.

Esperaba Muley-Haffid que comenzaran mis preguntas, y me examinaba con altanería y desconfianza. Yo, por mi parte, lo miraba con

indiferente insolencia... Advertí en seguida que, aunque físicamente son dos gotas de agua, Muley-Haffid, en el trato, es el reverso de su hermano Abd-el-Azís. Dijimos que Abd-el-Azís es un gran señor. Muley-Haffid es un *gran moro*, déspota, dominador, descortés; su educación no fué refrescada por los aires europeos.

Ahora bien: tiene un soberbio tipo de Sultán bravío y sanguinario. De estatura elevadísima, cuerpo muy fornido, rostro altivo y broncíneo—casi senegalés—. En sus ojos, muy grandes y negros, se advierte, tras su habitual expresión melancólica, un espiritu frío, cruel y perverso. Pero Muley-Haffid es, ante todo, guerrero; lo denuncian sus grandes manos, que a cada instante buscan vanamente, en la cintura, el puño de la gumía.

Ríe... ríe siempre, mostrando la verdosa dentadura, cubierta en sus picaduras por gotas de oro. ¡Ah! Pero no te fíes de esta risa del Sultán. A mí me produce escalofríos. No es una risa sana; es una sonrisa pérfida. Seguramente estaba su rostro adobado por esta suave risita cuando presenció la muerte del Roghi en la jaula de las fieras.

Usa gran barba, como la endrina crespa y rizada. Las vestiduras poco han de diferen-

ciarse de las de su hermano; tal vez las de aquél sean más ricas. Muley-Haffid no luce ninguna joya.

—Señor—comencé diciéndole, después de tomar asiento frente a él—, ¿tú eres mayor o menor que tu hermano Abd-el-Azís?

—No sé—me contestó por boca del secretario.

—¡Cómo, majestad! ¿No sabes la edad que tienes?...—insistí yo, asombrado.

—Sé la edad que tengo; pero no quiero decírtela; y además, si en vez de estar aquí estuviéramos en Marruecos, ya te hubiera mandado a un calabozo.

Me aterré y proseguí, fingiendo amilanamiento:

—¿Por qué, señor? ¿Cuándo incurrí en tu cólera?...

—Has de saber que en Marruecos es una grave ofensa preguntar la edad.

—¡Ah, sí! Pues perdona, señor—repuse yo, afectando sentimiento—; pero aquí, en España, no ofende esa pregunta más que a las señoras. Ahora bien: como estamos en España y a mí me interesa saber tu edad, vuelvo a preguntártela.

—Y porque estamos en España te contesto. Tengo treinta y dos años.

—¿A qué obedece tu viaje?...

—Al deseo de recrearme un poco y a la necesidad de tomar las aguas de Marmolejo, que me habían recomendado los médicos. Pero de allí he tenido que venir en seguida, porque la estancia era muy molesta; no tenía comodidades ningunas.

—¿Es la segunda vez que visitas España, verdad?

—Sí, la segunda.

—¿Te gusta, señor?

—Si no me hubiera gustado, no hubiese vuelto.

—¿Esperas ser recibido por nuestro Rey?

—Sí; esta tarde visitaré a vuestro Sultán.

—He leído en los periódicos que tienes el propósito de reunirte en ésta con tu hermano Abd-el-Azís. ¿Es cierto?

—No; no es cierto—rechazó rápido.

—Por lo que advierto, no hay las mejores relaciones entre tú y tu hermano.

—Ni las mejores ni las peores. El uno no debe existir para el otro; esta es la razón de que los dos nos creamos con el mismo derecho para una misma cosa. ¡El uno no existe para el otro! De mi superioridad en valor tuvo una prueba en Marrakesch, donde derroté sus tropas, yo al frente de las mías, y me proclamé Sultán.

—Pero a ti, señor, te destronó Muley Jusef.

—Mientes. Le dejé yo el trono. ¿Es que ignoras tú que en el momento que yo me levante en armas volveré a ser quien fuí en Marruecos?

—Algo de eso tengo entendido, señor; pero, ¿tú aspiras a volver al trono?...

—Esa es una pregunta necia; porque mira: cuando a uno se le cae de la mano una moneda, si es de plata se agacha en seguida a cogerla, y si es de cobre se agacha más lentamente; pero el que se caiga no quiere decir que se renuncie a ella ni que sea de otro. ¿No es esto? A mí se me ha escapado de las manos el trono de Marruecos, y como es mío, como me pertenece por mi descendencia del Profeta, volveré a poseerlo.

Las palabras del Sultán eran firmes.

—Y dime, señor, ¿qué vida acostumbras a hacer en Marruecos?...

—A esa pregunta no contesto.

—¿Por qué, señor?— pregunté, extrañado.

—Porque la vida que yo hago en Tánger la conoce todo el mundo, y la parte que no conoce todo el mundo es la parte privada, y esa, como comprenderás, no te la voy a confiar a ti.

Sonreímos Campúa y yo. El Sultán preguntó rápido, clavando en nosotros sus ojos de lince:

—Te sonríes, ¿por qué?...

—Majestad, porque eres muy amable y muy

simpático; da gusto tratarte; deben estar encantados tus esclavos y esclavas.

—Te advierto—me dijo Campúa en voz baja—que, como sigas por ese camino, este *gachó* nos va a echar violentamente del cuarto.

—Soy del mismo parecer—le contesté yo.

—¿Sí?—siguió Campúa—. Pues convendría hacerle las fotografías antes.

—¿Eh?... ¿Qué te dice ese?—inquirió el Sultán, sonriendo... siempre.

—Nada, señor; me dice que desea hacerte unas fotografías. Una escribiendo, por ejemplo.

—No; nada de escribir. Podéis hacérmelas así, como estoy; pero no consiento que se hagan más de tres.

Comenzó Campúa su labor. Yo, entre placa y placa, continuaba preguntándole:

—¿Cuáles son tus aficiones predilectas, Majestad?...

—La caza de fieras. También me gusta domesticar tigres y leones. Allí, en Tánger, poseo un pequeño parque zoológico.

—Tengo entendido que te agrada la poesía...

—Mucho—replicó con cierto énfasis—. Yo hago versos. Si me leyera vuestro poeta Villaespesa, tendría más clara visión de la realidad árabe.

—Y el automóvil, ¿te distrae?...

—Sí; me encanta pasear en él; pero yo no lo conduzco ni lo entiendo.

Hubo una breve pausa. Campúa llevaba ya cuatro placas, y el Sultán protestó.

—He dicho tres, no más que tres, y ya me has hecho cuatro.

—No lo créas, señor; no llevo más que dos.

—Bien; pues terminad ya y marcharos, que yo tengo mucho que hacer, y sobre todo, deseo quedarme solo.

Seguía sentado, con las piernas cruzadas, y movía con impaciencia los pies, calzados con medias de lana. Las sandalias doradas quedaron abandonadas en el suelo, ante el sofá.

—Nos marcharemos, señor, en cuanto hablemos algo de la guerra europea.

—Yo, sobre eso, no te he de contestar nada. Es decir, te diré, únicamente, que lamento, como todo el mundo, la guerra.

—Tus simpatías, ¿por quién están?

—Esa pregunta me molesta.

—Pero, señor, si se la hice idéntica a tu buen hermano y se dignó contestarla. ¿Qué de particular tiene que tus estudios, o tus aficiones, o tu amistad, o tu admiración, te inclinen más a un lado que a otro? No creas, yo también tengo mis simpatías.

—Pero las tuyas no interesan a nadie.

—Ya lo sé; y porque las tuyas interesan quiero saberlas.

El Sultán meditó un instante. Después, con cauta y ladina diplomacia, repuso:

—Puedes decir que mi espíritu está con los franceses. ¡Tiene que ser así! Con ellos convivimos allá en Africa.

¡Oh! No era sincero. Continué:

—Me extraña, señor, esto, teniendo tan grande amistad como tienes con los Mannesmann.

—Y ¿quién te dijo que yo tenía amistad con los Mannesmann?

—Tu amigo el Duque de Tovar.

—¿Y quién es el Duque de Tovar?...

—Señor, un grande de España, que te regaló tres leones.

—¡Bah! Ni conozco a los Mannesmann, ni al Duque de Tovar, ni a mí me ha regalado nadie tres leones. Yo todas mis fieras las he comprado en Hamburgo con mi dinero.

—Y dime, majestad magnánima, ¿qué opinas del protectorado francés y español en las zonas de Marruecos?

Esta pregunta movió todo el recio cuerpo del Sultán. Agitóse nerviosamente; pero sin apagarse su sonrisita, contestó:

—Eso ya es asunto pasado, y a las cosas

que pasaron no se les puede decir más que *adiós*. ¿No es así?

Asentimos; él prosiguió:

—El protectorado se venía ejerciendo en Africa desde quince años antes que yo subiera al trono. Lo que ocurría es que estaba en gestación. Es decir, era un árbol que existía y se estaba robusteciendo. Durante mi reinado arrojó el árbol, desgraciadamente, las primeras yemas, y ahora ya se está cogiendo el fruto maduro. ¿Comprendes, cristiano?

Comprendía. Lo que no me decían sus labios cárdenos lo adivinaba en su mirada azabachada.

Dudé antes de hacerle mi última pregunta. Al fin me decidí.

—¿Es cierto, señor, que tú mandaste matar al Roghi?...

—Es cierto. Lo mandé matar porque el Roghi era un bandido como el Raisuni. Con su muerte, que la quiso Alá, hice un gran bien a mi Imperio.

—¿Y lo mandaste matar en la forma que se dice?...

El rostro de Muley-Haffid se inmutó levemente.

—A ver—inquirió con despotismo—; ¿en qué forma se dice y quién lo dice?...

—Yo no lo creo, Majestad; pero se cuenta, es decir, a mí me lo ha contado un servidor tuyo, que arrojaste al Roghi a una jaula donde lo esperaban tres leones, precisamente los que te había regalado el Duque de Tovar; que las fieras, en vez de devorar a su huésped, lo miraron con indiferencia; que entonces el Roghi, bravío y amenazador, y sin aparentar miedo alguno ante las fieras, se abalanzó con ímpetu a los barrotes de la jaula tras de los cuales presenciabas tú regocijado el espectáculo, y afeó tu conducta, te desafió a entrar en el cubil, te llamó cobarde y negó que tú fueras el descendiente del Profeta; entonces tú, confuso y aterrado, iracundo y *desdeñoso*, ordenaste a tus esclavos que mataran al Roghi a balazos. Tus askaris te obedecieron. Esto cuenta la gente, señor.

Mi relato causó pésimo efecto en el ánimo del Sultán. Como movido por un resorte, púsose en pie sin hacer caso de las zapatillas, y con el rostro encendido en cólera y gesticulando amenazador, me señaló la puerta de la habitación. Nos insultaba en árabe; el secretario, interponiéndose, nos tradujo sus dicterios.

Un *trop de zèle* evidentemente innecesario. Hay gestos y actitudes de significado universal. A encontrarme con Muley-Haffid en su

palacio de Tánger, *aquello* hubiera supuesto una rápida *capitis diminutio* parcial o total del cronista...

—Dice mi gran señor que o se marchan ustedes o llama a sus esclavos para que os echen.

—¡Ah, no—protesté yo—, que no se moleste tu magnífico señor! Nos marchamos nosotros por nuestro pie.

Y diciendo esto cogí mi *flexible*, y sin perder de vista al Sultán, que parecía una estatua de basalto, salimos. Tras de nosotros sonó la puerta violentamente.

¡Palabra de honor, lectores!



LA PÉREZ DE VARGAS

Mientras que Campúa se ensañaba con la preciosa modelo haciéndole un centenar de fotografías en el gabinete, yo curioseaba por todos los rincones de la alcoba. De vez en cuando saltaba la voz mimosa y aniñada de Merceditas, protestando cariñosamente contra mi inaudita audacia.

—¡Pero ese hombre!... ¡Enterándose de todos mis secretos!...

El lecho era de bronce y cristal, con el dosel de gasas y encajes... A la derecha estaba la mesita escritorio, y sobre ella, alguna carta, de cuyo contenido yo, muy indiscretamente, me enteré, y los papeles de las obras que la artista tiene en estudio... Abrí los cajones de la mesa escritorio. Merceditas, al oír el ruido, protestó airadamente.

—¿Qué hace usted, hombre de Dios?... ¡Va-

mos!... Hasta dentro de los cajones me está andando. ¡Habráse visto!...

Y su fingida desesperación mimosilla se rompía en una risa cristalina y contagiosa... Tropecé con un paquetito de cartas, presas con una cinta color plomo... «Cartas de espectadores», rezaba arriba... Leí la primera... «Adorable y bellísima señorita: No puedo seguir más en esta situación, y cojo la pluma para decirla que estoy locamente enamorado de usted. Desde que comenzó la temporada vengo todas las noches a tener la dicha de contemplarla. Ocupo siempre la butaca núm. 10 de la fila cuarta. Si después de verme no le soy a usted indiferente, para demostrármelo póngase un clavel del adjunto ramo en el pecho... Y si así es, me hará usted el hombre más feliz del mundo, y mi fortuna—cerca de ochenta mil duros—y mi vida las pondré a su disposición. La idolatra, *Narciso Regidor.*»

No estaba mal. Yo solté la carcajada y renuncié a leerme las cien compañeras más, concebidas, sin duda, en la misma forma.

—Veo que recibe usted muchas cartas de espectadores enamorados...—le dije a Merceditas.

—¡Ya ha dado usted con ellas!...—gritó.

Y variando de tono, prosiguió:

—Algunas... Tontos; no se figure usted que yo me creo que nadie se enamora de nadie tan fulminantemente.

A los pies de la cama había una *chaiselongue*, con media docena de cojines y almohadones de seda...

—Ya puedes salir—me avisó Campúa, que había terminado de hacer las fotografías.

—Verdaderamente—le dije a Merceditas, al mismo tiempo que me acercaba a ella—que hay habitaciones de las cuales no quisiera uno salir nunca.

—¡Vaya unos caprichos!—comentó ella.

Pasamos a la sala, suntuosa, y allí tomamos asiento.

La linda actriz estaba en la intimidad de su casa más inmensamente bella que en el escenario. Vestía un traje de seda *silenciosa* color limón. La piel de su escote parecía alabrastro, y sus brazos, perfectamente torneados, dos serpientes de nácar. Las dos grandes perlas de sus pendientes recibían los reflejos del traje y parecían también verdes.

—Está usted muy bonita, Mercedes—comencé diciéndola, tras la serena contemplación.

—No; eso no, porque no lo soy—repuso ella.

—Sea usted sincera. ¿Usted cree ser guapa o fea?

—Ni lo uno ni lo otro. De verdad...

Hizo una pausa; después prosiguió:

—No creo que soy bella; pero sí creo que tengo muchos atractivos que suplen la falta de belleza.

—¿Cuáles?

—Los que me tratan dicen que tengo un poquitín de talento...

Y al decir esto, hizo un delicioso mohín de rubor.

—¿Qué es lo que cree usted que tiene más bonito físicamente?...

—Hombre, los ojos; es de lo mejorcito que hay en casa. ¿Opina usted lo mismo?...

Tras de intentar una selección, tuve que confesar mi fracaso.

—La verdad, no sé escoger.

—Siempre galante.

—¿Tenía usted desde pequeña gran vocación por el teatro?

—Muchísima... En la soledad de mi alcoba me recitaba los papeles de casi todas las obras de Echegaray y Galdós... Yo soñaba con el día en que fuese una primera actriz... Era mi suprema ilusión.

—¿Qué actriz le gustaba a usted más entonces?...

—Entonces y ahora, la Guerrero.

—¿Y Rosario Pino?

Los magníficos ojos verdes de Mercedes se quedaron fijos en los mios, queriendo adivinar la intención de mi pregunta. No lo consiguió, y repuso:

—Sí, Rosario Pino también me gusta mucho; pero no tanto como la Guerrero... Si fuese al contrario, lo confesaría. ¿Por qué no? Yo, en cuestiones de arte, soy muy sincera y procuro desligarme de toda pasión.

—¿Cuál es el rasgo característico de su carácter, Merceditas?

—El que debe ser en todo el mundo: voluntad. Yo tengo una voluntad de acero. Aquello que me propongo, lo realizo por encima de todo, hasta de las torturas de mi espíritu... Detesto la abulia.

—¿Cuál ha sido el día más feliz de su vida?...

—El día que he hecho *La princesa Bebé* por primera vez.

—¿Por qué?...

—¡Qué sé yo!... Tenía la aspiración de verme aplaudida en esta obra, que es una de mis preferidas; por eso la escogí para mi beneficio.

—¿Las obras de qué autor le gustan a usted más?...

—¡Oh!...—repuso sin titubear.—Las de Jacinto... La prueba es que pienso hacer todo su repertorio.

Yo quise poner en un aprieto a Merceditas, y la pregunté:

—Siendo Benavente su autor predilecto, podrá usted decirme, de todo su teatro, ¿cuál pensamiento le gusta más?...

—Muchos.

—Sobre todos habrá uno.

Meditó.

—Sí; espere usted que lo recuerde bien... Soy tan nerviosa, que a veces cuando más ágil quiero tener la memoria me acomete una amnesia absoluta... Ya me acuerdo. Lo dice la princesa Bebé en el primer acto: «PARA UNA MUJER, NADA TIENE SENTIDO EN LA VIDA SINO EL AMOR.»

Meditamos un momento sobre la frase... En los labios de Mercedes resultaba una paradoja. Después...

—¿Cuál es el día más triste que ha tenido usted en su vida?

—El día que se quemó el teatro de la Comedia. Fué para mí un golpe espantoso. No solamente por las pérdidas materiales ni por los contratiempos artísticos: unos vestidos, unas alhajas..., eso ¿qué más da?... Un teatro donde

trabajar, sabía yo que no habría de faltarme... ¡Pero mi escenario de la Comedia, testigo de todas mis inquietudes de la juventud, de todas mis luchas, de todos mis triunfos, donde estaban todos los mejores recuerdos de mi vida, desaparecía bajo un montón de cenizas. Horroroso; le digo a usted que horroroso. Yo no he experimentado jamás una angustia tan grande como ésta.

—Y ahora, ¿está usted plenamente satisfecha de la vida?...

—A ratos... A veces, cuando no me sale bien una cosa, me pongo frenética y quisiera, ¡qué sé yo!..., suicidarme, porque me considero la criatura más desgraciada del mundo... Después pasa el chubasco, y ¡tan feliz!...

—¿Es usted caprichosa?...

—Mucho y vehementísima.

—¿Ha llorado usted muchas veces?...

—¡Oh!... Casi todos los días de mi vida...

—¿Por motivos de amor?...

—¡Bah! ¡No!... Por contrariedades artísticas. Un papel que me cuesta trabajo aprender, una frase que no matizo bien, un gesto... Anoche, sin ir más lejos, me llevé una llantina enorme porque me equivoqué en escena...

—Estaba yo en el teatro... No tuvo importancia...

—¡Ah!, ¿con que estaba usted en el teatro y no entró a mi cuarto a consolarme? Pícaro.

Y Merceditas hizo un gesto coquetón de gatita feliz que tiene derecho a las caricias de todo el mundo.

Entonces se me ocurrió una pregunta absurda:

—Si no hubiese otro remedio, y en la necesidad de elegir, ¿qué animal le gustaría a usted ser?...

—Pantera... — contestó ella, rápida y altiva—. ¡Qué lindo animal!... Me han prometido una muy pequeñita... Ya verá usted qué mona.

—¿Qué cosa de la vida le inquieta a usted más?...

—La superstición. ¡Oh, soy horriblemente supersticiosa; de tal manera, que influye notablemente en mi arte... Si antes de salir a escena advierto algo que me anuncia mal presagio, ya mis nervios no me dejan trabajar, ni vivir, ni nada...

—¿A qué edad desea usted morirse?...

—Joven; cuando empiece a estar fea.

—¿De qué enfermedad?... Escoja usted.

—Del corazón—dijo, entornando los ojos soñadores.

Reímos.

—¡Ah! ¿Por qué ríe usted?—inquirió—. ¿Es

que yo no tengo derecho a morirme del corazón?...

—Derecho, sí; pero corazón...

—¿Sí?... Pues por exceso de corazón me pasan cosas muy desagradables.

—¿Qué ambiciones tiene usted para lo porvenir?...

—No crea usted que me contento con poco. En mi arte desearía llegar a ser la actriz más genial del mundo, la más popular y la más querida, ¿eh? Creo que soy sincera.

—¿Y en su vida íntima?...

—¡Oh! En mi vida íntima, amar, ser amada y morirme sin saber lo que son desengaños... Si llego a la vejez—que no lo deseo—ambiciono mucha tranquilidad...

—¿Sin hijos?...

—Mire usted, me gustaría tener hijos...

—¿Cuál es su mejor amigo?...

—Jacinto Benavente... Yo admiro y quiero a Jacinto con toda mi alma... Es muy bueno y tiene un talento extraordinario...

—Y su mayor enemigo, ¿quién es?...

—Si lo tengo, no le concedo ni la importancia de haber reparado en él. Yo desprecio a mis enemigos... Además, las mujeres no tenemos enemigos, sino enemigas. Y ¡ay de la que no las tiene!

—¿Qué pintor le gusta a usted más?

—Manolo Benedito.

—Está bien —la dije, sonriendo—; si no es uno de los mejores pintores del día, por lo menos es joven y tiene entusiasmo, ideales...

—Hubo un silencio. Después le pregunté:

—¿Le gustan a usted los toros?

—Algo, no mucho; me gusta ir a la plaza, y hasta a ratos me emociona la lidia y me contagio con el entusiasmo del público; pero no me apasionan...

—¿Y los toreros?...

—¡Vaya una preguntita!... Regular. Me gustan más en la plaza que en el trato.

—Pues un infortunado torero estuvo muy enamorado de usted...

—Sí—contestó, entristecida—; estuvo muy enamorado... y nada más...

—Dicen que es usted una mujer un poco cruel, ¿es cierto?...

—¡Oh, no!—protestó Merceditas—. Yo soy muy buena; ahora bien: cuando me hacen daño o se meten conmigo, siento indominables deseos de vengarme... Sí, soy vengativa, no lo puedo remediar.

Y como viera que nos reíamos incrédulos, prosiguió:

—Usted hágame algo malo; ya verá cómo me las paga...

—Sería para mí un honor—contesté sinceramente—. Y ahora le voy a hacer una preguntita de pronóstico. ¿Ha estado usted enamorada alguna vez?...

—De haberlo estado, lo seguiría estando; pero esa pregunta pertenece a la vida íntima. Que lo adivine el curioso lector, y si no, que él me enamore a su gusto y de quien más le plazca. Comprenda usted, amigo *Audaz*, que una confesión de ese género, por mi parte, podría perjudicarme, y yo ya le he dicho a usted que soy, ante todo y sobre todo, una mujer-voluntad.

—¿Cuántos años tiene usted, Merceditas?

Hizo un espantijo muy salado.

—Y sigue usted con las preguntas incontestables. A fuerza de mentir siempre una edad distinta, ya no sé la que en realidad tengo... Cuando, hace diez o doce años, nos conocimos, recuerdo que yo era mucho más joven que usted...

—Sí, en efecto, ¡mucho!, dos años. Tenía usted quince y yo diez y siete... Adoraba yo sus tirabuzones negros como la endrina y su cuello blanco como la luna. Una noche le propuse a usted que nos fugásemos a pie... A us-

ted le aterró la idea de andar por la carretera oscura y silenciosa, tropezando con los montones de grava. Ahora comprendo que la proposición no era muy tentadora...

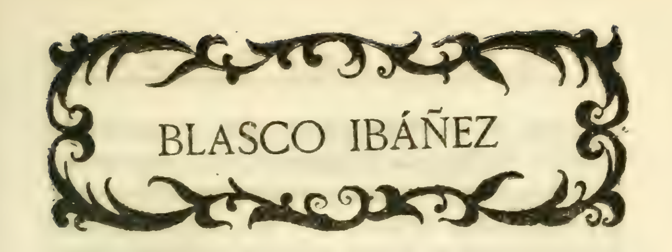
—Y, sobre todo—abundó Merceditas—, como sabía que hacerle a usted caso era desperdiciarme...

—¡Brava sinceridad!...

—¡Por Dios, no vaya a decir nada de esto! —clamó ella.

—¡Ah! ¿Con que *desperdiciarse?*... Lo diré, lo diré para que sus admiradores y mis *admiradoras* sepan a qué atenerse respecto a los dos...

Y la monísima actriz reía y reía, simulando una deliciosa confusión que estaba muy lejos de su espíritu.



—¡Hola, *chiquet!*

—Querido Blasco. ¿Cómo está usted?...

—Mejor que nunca... *¡Ché!*... ¡Pero qué estatura! ¡Qué grueso! ¡Cómo ha cambiado usted!...

—Y usted también, Blasco... Está usted más joven, más alegre, más elegante.

Pepe Francés, que le acompañaba, robusteció mi observación.

—En efecto —dijo, observándolo al través de sus grandes y oscuros lentes bordeados de concha—: es usted otro hombre, Blasco; desde aquellos tiempos de *La Novela Ilustrada* hasta ahora ha variado usted enormemente. Sin barba, sin tripa, tan atildado, con cierta pátina parisiense.

Y así era. Este Blasco sonriente y alegre a quien saludábamos en su cuarto del Palace Hotel, no recordaba al Blasco revolucionario e

inquieto de hace doce años. Ahora, en vez de aquella barba rizada y puntiaguda, tan característica, tiene el rostro completamente rasurado, con tanto esmero que por algunos sitios brotó la sangre. Lleva el bigote cuidadosamente cortado a la inglesa. Su cabeza, de rizada cabellera, ya ha comenzado a quedarse monda, conservando como trofeo de su antiguo esplendor una greña crespa y desaliñada que a veces cae sobre la amplia y rugosa frente. Las manos del insigne novelista están muy pulidas y aderezadas con algunos sencillos aretes de oro.

No había terminado de vestirse; estaba en mangas de camisa: una camisa verde, cruzada por unos tirantes de seda verde, que sujetaban los pantalones azules, elegantemente planchados. Sus botas eran de charol y lona.

Nosotros tomamos asiento al lado del ventanal, cerca del lecho, sobre el cual, entre el desorden de las ropas, había cartas, telegramas, libros, el saco de viaje y la americana azul con el rojo botón de la Legión de Honor.

Blasco permanecía de pie en el centro de la habitación, con las manos metidas en el bolsillo del pantalón.

Hablaba, hablaba siempre con una *posse* de hombre de mundo para el cual no hay secretos

en la vida; su voz chillona no está en armonía con su gesto de comediante francés.

—Se dice que ha venido usted a asuntos relacionados con la guerra europea —le insinuamos.

—¡Oh, no es cierto!... Son fantasías. El objeto de mi viaje a España es visitar mi familia, saludar a mis editores. Ya lo digo en una carta que dirijo a los diarios. ¿A qué iba a venir si no?...

—Se dice que a convencer al Gobierno de la conveniencia de una intervención.

—Eso es un dislate que han lanzado mis enemigos... Yo no soy partidario de que España intervenga en la guerra; creo que se debe mantener en una neutralidad favorable a los aliados. Claro que debe estar prevenida; pero nada de intervenir... ¿Qué iba a resolver la ayuda nuestra en esa contienda gigantesca donde los cuerpos de ejército de seiscientos mil hombres...? ¡Nada! ¡Créalo usted, nada!

—¿Vencerán los aliados?...

—Yo creo firmemente en el triunfo de ellos, por una serie de razones que no expongo porque resultaría una conferencia. Sí, desde luego. Cada día que pasa representa una nueva seguridad de triunfo para los aliados.

—¿Cuánto tiempo cree usted que durará la guerra?...

—Será larga, muy larga. Tal vez sea la paz en 1917, tal vez en 1918; pero no antes.

Hizo una pausa. Se puso la americana.

—Hablemos de usted, Blasco. ¿Cuántos años tiene usted?...

—Nací en enero de 1868. No tengo que decirle a usted que en Valencia. La primera vez que me di cuenta de mi existencia fué al oír el estruendo de los cañones. La ciudad era bombardeada en uno de los movimientos revolucionarios de la época. Después, mi niñez se desarrolló entre los accidentes de la guerra carlista, que fué terrible en la región valenciana.

—Tal vez esta primera iniciación de la vida ha influído en el resto de su existencia.

—Seguramente — afirmó Blasco —. Bueno; pues luego, teniendo doce años, cuando estaba en un colegio dirigido por curas recibiendo una educación estrechamente religiosa, yo mismo me fuí formando una mentalidad muy distinta al ambiente que me rodeaba. Tenía una gran afición a la lectura y leía todos los libros que caían en mi mano, libros que pedía prestados en mis salidas del colegio a todos los que conocía, especialmente a un barbero amigo.

—¿Recuerda usted qué lecturas fueron las que más le impresionaron en aquella época?...

—Sí, señor. *La vida de Jesús*, de Renán, y los *Estudios de la Edad Media*, de Pi y Margall. Después fuí estudiante en la Universidad, porque, «aunque me esté mal en decirlo», yo también soy abogado. Al mismo tiempo que inicié mis estudios de futuro jurisconsulto, empecé mi vida de político de acción. Apenas tenía diez y seis años y ya era una figurita dentro del partido republicano, que entonces vivía apartado de la legalidad y dedicado a las conspiraciones. Confieso que fuí siempre un mal estudiante. Mi deseo era entrar en la marina de guerra; pero por exigencia de mi madre tuve que seguir una carrera más pacífica. No perdí ningún curso; estudiaba tenazmente quince días antes de los exámenes, aprendiéndolo todo de memoria con una facilidad igual a la que tenía para olvidarlo poco después. Rara vez asistía a las clases. Me había ya tentado el demonio de la literatura y huía de las aulas universitarias para pasar la mañana vagando por los senderos de la risueña vega valenciana o tenderme en la playa a la sombra de una barca contemplando las espumas del Mediterránec y soñando con el cisne de Lohengrin. Sólo entraba en la Universidad en los días de revuelta, para provocar y dirigir la pedrea contra reaccionarios y liberales. Recuerdo que los

bedeles, cuando me veían en el claustro, de tarde en tarde, se ponían en guardia. «Ave de mal agüero, que anuncia la tempestad»—decía Palanca, el padre del actor.

—¿A qué edad fué usted por primera vez procesado?...

—Siendo todavía estudiante me senté en el banquillo de los acusados por una de las pocas poesías que he escrito en mi vida. Era un soneto contra los reyes: todos los reyes de la tierra; me indultaron de la pena de seis meses de arresto en vista de la edad, pues sólo tenía diez y seis años; pero yo creo ahora que este indulto fué también por lástima, teniendo en cuenta lo malo que era el soneto.

Reímos; él continuó:

—Al fin, fuí abogado; pero la terminación de mis estudios sirvió para que me dedicase con toda mi actividad a los trabajos revolucionarios. Yo no soy político ni lo he sido nunca. Recuerdo que cuando Salmerón me ofreció el Ministerio de Instrucción pública, yo rechazaba la oferta diciéndole: «A mí me dan ustedes la Embajada de Constantinopla.» Y es eso: que yo no sentí el politiqueo. Sentía la lucha. Soy un agitador, un artista enamorado de la acción, y recuerdo mi juventud con sus conspiraciones novelescas, sus viajes peligrosos, sus

idas nocturnas a los alrededores de los cuarteles en espera de un regimiento que nunca llegaba a salir, con más agrado y entusiasmo que las tardes grises, monótonas y vulgares del Parlamento.

—¿Fué usted condenado muchas veces por Tribunales civiles y militares?

—¡Uf!, muchísimas. Calculando el tiempo que fuí a la cárcel por días, semanas o meses, puedo afirmar que la tercera parte de este período la pasé a la sombra o huyendo. He estado preso unas treinta veces. Los años 1890 y 1891 los pasé emigrado en París, viviendo en el Barrio Latino, y sólo pude volver a España cuando dieron una amnistía a los reos políticos. En 1895, cuando ya había fundado *El Pueblo*, ocurrió en Valencia un gran choque de las masas populares y la Guardia civil. Hubo numerosas bajas por ambas partes. La región fué declarada en estado de sitio; yo tuve que huir, e hice bien, pues tengo la certeza de que, si me apresan, no existiría ya a estas horas. Huí a Italia disfrazado de marinero. Cuando se sosegó todo, volví a España; pero unos correligionarios, sobradamente entusiastas, se lanzaron al campo contra mi voluntad, levantando varias partidas que se tirotearon con la Guardia civil. Inmediatamente las autoridades tomaron

la precaución que era ya de costumbre: «Blasco Ibáñez a la cárcel», porque, según dijo un fiscal, «no se movía en Valencia una hoja sin que yo lo mandase». Esta vez comparecí en un cuartel ante un Consejo de guerra. Una escena teatral, de la que me acuerdo aún con cierta satisfacción artística. Después de un largo debate, me leyeron la sentencia, por lo noche, en medio del patio, entre bayonetas y a la luz de un farol agujereado por las balas de los míos. ¡Una escena de la Revolución francesa!... Me condenaron a no recuerdo cuántos años de presidio..., de presidio, ¿eh?... Perdí hasta el nombre, pues durante mucho tiempo fuí simplemente el número trescientos tantos. Me afeitaron, me cortaron el pelo al rape, y en los días de revista tenía que vestirme con el traje gris y el gorro, como mis compañeros de hospedaje, todos ellos personajes de marca en su mundo. Estaban sentenciados a grandes penas. Pero, sin embargo, guardo de todos ellos cierto recuerdo de gratitud, pues me trataban con un respeto fraternal y al mismo tiempo admirativo, procurando mejorar mi situación. A uno de ellos, sentenciado a muerte, le pude pagar sus atenciones procurándole su evasión. Viví todo un año en aquel presidio. ¡Un año!... Esto se dice muy pronto, amigo *Audaz*. Al fin salí, no

por indulto, sino por conmutación de pena, como un criminal vulgar, teniendo en cuenta la buena conducta que había observado en el encierro. El viejo Cánovas, que me distinguía con una animosidad especial, me trajo desterrado a Madrid para tenerme a la vista. Los republicanos, para sacarme de esta situación, me proclamaron diputado en las primeras elecciones. ¡Diputado yo, que había abominado siempre de esta investidura!... Me cansé pronto y dimití el cargo, dedicándome a otras cosas más en armonía con mi espíritu.

Calló. Nosotros exclamamos:

—Ha vivido usted mucho y muy de prisa.

—Y así viviré siempre—se apresuró él a contestar—. He viajado mucho, he emprendido las más diversas y contradictorias empresas, he arrostrado peligros, amo los negocios, más que por los resultados positivos, por el gusto de vencer las dificultades que ofrecen.

—¿Cómo empezó usted su vida literaria?

—Con la publicación de los *Cuentos valencianos*. Antes había escrito varios novelones históricos que aparecieron en folletines de periódicos y luego en volúmenes que, afortunadamente, desaparecieron. Después publiqué *Arroz y tartana* y toda la serie de novelas que reflejan la vida de Levante.

—¿Todas sus novelas están recogidas de la realidad?

—Todas. Escribo lo que veo..., lo que me impresiona, y retengo perfectamente un paisaje, una conversación o un ambiente. Mi novela *La barraca* tiene su historia. Cuando yo estaba escondido en la trastienda de una taberna del puerto esperando la ocasión para huir a Italia, y con la perspectiva de ser fusilado, me entretuve escribiendo en unos cuadernillos de papel de cartas un cuento, al que puse por título *Venganza morisca*. Pude huir a Italia, y al volver fuí condenado a presidio; pasaron varios años, y un día el correligionario dueño de la taberna me entregó los papeles que había dejado olvidados en su casa. Eran el cuento. Al releerlo presentí qne de allí podía yo hacer una novela. Y así lo hice. En poco tiempo desarrollé *La barraca*, que fué la primera novela que me dió celebridad en España y fuera de ella.

—¿Cuántos libros lleva usted publicados?

—No lo sé... Yo no los he contado nunca, ni esto me interesa. Me ocupo de mis libros mientras los pienso y los escribo. Apenas los he terminado no vuelvo a acordarme de ellos y los olvido a veces completamente.

—¿A qué idiomas han sido traducidos?

—Todos ellos al francés, y una gran parte al

inglés, al alemán y al italiano. Tengo muchos traducidos a todas las lenguas de Europa, hasta al griego moderno, al tcheque y al ruteno. En Rusia casi soy su novelista popular; además, existe allí lo que no hay aquí: una colección de «Obras completas de Blasco Ibáñez».

—¿Qué capital ha reunido usted con la literatura?

—¡Oh! Eso, no sé. Al mismo tiempo que escritor he sido otras cosas, todo menos hombre de administración, y el dinero, cuando llega a mis manos, lo gasto sin averiguar de dónde procede.

—Su residencia actual, ¿es París?

—Sí, señor. Habito un pequeño hotel cerca del Bosque de Bolonia. Me seduce tener a mi disposición, como si fuera mío, este parque, el primero del mundo, y paseo por él dos horas todos los días. Ahora estoy escribiendo la *Historia de la guerra*, sin más documentos que los que yo puedo proporcionarme directamente en los informes del Estado Mayor y en mis viajes al campo de batalla. Además de este hotelito de París, ¡tengo tantos domicilios!... Casa en Valencia, casa en Malvarrosa, casa en Madrid —calle de Salas—, casa en Buenos Aires, casa a orillas del Panamá, cerca de las fronteras del Paraguay y del Brasil, en pleno bosque

semitropical. ¡Y las casas que tendré todavía!

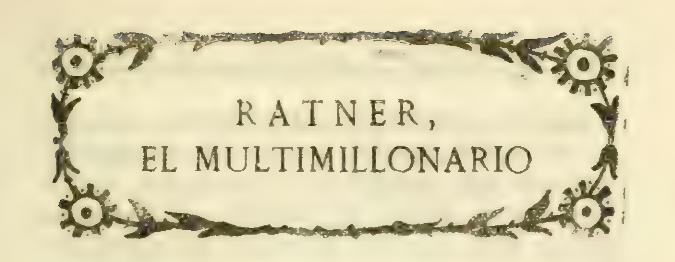
—Cuéntenos usted alguna anécdota.

Blasco hizo un gesto de horror, y exclamó:

—¡Tengo tantas, tantas!... Un día, en París, almorzando en casa de mi editor francés Calmann Levy, en compañía de varios escritores, me dijo Anatole France: «El día que usted publique sus memorias habrá producido la más interesante de sus novelas.» Y así es. Yo he tratado a las gentes más diversas y he vivido en las capas sociales más opuestas y contradictorias. Soy amigo íntimo de presidentes de República y traté al depuesto emperador de Turquía, Abdul Hamid, al que llamaban *El Tirano Rojo*. He sufrido las angustias del céntimo en mezquinas empresas editoriales de España, y he manejado millones en mis trabajos de América. He estado en presidio, y años después, sin buscarlo, he entrado en los salones más cerrados del gran mundo de París y otras capitales. He sido escritor, colonizador y guerrero. He creado libros y he creado pueblos. Una voz mía la han obedecido miles de hombres, jugándose sus vidas, al mismo tiempo que yo, al frente de ellos, me jugaba la mía. Tengo en mi cuerpo, como recuerdo de estas aventuras, las cicatrices de dos balazos y al-

gunos rasguños. Presiento que no he terminado aún, y que en los veinte años que me pueden restar de vida todavía el Destino me reserva nuevas aventuras. Yo, amigo *Audaz*, soy una fuerza suelta que a veces encuentra ocasión de funcionar normal e intensamente. No creo nada de esto incompatible con mis aficiones de artista; es más: creo seguir con ello una tradición nacional, la verdadera tradición de la literatura española. Nuestros escritores de otros tiempos, a partir de Cervantes, fueron hombres de acción: soldados, navegantes, conquistadores, en una palabra, hombres de pelea, muy distintos del literato profesional y sedentario; hombres de acción que corrían el mundo, vivían la vida, veían las cosas por sus propios ojos y no a través de los libros; y cuando no tenían otra ocupación más urgente e importante se dedicaban a escribir, empleando la literatura como una válvula de escape.





RATNER, EL MULTIMILLONARIO

Al entrar en la redacción aquella tarde, me dijo el portero:

—Aquí ha estado un señor esperando a usted.

—¿Mucho rato?—pregunté, por responder algo.

—Una media hora.

—¿No dejó tarjeta?

—No, señor; ni dijo su nombre.

—¡Bah!—pensé medio en alto—, ya volverá quien sea.

Pero una voz me detuvo:

—¿Señor *Audaz?*

Me encontré ante un caballero que jamás había visto y que me parecía algo extraordinario.

—Servidor de usted—repuse, haciendo una reverencia a mi desconocido, el cual me ofreció su mano con una llaneza singular.

Era un potentado, seguramente. En uno de sus dedos llevaba un enorme y magnífico brillante del tamaño de un «escudo», cogido con cuatro garras de platino; lucía alguna sortija más, y sobre la corbata otro gran brillante.

Su rostro y su aspecto me inquietaron, interesándome al momento. Repito que no era un hombre vulgar. Más bien alto que bajo. Delgado. Su faz morena, larga, enjuta, rugosa y pulcramente afeitada, tenía una expresión de indiferencia mundana, llena de atracción y simpatía. Sus ojos negros, ojos vivos de psicólogo, miraban con ese detenimiento con que se bucea en la oscuridad.

Su indumentaria no estaba en armonía con los brillantes; era sencilla y hasta descuidada: un trajecito a cuadros, una corbata de *muelle* y unas botas negras de cordones muy deslustradas y casi abiertas. Aquel hombre tenía aspecto de *detective* norteamericano.

—Le esperaba a usted—me dijo con acento extranjero, al mismo tiempo que estrechaba mi mano.

—¡Ah!—exclamé. ¿Acaso es usted un señor que vino antes, según me han dicho?

—El mismo. Llegué en su busca, y en vista de que tardaba usted, me he sentado tranqui-

lamente en mi automóvil a esperarle. Tenía un gran deseo de conocer a usted.

—Veamos. ¿En qué puedo serle útil?—me ofrecí.

—¡Ah!, a mí en nada—rechazó con absoluta indiferencia.

—¿Luego entonces?...—inquirí yo, ya interesado.

—Luego entonces, que he venido a conocerle por la única satisfacción de tener el placer de estrechar su mano.

—Muchas gracias, señor — exclamé, algo confuso por las originales formas de mi interlocutor.

Él, sin darle importancia a la cortesía, prosiguió con frialdad:

—Yo soy Abraham Ratner. ¿No ha oído usted nunca mi nombre?

—¿Ratner, Ratner?...—repuse yo, recordando—. Sí, señor; he oído este nombre y no recuerdo...

—Medite usted un poco más—me invitó.

—¡Ah, ya! ¿Es usted ese feliz mortal multimillonario ruso del cual hablan estos días los periódicos?

—El mismo, para servir a usted—afirmó él.

—Mucho gusto... Pero pasemos a mi despacho

—Me parece muy bien.

Aquel caballero fantástico me siguió hasta mi compartimiento. Después dejó su flexible y su gabán sobre una silla, sacó su gran petaca y me ofreció un «águila imperial».

—Yo—comenzó diciendo con lentitud—soy lector de usted; un lector asiduo y entusiasta.

—Gracias, señor—le interrumpí.

—No hacen falta. Pero a usted le parecerá extraordinario lo que voy a decirle.

—Veamos.

—Ahora, hace poco tiempo, he estado a punto de hacer un viaje desde Barcelona con el solo objeto de conocer a usted personalmente; fué cuando publicó usted la interviú del señor general Huertas.

Al oír este nombre, me previne. No estaba yo muy seguro de haber dejado complacidos a los partidarios ni a los detractores del ex presidente de la República mejicana.

—¿Le pareció a usted bien?—le pregunté con indiferencia.

—Sí, señor; magnífica.

—Hizo una pausa. Comprendí que se trataba de un enemigo del general. Continuó:

—Yo soy uno de los más grandes amigos del señor general Huertas, y en aquella interviú le estuve oyendo hablar. Ahora bien: usted no

pudo sustraerse a cierto ambiente desfavorable que en España rodea al ex presidente de Méjico... Este ambiente—yo, que no soy mejicano, pero que he vivido allí quince años—tengo el deber de decirle a usted que es injusto... ¡Muy injusto!

—¡Veo, señor Ratner, que a usted no le hizo gracia la información del general.

—Le doy a usted mi palabra de honor que sí; me encantó. Es más: recuerdo que el mismo día que se publicó tuve ocasión de ver al señor Huertas en un café de Barcelona, y le dije estas o parecidas palabras: «Así es usted, mi general; ni el pintor más notable hubiese hecho un retrato más perfecto de su persona; en esta interviú está todo lo malo de usted; falta algo de lo bueno.» Y así era, en efecto. El general Huertas era aquél; pero estudiado sin el detenimiento necesario, bajo una impresión de momento.

—¿Pues qué juicio le merece a usted el general?

—Para mí, además de todo eso que decía usted de él, que tengo que confesar que es cierto, me parece un hombre admirable, un gran patriota mejicano, un hombre desinteresado y de una capacidad mental superhumana. ¡Así, superhumana!

—Y un dictador cruel—agregué yo.

—Cruel, no; justo... Un dictador a la medida de Méjico, como lo necesitan los mejicanos... Algún día me dará usted la razón. Durante su presidencia demostró no ser enemigo de los extranjeros y ha suministrado justicia a todo el mundo, a excepción de los bandidos, a quienes él sabe tratar de una forma muy enérgica y *característica*.

—Celebro mucho que me dé usted todos esos antecedentes, señor Ratner, porque yo tengo el propósito de hacer algo sobre Méjico, y viniendo de persona tan autorizada como usted, bien pudieran serme útiles. Si mal no recuerdo, en la interviú que tuve el honor de hacer al general mejicano me ceñí en absoluto a su conversación, poniendo solamente de mi cosecha la impresión que recibió mi espíritu.

—Ya lo sé, señor; por eso digo que estaba muy bien. Yo he vivido quince años en Méjico; mi capital lo hice allí: nació de trescientas pesetas, con las cuales desembarqué en Tampico. Al año siguiente aquellas trescientas pesetas se habían convertido en un millón de pesos.

—¡Caramba!—exclamé maravillado—. ¿Y me da usted su palabra de honor de que ese capital lo hizo usted trabajando *solamente?*... —le pregunté sonriendo y en tono de chanza.

—¡Palabra de honor que no hice más que trabajar con suerte! Verá usted. Yo pertenezco a una familia rusa de mediana posición. A los veintidós años emigré por imposiciones del destino; fuí a caer en Tampico, como pude caer en el Ecuador. Allí entré a trabajar de bracero en una casa española, cuya razón social era «José Ignacio Isusi»; me daban un peso diario. A los cuatro meses ya había conseguido llegar al puesto más alto de la casa: era apoderado general. Al poco tiempo, por una pequeña cantidad—trescientas pesetas—, adquirí una negociación mezquina: una agencia de periódicos; y con una idea que yo tuve, que era el despacho de paquetes por correo, a los pocos meses el capital de la negociación se había elevado a un millón de pesos oro. Después me dediqué a negocios bancarios y fué creciendo mi capital como la espuma.

—¿Cuánto tiene usted en la actualidad?

—Unos quinientos millones de pesetas en efectivo, además de los intereses que he dejado en Méjico, y los cuales han sido atropellados por Villa y Carranza.

—Y dígame usted, señor Ratner, ¿por qué abandonó usted Méjico?

—Porque me temía lo que está sucediendo, y como yo era íntimo amigo de Huertas, no qui-

se exponerme a ser blanco de los bandidos actuales. Yo, señor, salí de Méjico antes que el señor general, un poco antes.

—¿Pero usted tendrá noticias fidedignas de la situación mejicana?

—¡Oh! ¡Ya lo creo, mi amigo!... Figúrese usted. En Méjico, actualmente, existe una anarquía... Allí no se respeta ni la propiedad, ni el derecho, ni la justicia. Los extranjeros son atropellados inicuamente, y privados de sus bienes, y—lo que es más triste para ustedes—los españoles son los que menos garantía y menos seguridades tienen, es decir, los perseguidos con más saña... ¡Pobres españoles! Claro que de esto tiene la culpa el Gobierno vuestro, que no se preocupa de defenderlos. Créame usted, señor: Méjico necesita lo antes posible, para que no se desmorone por completo, un dictador, un hombre de hierro, un político con entereza, que aplique la ley y la justicia sin contemplaciones de ningún género.

—Y ¿cree usted que ese hombre es su amigo el general Huertas?—le pregunté intencionadamente.

Ratner es un hombre mundano, un hombre hábil, y, rápidamente, con una sonrisa irónica, desechó mi maliciosa interrogación.

—No, amigo *Audaz*, no quiero decir lo que usted cree. El señor general Huertas no volverá a Méjico, porque ningún dictador que dejó su puesto volvió a ocuparlo. Será otro...

—¿Quién?

—No sé. Es un incógnito por el momento; pero Dios quiera que sea pronto, pues un país donde no hay garantía para las vidas, para los bienes, ni para las mujeres, ni para los niños, es un país perdido, que si sigue así corre el peligro de ser conquistado por ese vecino fuerte y ambicioso que se llama Wilson.

—¿Qué le parece a usted Villa?

—Un patibulario.

—¿Y Carranza?

—Un farsante capaz de todo lo malo: esto se lo juro a usted con la mano sobre el corazón.

Y al decir esto el señor Ratner se dió solemnemente con la palma de la diestra sobre el pecho. Después continuó:

—Ya ve usted, si esos bandidos algún día llegaran a ser fuertes, a mí me ahorcarían sin remedio por esto que estoy diciendo. Yo lo sé; pero no puedo por menos que decirlo, porque es la ¡santa verdad!

Hubo un silencio. El humo de los tabacos iba tejiendo un tul azulino en la habitación. Con-

fieso que a mí me agradaba oír hablar al multimillonario. A él, por su parte, observé que le complacía sobremanera la fraternidad de nuestro diálogo.

—¿Piensa usted, Sr. Ratner, instalarse definitivamente en España?—le pregunté.

—Con el tiempo, sí. Ahora, por lo pronto, salgo para Andalucía esta misma noche. Quiero conocer esos bellos ojos de las mujeres españolas. Después embarcaré con rumbo a los Estados Unidos, y más tarde tornaré a Barcelona, donde pienso establecerme.

Consultó el reloj. Se puso de pie.

—Antes de abandonarle—me dijo lentamente—se servirá usted aceptar un pequeño recuerdo mío. ¡Quién sabe si no volveremos a vernos más, y yo quiero que usted conserve una agradable impresión de mi visita.

Y al mismo tiempo que decía esto, sacóse del dedo la gran sortija del brillante y me la ofreció, diciéndome cariñosamente:

—Tenga usted.

—Gracias, señor Ratner—rehusé yo terminantemente—. No hay motivo para este regalo.

—¡Oh!, sí hay motivo. La molestia que le he causado con mi visita y con todo lo que le he dicho, que maldito lo que le importa.

—Sí me importa—protesté—. ¡Ya lo creo! Tanto, que tal vez haga de su charla una información que puede resultar muy interesante.

—Lo que usted quiera. Me es indiferente. Pero, desde luego, ¿no quiere usted aceptar este pequeño recuerdo de un lector suyo?...

Continuaba con la sortija en la mano.

—Ese, no... Otro de menos importancia, sí.

—Le advierto a usted, amigo mío, que para mí esto no tiene importancia ninguna.

Fijándome en un pequeño lápiz de plata que asomaba por el bolsillo de su chaleco, proseguí:

—Acepto como recuerdo de su visita ese lápiz. Me será muy útil para mis notas.

El multimillonario volvió otra vez la sortija a su dedo, y entregándome el lápiz, murmuró:

—Sea, mi amigo... Quien se engaña es usted.

Guardé el lápiz y di una larga chupada al cigarro. Ratner advirtió mi deleite de fumador.

—¿Le gusta a usted este tabaco?—me preguntó.

—Sí, muy agradable—afirmé, aspirando su aroma.

Entonces el simpático millonario, como tocado por un resorte, fué a mi mesa y, revolviendo entre mis papeles, me dijo:

—¿Tiene usted un esqueleto para poner un telegrama?...

—No; pero es lo mismo: póngalo en una cuartilla —le dije, ofreciéndole un *bloc*.

Entonces el señor Ratner escribió con ligereza:

«Casas Domenech, Cristina, 12. — Barcelona.

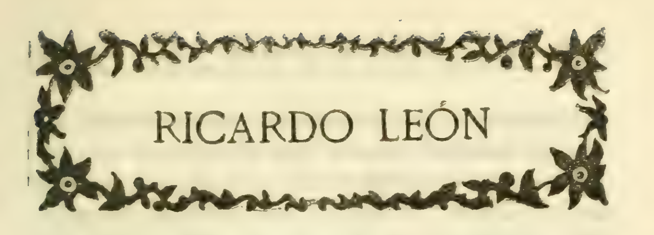
»Envíe inmediatamente mil cigarros puros de los que yo fumo a «El Caballero Audaz», «La Esfera». Salgo esta noche para Andalucía. Abraham Z. Ratner.»

Te confieso, lector, que ante esa inesperada esplendidez me quedé un poco perplejo. Pero en seguida reaccioné. En realidad, para aquel hombre fantástico mil puros habanos suponían lo que para mí un cigarrillo de papel.

—¡Qué hombre tan especial es usted, señor Ratner!...—comenté, mirándole de hito en hito—. Indiscutiblemente, es usted un hombre raro...

—Perfectamente; acepto esa clasificación...

Y tal vez no esté usted equivocado... Si hubiese muchos hombres como yo en el mundo, no habría bastante oro para nosotros. ¡No olvide usted que con trescientos francos he hecho mi capital y no era tan alto como usted!...



Una casa callada y modesta. Por todo ornato, libros, cariñosamente encuadernados. Por todo alimento y fortaleza para la lucha, una venerable mujer, torpe—por los años—en el andar, pero precisa y noble en el decir, que comparte los azares y laureles del hijo del poeta. Porque gústale a la anciana señora escuchar antes que nadie los madrigales y estrofas de su *niño* cantor, no será extraño encontrarla con frecuencia al lado de él, con los ojos ya llenos de sombra, perdidos en la nada, pero con el oído atento a los endecasílabos que va pergeñando su hijo.

Este es el hogar del nuevo y joven académico Ricardo León, y sin las dolencias que de continuo le acosan, diríamos que es el hogar de un hidalgo feliz.

Ricardo León es un hombre pequeñito, quie-

to, encogido. Es la modestia personificada. En vez de hablar, parece que murmura, acuciado tal vez por el temor de que su voz disuene de las demás. Si anda, casi arrastra los pies, procurando hacer el menor ruido posible. Si da la mano, su apretón es suave, inadvertido. Yo he querido contrastar la sinceridad de la modestia de este literato, y después de acomodarme en su sillón de trabajo, le he dicho una cosa que yo creía estupenda.

—Mire, Ricardo: usted sabe perfectamente que yo soy un hombre sincero para el público; es decir, que el único valor que tienen mis informaciones se lo da la verdad de lo que veo y de lo que siento.

—En efecto—ha respuesto él, complacido.

—Pues bien: yo, antes de tener esta conversación con usted, deseo que me conteste a una pregunta. Si en mi información hay algo de crítica para su persona o para su obra, ¿usted no se molestará?...

—¡Qué disparate!—ha exclamado el poeta, sin mostrar el menor recelo por mi prefacio—. No me conoce usted, amigo mío; yo no soy lo que algunos creen a juzgar por mi vida de relativo apartamiento. Desde mi rincón de estudio y de trabajo procuro salir cuanto puedo de mí mismo, con el espíritu abierto a todas

las ideas, a todas las opiniones, por adversas que fueren a las mías. Yo me hice escritor viviendo más que leyendo y más a fuerza de golpes que de halagos. La crítica, no ya la honrada y sincera, sino la más apasionada y rigurosa, me hace mucho bien. La alabanza a todas horas es una dama que acaricia y enerva. Me incitan más al trabajo y a la lucha los desabrimientos que las lisonjas. Atendiendo al refrán «del enemigo el consejo», procuro aprovechar todas las lecciones, aun aquellas que vienen con la acritud o el rencor. Siempre he sentido menos vanidad que ambición, y nunca enamorado de mis obras, soy yo mismo el crítico más implacable de ellas... Así, pues, que tiene usted, no solamente mi autorización—que no le era menester—para censurarme, sino mi colaboración y mi voto incondicional.

El sosiego y convencimiento con que Ricardo León dijo esto me mostraron su espíritu humilde, perfectamente equilibrado, sazonado con la modestia.

Viste de negro, sin atildamiento; más bien con desaliño. Su piel tiene coloreos bermejos. Una pelusilla azafranada apenas cubre su cabeza. El bigote recio y descuidado también tiene tonos rojos. Sus ojos, pequeños, miran, a través de gruesos lentes de roca, con esa ex-

presión ingenua tan característica en los miopes.

Es andaluz, malagueño, este literato, cuya prosa está recriada en soleras cervantinas; pero en vez del porte altivo y gallardo de los hombres de la Andalucía, tiene el aspecto sencillo e insignificante de un buen hidalgo nacido en Castilla.

—No parece usted andaluz—le dije yo, pensando en alta voz.

—Pues nací en Málaga—protestó él, ufano—el día de Santa Teresa del año 77.

—Siga usted; ¿qué más...

—Mi padre era militar. Un hombre admirable; tenía un alto concepto de la vida y procuraba, de una forma clara y sencilla, irlo involucrando en mi espíritu. Yo no he conocido a nadie que me enseñe a vivir rectamente, como lo hacía mi padre. Mi espíritu comenzaba a manifestarse anunciando un hombre de acción. Yo soñaba con la bandera, el fusil y el enemigo; quería ser militar. Físicamente iba muy bien encaminado: era un muchacho sano, ágil y musculoso. ¡Cuánto daría yo por volver a aquellos días de la infancia!...

Hizo una pausa León; yo esperé; después prosiguió:

—Y todo cambió cuando, a los doce años,

perdí a mi padre. La adversidad más implacable nos acorralaba; pero ¡en todas sus manifestaciones!: dolor, pobreza, enfermedades. En fin, no quiero recordar. El caso es que a mí se me presentó una dolencia que desde entonces no me abandona, y yo estoy agradecido a ella.

Como yo hiciera un gesto de asombro, él prosiguió rápido:

—Sí, porque verá usted: mi enfermedad me ha tornado de hombre de acción en hombre reflexivo; y de mis soledades en casa ha salido el escritor. De haberme yo cuajado en un hombre sano y fuerte, hubiera sido un militar, un batallador, pero jamás un poeta.

—¿A qué edad hizo usted los primeros ensayos literarios?...—le pregunté.

—Comencé a emborronar cuartillas en mi adolescencia. Me gustaba mucho leer, sobre todo las novelas de Julio Verne, y después escribía bajo la influencia de estas lecturas; pero, claro, sin pies ni cabeza. Es decir, que yo tenía una vena romántica desde niño, que las impresiones que iba recibiendo las aplicaba indistintamente.

—¿Fué usted periodista en Málaga?...

—Sí, señor; fuí periodista exaltado. Y yo mismo me asombro de haber sido un escritor de esos... ¿cómo diría yo?... vamos, de los

temidos. Hice mis campañas y tuve mis éxitos. Escribía en la *La Información*, en *La Unión Conservadora*, en *Luz y Sombra* y en casi todos los periódicos de allí; yo, entonces, me creía un luchador, ¡un hombre temible! Pero en esto me llama el Banco para ocupar una plaza, ganada por oposición cinco años antes, y me veo obligado a ir a Santander. ¡Qué contraste tan grande! De la vida alborozada y ágil de Málaga, a la vida austera y apacible de Santander. ¡Y cómo influye en uno el medio ambiente!... Yo, en Santander, era otro. También comencé a colaborar en los diarios de allí; pero, sin darme cuenta, había cambiado la pluma de periodista por la de poeta. Aquel paisaje de la montaña, aquella vida ondulada suavemente, la lectura de Pelayo, de Escalante, de Pereda y de tantos otros ilustres Santanderinos, y el trato de gentes muy reposadas y sensatas, me fueron modelando. De todas estas cosas nació mi primera novela: *Casta de hidalgos*.

—¿Y de Santander vino usted a Madrid?

—Volví a Málaga, y allí escribí mi *Comedia sentimental*.

—¿A los cuántos años de escribir su primer libro ha sido usted llamado a la Academia?...

—A los cuatro años.

—¿Tenia usted antigua amistad con Maura?

—No, señor. Don Antonio lo ha dicho en su notable discurso, y así fué nuestro conocimiento. A raíz del inicuo atentado de Artal, Maura leyó mis novelas en su retiro de Mallorca y espontáneamente me hizo la merced de escribirme una carta de amables alabanzas, muy gratas para mí. Al mismo tiempo, según he sabido después, escribió a Rodríguez Marín, hablándole encomiásticamente de mis libros, y le anunciaba su deseo de que me llamara a la Academia; pero advirtiendo que yo no debía saber nada de tal propósito, «pues a este joven escritor—decía—hay que añejarlo un poco».

—¿Y qué impresión le causó a usted el acto de leer su discurso y tomar posesión de su cargo de académico?...

—Figúreselo usted: una emoción y un miedo enormes. Me parecía, y aun me parece, un sueño.

—¿Tenía usted muchos deseos de ser académico?...

—Hombre, para un escritor esto constituye la cumbre en su carrera. Adviértole a usted con absoluta sinceridad que yo estoy seguro de que no me he elevado hasta esa cumbre con alas de mis valimientos y mi sabiduría,

sino con la indulgencia y la bondad de los demás.

—¿Cuál de sus libros es el que más se vende?

—*El amor de los amores.*

—¿Cual es el que más le gusta a usted?

—Yo, aunque considero estos libros como ensayos, o más bien como balbuceos, y creo que aun he de hacer algo más serio, los que más me gustan hasta ahora, es decir, los que veo mejor hechos, son *Comedia sentimental* y *La escuela de los sofistas*. En cambio, el que me parece más flaco y el que me ha dado más que hacer ha sido *Los Centauros*.

—Ahora hace tiempo que no labora usted...

—En efecto: llevo dos años sin producir. Estoy en un alto. Yo a esto le llamo un holgón o barbecho: dejar reposar la tierra y al mismo tiempo pararme a reflexionar sobre lo hecho y lo que debo hacer.

—¿Usted traza al detalle el plan de sus novelas antes de escribirlas?

—No, señor. Los libros me llevan a mí más que yo a los libros.

—Qué le gusta a usted más, ¿escribir en verso o en prosa?...

—Por mi gusto sólo haría versos. De ser algo, soy poeta, y de aquí nacen los más graves defectos de mi prosa y de mis obras nove-

lescas. Tengo el oído tan acostumbrado al ritmo poético, que a veces me cuesta no poco trabajo sacudir ese compás que adultera la prosa, robándola su ritmo propio, su llaneza y sinceridad. Los excesos de la fantasía me conducen también a un vicioso lirismo que desfigura la realidad con arrebatos intemperantes de palabra y de concepto. Así, yo no me juzgo novelista; soy un poeta que hace novelas. Al revés del famoso personaje, escribo en verso sin saberlo, y casi siempre, acabada una página, tengo que dedicarme a «cazar endecasílabos» y a cortarles la cabeza, salvo los casos en que le dan cierta gracia y misteriosa seducción al período estas invasiones del metro, y aun de la rima.

Ya de pie, dispuesto a salir, exclamé:

—Una última pregunta, León: A juicio de usted, ¿pasa España por un momento de decadencia o de apogeo?...

—Yo creo—dijo Ricardo, rápido, al mismo tiempo que limpiaba los cristales de sus lentes—que vivimos, no en un ocaso, sino en una clarísima alborada. Todo induce a creer en el renacimiento del genio español en el mundo; la preocupación aguda, dolorosa, calenturienta, de cuantas cuestiones se refieren a nuestro pasado y a lo porvenir, el cultivo cada

día más intenso de la ciencia, de las artes, en un sentido tan moderno y en el fondo tan español, el movimiento creciente de la acción social, la intervención de la mujer en todos los órdenes de la vida y del espíritu, son robustas señales de juventud y actividad. Lo que sucede es que la política—la única excepción—lo cubre todo con apariencias de nulidad y abatimiento. En la gran colmena española se trabaja con ímpetu febril; pero quien nos observa desde afuera, sin conocernos bien, no advierte la callada labor de las abejas, sino el zumbido de los zánganos. Además, contribuye también a nuestro mal esta condición nacional esquiva, solitaria, rebelde, indisciplinada. Cada español es un reyezuelo absoluto; abundan entre nosotros las individualidades enérgicas, poderosas, originales, mas con tendencia siempre a la soledad, a un huraño desvío, a un previo desdén de todo lo ajeno. Siempre fuimos así; pero los grandes ideales de religión y de conquista de otros siglos acertaron a unir con poderosa argamasa estos robustos sillares, a juntar la raza entera en un solo haz, militante, agresivo, lleno de vida y de fuerza, que produjo aquella explosión magnífica del siglo XVI. Rotos hoy aquellos vínculos, es menester trabarlos de nuevo o crear otros para que no se

malogren por falta de cohesión los vivos esfuerzos individuales. A este fin, lo más urgente es barrer de la política a los que hacen oficio y granjería de ella, y emprender una cruzada arrolladora, de carácter hondamente patriótico y popular, donde todos, respetando mutuamente sus ideas y sus fueros, coincidan siquiera en un solo punto común. ¿Es posible que los españoles de hogaño no coincidamos siquiera en un solo anhelo?... Basta coincidir en el amor de la patria... Con esto y con un caudillo generoso, inmaculado, muy español, muy valeroso y prudente, capaz de empuñar la espada y la bandera y de mover las muchedumbres, ¿no lograremos resurgir?...

—Es posible todavía...—le contesté.

—Yo lo creo firmemente—aseguró él con ardimiento juvenil—; por eso soy maurista...



ONOFROFF, EL FASCINADOR

Antes de acercarme a Onofroff permanecí unos momentos de pie allí, en aquel escenario que más parece una cuadra... Había una atmósfera apestada e irrespirable.

La pequeña y encantadora rubia de Marck, que parece una menina de Velázquez, paseaba con un brazo enlazado a la cintura de la *doncella*, con la cual parloteaba en francés.

En un rincón, dos malabaristas ensayaban trucos con platos y tazas. Estaban rodeados de varios artistas más, que les hacían observaciones en francés, inglés o italiano. Una mujer guapa y muy pintada le hablaba con mucho mimo y le daba terrones de azúcar a un *griffon*, que para estar más cerca del ama se hallaba subido sobre una jaula de madera. De fuera llegaban las carcajadas y el murmullo del público. Ahora era un oleaje de risas. *Tonino* y su augusto compañero estaban ha-

ciendo la corrida de toros... De vez en cuando entraba Leonard estallando dentro de su frac verde de portero; después volvía al público a dar sus acostumbradas voces destempladas y desagradables y recibir un par de bofetadas de los *clowns*. ¡Definitivo!...

El viejo Parish, con su chistera y su levita, pasó por nuestro lado, con andar inseguro, y nos saludó en inglés...

Onofroff seguía hablando con Marck, el domador de leones mansos. Yo esperaba pacientemente a que rompieran su charla para acercarme.

Muchos conoceréis ya a Onofroff; es un hombre altísimo, esbelto, arrogante. De su atildada elegancia no se escapa ningún detalle: el frac impecable con los botonesde pasta, el cuello de pajarita, los zapatos de charol, la leontina, la camelia blanca prendida del ojal del frac y el pañuelo de hilo perfumado con *Pompeia*.

Al fin tocó el timbre que llamaba a Marck a escena, y entonces quedó Onofroff solo. Yo me acerqué a él en el momento que comenzaba a acariciar el hocico del *griffon*.

—Señor Onofroff...

El profesor, al oírse nombrar, alzó nerviosamente la cabeza y se encontró frente a mí...

En seguida, con un gesto muy insinuante, muy expresivo, me saludó. Después me dijo:

—Usted hará el favor de dispensarme alguna incorrección que cometa en el lenguaje, porque no domino bien el español.

—¡Nada de eso!... Al contrario: veo que lo habla usted perfectamente.

Y así era en efecto; pero él repuso:

—Necesito una poca ayuda..., ¿sabe? Veamos; ¿qué desea usted de mí?

—Deseo—expliqué yo, un poco amilanado—, primero, que tenga usted la bondad de convencerme particularmente de sus experimentos, de los cuales dudo, y segundo, que conversemos un gran rato sobre ellos.

—Respecto a lo primero, señor, yo no sé si podré convencerle. Si usted es un caballero que viene a desafiar mis experimentos, yo no acepto; ahora bien: si usted, con fe y voluntad, desea someterse a ellos... ¡eso ya varía!

—Deseo someterme a ellos.

—¡Ah! Bien; pues veamos ahora si hay *sujeto*. Ponga la palma de su mano sobre la mía.

Obedecí.

—Ahora—me gritó él—aunque quiera usted retirarla no podrá, porque yo no quiero. Y fíjese bien en que no se la aprisiono, que no están más que en contacto... Tire... ¡Tire usted!...

Yo, haciendo un esfuerzo supremo, traté de despegar mi mano de la suya. ¡Imposible! Era algo como un imán poderoso o como una plancha electrizada. En mis tirones arrastraba hacia mí el cuerpo de Onofroff; pero las palmas de las manos continuaban unidas como una sola pieza.

—¿De qué le sirven sus fuerzas, mi amigo? —gritó él en tono de chanza.

Tiré con más ahinco. ¡Nada!

—Ya basta—dijo él.

Y las manos se separaron como por encanto, como si hubiese cesado el flúido que las unía.

Onofroff, entonces, me dió una palmadita en la mejilla.

—Está usted un poco pálido—observó—; eso demuestra que ya empieza usted a creer en mí... Terminará usted por ser mi mejor amigo.

Hablaba Onofroff con un acento cariñoso, casi paternal; siempre con sus ojos melados fijos en los míos.

—Haré con usted más experimentos en mi casa, si usted nos honra con su visita.

—¿Cuándo?—le pregunté yo.

—¿Cuándo?... ¿Cuándo?...—murmuró él, interrogándose a sí mismo—. Hoy es sábado... Mañana, domingo, es día de dormir... Pasado mañana, ¿le parece a usted bien?

—Muy bien—afirmé.

—Pues pasado mañana, durante todo el día, será usted tan amable, tan galante, que irá a visitarme *a la mía casa.*

—¿Dónde se hospeda usted?—inquirí.

—No le hace a usted falta saberlo—repuso Onofroff, sonriendo enigmático.

—Pero, señor Onofroff, ¿cómo voy a ir sin saber las señas?...

—Señor amigo: Onofroff no piensa imposibles; yo le prometo a usted, delante de todos estos señores—y señaló el grupo de artistas que nos rodeaba—, que pasado mañana la subconciencia de usted le conducirá adonde yo vivo y donde yo, muy rendidamente, le estaré esperando.

—¡Eso es imposible!—aseguré.

—Para la voluntad de Onofroff no hay nada imposible—afirmó él—. Más o menos difícil... tal vez. En fin, me toca salir—. Y me tendió la mano al mismo tiempo que me decía: «Hasta pasado mañana; allí, en mi casa, hablaremos de cuanto usted desee, y le someteré a mis experimentos.

—No creo que nos veamos. Más valiera citarnos al detalle—apuré yo con desconfianza.

—Descuide, señor. Yo le tengo empeñada mi palabra. Claro que parto de la base de que

su voluntad ha de estar neutral; esto es, que no ha de esforzarse en verme o no verme... Vaya, adiós... Mucho gusto...

Y Onofroff, después de hacerme un saludo gentilísimo y arrogante, salió al público.

Sonaron aplausos.

A los cinco minutos estaba en el centro de la pista rodeado de quince mozalbetes, que, como unos autómatas, ejecutaban sus mandatos. Sentí una inmensa compasión de aquellos seres de los cuales parecía haber huído el espíritu, y que, como unos maniquíes de gestos grotescos, se movían y accionaban mecánicamente, con los ojos fijos y la mirada perdida en la nada. En aquellos rostros sin expresión, sin soplo de vida, había una mueca trágica... Algo de ataúd y de manicomio al mismo tiempo.

El público reía..., reía. Yo me sentí invadido por un profundo horror, y... comencé a creer...

* * *

Muy de mañana, el lunes salí a la calle para reanudar mis quehaceres cotidianos, un poco abandonados por las emociones del domingo. Casi, casi había olvidado la cita original de Onofroff. Sólo me cuidé de pensar en ella para

tomar la resolución de no ir inconscientemente por ningún hotel. Con seguridad, Onofroff —pensé—se hospedará en el Palace o en el Ritz.

Toda la mañana la pasé en el Ayuntamiento. Cuando volví a la calle eran cerca de las doce. Una nube negra nos amenazaba con un aguacero. Esperé un instante el tranvía; pasaba atestado de gente. Entonces, no sé por qué, se me ocurrió la idea de ir al Real en busca de unas localidades para la función de aquella noche... Tracé en mi imaginación el camino más corto, y muy diligente lo emprendí. Me encaminé por la calle de Luzón; desde allí fuí atravesando las calles estrechas, tristes y un poco tortuosas de este pedazo del Madrid antiguo.

Comenzó a llover. Entonces yo me detuve un instante a ponerme el impermeable. No había terminado, cuando sobre mí escuché una voz enérgica que me llamaba:

—¡Señor *Audaz!*...

Alcé la cabeza y creí estar soñando..., estar loco. ¡Era Onofroff!, ¡el mismo Onofroff!, el que me miraba, acodado sobre un balcón de un piso primero, sonriendo burlón.

—¡Pero...!—clamé yo, invadido por un escalofrío de terror.

—Sí, soy yo, Onofroff. Vamos, suba, que le estoy esperando hace diez minutos y llueve muy seriamente.

Anonadado, transido de sorpresa, pero con un deseo inmenso de hablar con aquel hombre extraño, subí al piso.

Onofroff, correctamente vestido de chaquet, me esperaba en el recibimiento. Al verme, exclamó, dándome su mano:

—Está usted nervioso y pálido; cálmese. No merece la pena. Esta atracción a distancia que he efectuado con usted es muy sencilla; dijéramos la infancia de mi ciencia.

—Pero ¿es posible que me esperase usted, Onofroff?—le pregunté, sin salir de mi perplejidad.

—¿Cómo no?... Había dicho a mi señora que vendría usted a comer, y su cubierto está preparado.

En efecto: pasamos al comedor. Esperaban cuatro cubiertos. El los señaló con el dedo:

—Para mi señora, para mi hija, para usted y para mí.

—¿Y qué calle es ésta?—le pregunté.

—Calle de la Unión, número cuatro, primero. Un cuarto amueblado que hemos tomado, porque a mí no me gusta la vida de hotel.

—Explíqueme usted. ¿Cómo me ha hecho usted venir hasta aquí?...

—Muy sencillamente, amigo; por medio de la sugestión. Usted es un *sujeto* sumamente sensible, sumamente nervioso. Desde que la otra noche le sometí, está usted completamente influenciado por mí, y de mi sistema nervioso al suyo hay una corriente hertziana que, sin darse usted cuenta, le ha traído hasta aquí. Esto no tiene nada de particular.

Y diciendo esto me ofreció un cigarrillo, mientras yo temblaba.

—¿Y esto es hipnotismo?...

—No, señor. Verá usted. Hipnotismo—palabra que, como usted sabe, se deriva del griego *ypnos*, que significa sueño—, es eso: el sueño provocado, para cuya realización son necesarias dos voluntades, una activa y otra pasiva. Naturalmente que la segunda tiene que resistir la influencia de la primera... Esto es lo que yo he hecho en el Circo.

—Y el hipnotizado, ¿qué sensaciones experimenta?...

—Absolutamente ninguna. Queda inconsciente, vacío de inteligencia y, por consiguiente, no padece ningún cansancio.

—¿Y el operador?...

—¡Ah! El operador, cuando ha ejercido su

poder sobre varios sujetos, experimenta una fatiga muy grande.

—Y ¿qué condiciones necesita reunir un individuo para ser buen operador?...

—Voluntad, nervios, superioridad física y haberlo estudiado.

—¿Cuáles son mejores sujetos para ser hipnotizados?

—Los que voluntariamente se entregan al profesor... Las mujeres, y sobre todo las histéricas, son más fáciles de sugestionar; pero hay el inconveniente de que casi todas experimentan crisis nerviosas después de la hipnotización.

—Un individuo que sea buen *sujcto* para hipnotizado, ¿reune a su vez condiciones para hipnotizar?

—Sí..., sí..., con preferencia...

—¿Cuántas ramificaciones tiene el hipnotismo?... Y perdone que le moleste tanto. ¡Pero es tan interesante!...

—No me molesta; al contrario. El hipnotismo tiene tres estados: letargia, catalepsia y sonambulismo. La letargia es el sueño muy profundo; en este estado la conciencia se extingue completamente, los sentidos están abolidos y, por lo tanto, las facultades han desaparecido; es el estado de muerte aparente o,

por lo menos, de un síncope. La catalepsia es una manifestación especial del sistema nervioso, idéntica a la muerte, como usted sabe, caracterizada por la rigidez de los músculos, la tensión del sistema nervioso y la casi abstención del corazón. El sonambulismo da al sujeto la libertad y el uso de sus facultades para emplearlas en la ejecución de los actos que el operador le comunica con la sugestión.

—Y la sugestión, ¿tiene que ser verbal?

—No, señor; puede ser verbal, mental o por medio de pases o contacto físico. Usted ha venido aquí por sugestión mental, porque ya la otra noche tendí una corriente de atracción al darle la mano.

—Y dígame usted, Onofroff, ¿cuánto tiempo podría usted tener a un individuo sumido en la catalepsia?...

—Mucho... Administrándole alimento por medio de sonda, puede prolongarse todo lo que se quiera.

—¿Y no es peligroso el hipnotismo para el *sujeto?...*

Onofroff se encogió de hombros; después me explicó:

—Es siempre peligroso el hipnotismo en manos de un operador incauto y sin experiencia; pero este peligro desaparece a medida que el

profesor va adquiriendo conocimientos prácticos. El hipnotismo es un arma terrible. Se pueden cometer crímenes, se puede robar, se puede abusar de las mujeres.

—¿Qué es científicamente la fascinación?...

—El estado hipnótico producido por la mirada.

—Los animales, ¿son susceptibles de fascinar?

—Sí, señor, todos; con preferencia, las aves y los felinos. Yo he fascinado leones.

—¿Cómo es eso?... Cuéntemelo usted.

—Nada. Que entré con Malleu en la jaula, por una apuesta que hicimos, y los leones, que eran muy fieros, sintieron el flúido de mi mirada y fueron dominados. Otra cosa análoga me pasó con un hermoso toro. Trabajaba yo en Zaragoza y era por las fiestas del Pilar. Se celebraba aquella tarde una gran corrida de toros. Yo me quedé sin localidad; pero como me unía una gran amistad con Guerra, éste me colocó en el callejón, y me dijo: «Ozté no ze mueva de ahí...» Pero llega un toro que salta dentro; al echarme yo fuera se me engancha un pie, me caigo y al levantarme me encuentro frente al toro, que se arrancaba hacia mí. Entonces lo miro, me acerco más a él y el bi-

cho se detiene, y allí lo tuve quieto hasta que vino Guerra.

—¿Cuánto tiempo lleva usted de operador?

—¡Oh! Unos treinta y tantos años.

—Pues ¿a qué edad empezó usted?

—A los diez y ocho.

—¿Cómo descubrió usted sus condiciones para hipnotizar?

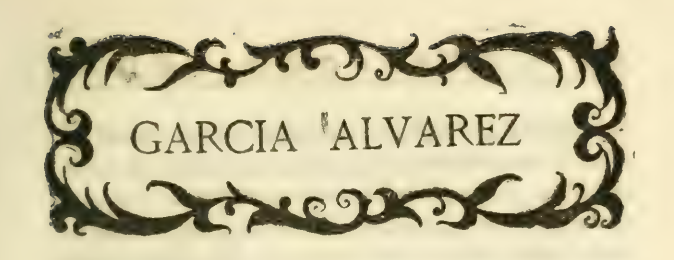
—Mire usted: yo soy italiano; a los catorce años quedé huérfano, y unos tíos míos que vivían en Toulouse tiraron de mí. Allí empecé a estudiar la carrera de médico. Tenía yo allí una novia camarera. Una noche habíamos hablado del hipnotismo cuatro o cinco amigos. Ella estaba con nosotros, y yo le dije en broma: «Mírame, que te voy a dormir.» La chica me miró, y al momento quedó hipnotizada. Pero aquí nuestros apuros: no podíamos despertarla; toda la noche la pasamos aplicándole procedimientos; a la mañana siguiente fuí en busca de mi catedrático, que al momento la despertó y nos reprendió enérgicamente. Yo hice un esfuerzo de voluntad, estudié bastante, y al año ya hacía todo lo que hago hoy.

—Vamos a ver, Onofroff, ¿cómo lleva usted a cabo la transmisión del pensamiento?

—Muy sencillamente. Yo me autosugestiono. Dejo mi cerebro sin ninguna idea mía, en un

estado completamente neutral, para que reciba el flúido del cerebro que me ha de mandar, y mi voluntad queda sometida, supeditada a la voluntad de otro, mediante este estado aleico que yo obtengo voluntariamente. Así es que yo soy el ejecutor, pero mi cerebro es el del que manda. Una prueba: piense usted una cosa que yo pueda ejecutar y mándemela hacer con el pensamiento.

Terminado de decir esto, Onofroff cerró fuertemente los ojos. Yo pensé que se quitara el chaquet y se pusiera el mío. Al momento realizó la operación. Se movía como sacudido por una corriente eléctrica; pero se despojó del chaquet, me quitó el mío, se lo puso y a mí me dejó en mangas de camisa... Pensé que me pusiera el suyo, y al momento lo hizo... Quedé maravillado de este caballero extraordinario.



Llevábamos esperando más de diez minutos. Campúa, el de los ojos volcánicos, curioseaba las dedicatorias de los retratos; yo descorría los dedos distraídamente sobre el amarillento teclado del piano, cuyas notas parecían de acordeón.

Estábamos en el gabinete donde trabajaba el autor de *El terrible Pérez*. No sé si acertaré a daros una ligera idea del abrumador desorden que reina en esta habitación. Hay sus notas de arte en unos cuadros de Martínez Abades, que representan escenas de las obras más aplaudidas de García Alvarez. Delante de uno de los balcones está colocada una camilla pequeña; sobre ella, seis o siete lápices y dos o tres tacos de cuartillas. Allí acostumbra a sentarse a trabajar el graciosísimo autor de *Las cacatúas*. En el centro del gabinete hay otra mesa de come-

dor, sobre la cual se confunden libros, botellas, tijeras, periódicos, cigarrillos, pastillas de brea, cepillos, un bote de bicarbonato y unas ligas de caballero sin estrenar. En un ángulo, el piano, este *buen amigo* de Enrique, en cuyas notas buscó refugio a su pena en los días que un gran desengaño llenó de pesar su alma confiada y buena. También de este piano han salido regocijantes y popularísimas canciones.

—Son las doce y media—exclamó Campúa—y este es un *fresco*. Muy capaz es de haberse vuelto del otro lado y seguir durmiendo.

—Opino lo mismo que tú. Vamos a ver.

Con algún sigilo nos acercamos a una puerta que comunicaba con otra habitación. La entreabrimos y escuchamos un ronquido de vendaval. Campúa y yo nos miramos atónitos, indignados. La habitación estaba en penumbras; pero allá, en el fondo, distinguimos un lecho Luis XV, y tendido sobre él, a Enrique, decidido a pasarse durmiendo hasta las cuatro de la tarde.

—¡Enrique! ¡Enrique!... ¿Qué es esto?...—le grité, al mismo tiempo que lo sacudía cariñosamente para despertarlo.

Y García Alvarez, desperezándose, con los párpados cargados de sueño y el gesto anonadado, exclamó:

—Pues *esto* es una cosa que no debe hacerse con los amigos.

No hice caso de sus protestas.

—¡Vístete ahora mismo!

—¿Para qué?

—Tú vístete y no repliques—agregó Campúa.

—Pero, hombre, ¡no avasalléis de ese modo! ¿Qué es lo que queréis hacer conmigo?...—inquirió con gesto de víctima adormilada.

—Ya lo verás.

—¿Y no os vais si no me visto?...

—¡Qué nos hemos de ir. Si no te vistes tú, te vestimos nosotros.

—Pues mira, os lo agradecería.

—¡Anda, hombre, anda!

—Seré una exhalación... ¡Ya veréis!

Y después de abrir la boca diez o doce veces, frotarse los ojos y estirar y retorcer los brazos, saltó del lecho.

Para dar a mis lectores idea de la rapidez eléctrica de nuestro visitado, les diré que a la una menos cinco comenzó a vestirse y acicalarse, y a las cuatro menos cuatro minutos salíamos de su casa. Un coche de punto nos esperaba en la puerta.

—¿Adónde vamos?—indagó Enrique.

—¡Al *restaurant* más próximo!—exclamé yo, que llevaba una debilidad que no he sentido jamás por ningún amigo.

A los pocos minutos estábamos instalados en una mesa del Lion-Bar. En el comedor grande hallábanse reunidos los mauristas en la fraternidad de un banquete. Hasta nosotros llegaban los «Maura, sí» y los frenéticos aplausos. Al advertir esto García Alvarez, preguntó con ingenuidad:

—Oye, ¿estará mal que yo esté aquí tan cerca de los mauristas?... Porque como soy de García Prieto...

Reímos este inocente escrúpulo político.

Mientras que Campúa se las entendía con el camarero ordenando el *menu*, yo empecé a interrogar a García Alvarez, que ya devoraba un panecillo de Viena.

—Dime, Enrique, ¿cuántas obras tienes estrenadas?...

—Ochenta, entre sainetes, zarzuelas, comedias, pasillos y revistas—me contestó con la boca llena de pan.

—Y entremeses, ¿no tienes?

—Ahora los traerán...

Se rió el chiste. Dicho por él, que es el hombre de más *vis* cómica que he conocido, tenía gracia. Continué:

—De las obras que has estrenado, ¿cuál te parece mejor?...

—¡Hombre, en este momento, con el hambre que tengo, la que me parece mejor es *El pollo!*...

—¿Qué pollo?

—*El pollo Tejada.*

—¿Y después?

—*Los cocineros, Los rancheros* y *La torta de Reyes*, y hasta que coma algo no me preguntes, porque no se me ocurrirán más que los títulos nutritivos.

—Llegó el camarero y nos sirvió un suculento plato. Después de apurarlo, proseguimos el diálogo:

—¿Cuántos años tienes, Enrique?...

—Se quedó un instante perplejo.

—Mira: pon los que quieras, pero ya puedes calcular, por mi natural frescura y fragancia, que soy mucho más joven que Antoñito Casero.

—¿Y a qué edad empezaste a escribir?

—Cuando tenía diez y nueve años estrené mi primera obra, que fué *La trompa de caza*, en el teatro Eslava...

—¿Cuál es la obra que más dinero te ha producido?...

—No me hagas caso, pero yo creo que *La*

marcha de Cádiz, *La alegría de la huerta*, *El pobre Valbuena*, *Alma de Dios;* a éstas han seguido *El perro chico*, *El terrible Pérez* y otras.

—¿Cuántos colaboradores has tenido?...

—Muchísimos.

—¿Con quién te has entendido mejor para colaborar?

Meditó el «Rey del Chiste». Su perenne expresión de aburrimiento y somnolencia tornóse en un gesto de triste decepción y honda amargura; después, con espontánea nobleza, exclamó:

—Con Arniches... Lo *uno* no quita lo *otro*, y como eso es la verdad, yo no debo decir otra cosa. ¿Oyes tú?..,

Y con un poco de remordimiento por haber entristecido al buen amigo, acudí rápido con el aturdimiento de una nueva pregunta:

—A ti qué te gusta más, Enrique, ¿hacer libros o hacer música?...

Hacer música.

—¿Qué números se han popularizado de tus obras?...

—Muchísimos... «El Pompón», de *El pobre Valbuena;* el «Baldomera, Baldomera», de *El ratón*, y muchos más. Figúrate que yo habré hecho en esta vida más de doscientos números

de musica, y todavia mis queridos compañeros me llaman el «maestro García». ¿Oyes tú?

—¿Cuál ha sido en el teatro tu característica?...

—Las tiples.

—Tú tendrás muchas anécdotas de tu vida. Cuéntame alguna.

—Muchas, ¿oyes tú?..., muchas; casi todas entre coristas hembras, segundas tiples y demás; pero no te las relato, porque eso «lo saben las madres»... ¡Hombre! Se me ocurre una. Verás. Hace algunos años concerté una fuga con una selecta tiple muy popular entonces porque en una revista cantaba un *couplet*, llamado del «carbón», que armaba un *cisco* todas las noches. Quedamos en que me esperaría en un coche y nos iríamos a Troncoso, donde vivía un tío suyo. Pero ya sabes mi carácter, chico; quiso Morfeo que me quedase profundamente dormido a la hora precisa de la cita. Cuando desperté, había pasado la hora convenida, y *¡tres más!*, en cuyo tiempo se enteró la familia de la *esperante* y la restituyó al domicilio entre denuestos y *de los otros*. Resumiendo: que, por quedarme dormido como un tronco, no fuimos a Troncoso. A los tres días la bella tiple me decía, llorando a lágrima viva —y que viva muchos años—: «¡Ay, Enrique

qué decepción!... Esto, que era el sueño de toda mi vida...» «Ha quedado reducido a una siesta»—le contesté yo.

—¿Recuerdas alguna que no sea pasional?

—Recuerdo bastantes—repuso Enrique, después de rememorar unos segundos—; pero en la imposibilidad de referírtelas todas, voy a contarte una que te dará exacta idea de mi debilidad de carácter. Había salido para Lisboa una notable compañía, dirigida por el gracioso Emilio Orejón—que en paz descanse—y de la cual era empresario don Manuel Reyes, aquel hombre tan rumboso y tan apasionado por el arte lírico. A los pocos días, Alfredo Navacerrada, su representante en Madrid, vino a buscarme una mañana y, con engaños, pretextando no sé si un paseo o una jira campestre, me sacó de casa, de idéntica forma que me habéis sacado hoy vosotros, pero en vez de traerme a un *restaurant*, me llevó a la estación de las Delicias y me zampó en un vagón de primera, donde había una señora de ídem, y entregándome un billete de ídem ídem, me espetó de buenas a *ídenes* estas alarmantes palabras: «¡Querido Enrique! Tengo el gusto de participarte que vas a Lisboa, donde te espera *Reyes* dispuesto a tratarte como a un *príncipe*.» «¿Y con qué objeto voy Lisboa?», pregunté, estupefacto.

«Con esta maleta», me respondió, entregándome un saco de mano. Y antes de que yo pudiera reponerme de mi sorpresa, partió el tren. Hay que advertir que yo iba sin dinero y sin viandas, es decir, que en aquel momento no era ni capitalista ni *viandante*. Yo confié en que mi compañera de viaje, que era guapa y robusta, llevaría algo de carne; pero, ¡que si quieres! A los pocos momentos me convencí que no llevaba más que la que la Naturaleza, pródiga, le había concedido. Al llegar a Leganés ¡ya iba loco! La *gazuza* había comenzado sus estragos en mi desierto estómago, y miraba a mi compañera de viaje con la misma ferocidad de un antropófago. Se detuvo el tren, y una voz bronca anunció: «¡Fuenlabrada!... un minuto.» Yo vi brillar ante mis desalentados ojos a la propia *Tía Javiera* agitando un serón abarrotado de rosquillas. Y el tren siguió su marcha, para volver a detenerse, y otra voz gritó: «¡Cabañas!... dos minutos.» Yo, que soy muy aficionado al buen tabaco, di un salto; pero pronto reflexioné que *Cabañas* sin comer era una locura. El hambre continuaba en aumento. Afortunadamente el tren no se detuvo ni en *Villamiel* ni en *Cebolla*, porque si se detiene borro del mapa los dos pueblos susodichos. Y, desfallecido, aniquilado, soñando con

solomillos, chuletas de ternera, muslos de pollo y otras estupideces por el estilo, entré en Lisboa. En el andén esperaban mi llegada cuarenta o cincuenta individuos de la compañía, con el simpático Reyes y Pascual Frutos al frente. Al asomarme a la ventanilla, gritaron todos con entusiasmo: «¡Viva García Alvarez!...» Y yo, que estaba viendo que no vivía ni cinco minutos más, vociferé, sacando fuerzas de *flaqueza:* «¡Un *restaurant!...* ¡Un *restaurant*, que me muero!...» La carcajada fué múltiple y atronadora. En esto fijáronse mis ojos en la puerta del jefe de estación, sobre la cual, en letras enormes, se leía: «CHEFE ESTAÇAO.» Vi el cielo abierto. Descendí del vagón, como un rayo, y empecé a gritar: «¡El jefe!... ¡Que me traigan al jefe!... «¿Para qué lo quieres?», me preguntó Frutos. «¡¡Para comérmelo, porque así, *asao*, debe estar riquísimo!!» Y si no me sujetan entre todos yo acabo mis días en la cárcel de Lisboa.

—¡Cállate ya, Enrique!—pudo decir Campúa, casi ahogado por una carcajada, y con la mano puesta en el costado—. ¡Que no puedo reírme más, chico!... De verdad... ¡que me duele el *vacío!...*

—Pero, Pepe, ¿es posible que tengas algo *vacío* en tu cuerpo después de la barbaridad

que has comido?...—preguntó Enrique con cómica sorpresa.

Se repitieron las risas.

En esto el Sr. Ossorio y Gallardo, que presidía el banquete maurista, al saber que estábamos allí, nos envió un recado invitándonos a pasar al salón, donde se nos haría un cariñoso recibimiento. Nosotros rehusamos tan *gallarda* galantería, correspondiendo a ella enviándole nuestras tarjetas, respaldadas con estas palabras: «¡¡Maura, sí!!»

Oímos vivas a *La Esfera*, a *Mundo Gráfico* y a algo más...

Encendimos nuestros vegueros y salimos a la calle. Allí nos encontramos con Polo, el desnutrido autor cómico. Enrique mandó detener un coche.

—Ese caballo no puede con nosotros—exclamó Campúa al ver las hechuras del flacucho jaco.

—Ya lo creo, señorito—aseguró el cochero—. Ayer, sin ir más lejos, estuvo en el Campamento.

—Y ganó el campeonato de tiro—agregó Enrique, muy serio.

Cuando el coche marchaba con los cuatro, amontonados en sus asientos, yo le pregunté al Rey del Chiste:

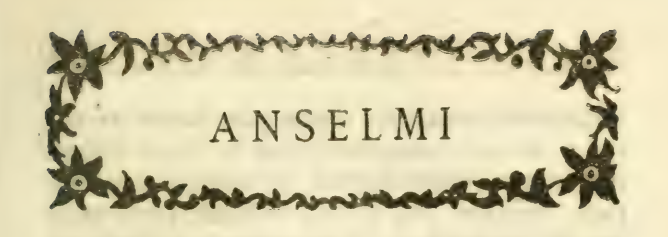
—¿Qué obras preparas?

—*La Venus de piedra*, con López Monís, música de Alonso y mía. La estrenaremos en Apolo a principios de temporada. Veréis qué gracia tiene; aquí la traigo—dijo, sacando del bolsillo un libro de cuartillas—. También tengo una comedia en dos actos para Cervantes, en colaboración con este simpático Polo, que lleva por título *El farol de Diógenes*.

—¿Se tratará del filósofo?...

—No; se trata de un sereno.

Y sin decir una palabra más, García Alvarez comenzó la lectura de *La Venus de piedra*. Hasta el cochero se desternillaba de risa.



Del Anselmi artista al Anselmi caballero particular existe una diferencia asombrosa.

El repertorio teatral del prodigioso cantante, compuesto en su mayoría por tipos sumamente espirituales, hondamente románticos, casi aromados con un poco de perfume de mujer, ha ido formando el error de que Pepe Anselmi es afeminado y hasta histérico, cual una doncellita caprichosa... También ha contribuído a fomentar esta idea esa colección de retratos en que el artista aparece con actitudes y gestos un poco afectados... Yo quiero desvanecer, en lo que pueda, esta equivocación... Anselmi, en su trato, es varonil, crudamente varonil; tiene cosas de chico mimado, pero jamás afeminamientos de ninguna clase...

Aquella tarde corría por las encinadas del Pardo como un chicuelo travieso; se internaba entre los chaparrales, fingiéndose el salvaje

de la selva; imitaba a Belmonte, dando recortes a un toro imaginario con su largo gabán marrón; se revolcaba por el suelo, y tenía en todo instante una broma infantil para cada uno de sus amigos... Solamente se quedaba un poco perplejo cuando alguien le recordaba que dos días después tendría que cantar *Los pescadores*... en el Real.

Físicamente, todos conocéis a Anselmi... Su bella presencia personal es la de un buen artista: pintor, violinista, escultor y tenor... Alto, de proporciones gallardas, de movimientos arrogantes, siempre está en *posse* de retrato. Su cabeza es una cabeza de estudio...: redonda, de tez terrosa, de facciones bastas, pero armónicas, ojos azules, mirada alegre y casi siempre interrogadora. Su frente, espaciosa, demasiado prolongada, porque sus largos cabellos ondulados comienzan ya a abandonarla... Habla mucho y ríe mucho. Y su charla, muy pintoresca, revela una sólida cultura... De todo sabe un poco, y su alma, un algo soñadora, siente, sobre todas las cosas, la filosofía optimista...

—Yo, mi querido señor—me decía, sentado bajo una encina—, siento la necesidad de leer mucho..., y después escribo un poco... Hago literatura..., pensamientos filosóficos que sur-

gen de mi choque con la vida... ¿No? ¿Me entiende?

Esta pregunta me la hizo porque se expresaba en italiano...

—Sí; le entiendo; pero ¿no habla usted español?

—¡Oh! No. ¡Muy mal!... Francés, bien; inglés, casi bien, y español, mal... No es posible hacer diversas cosas a la perfección; la energía intelectual no da tanto de sí... Gracias que se consiga dominar una materia, no a la perfección, porque perfecto no hay nada... Es decir, sí..., una cosa...: Eso...

Y Anselmi señalaba al cielo, que aquella tarde era de un azul cobalto transparente. El sol iba hundiéndose tras los lejanos confines de la Casa de Campo. El tenor jugueteaba con su bastón, haciendo rayitas en la tierra...

—¿Ama usted mucho el campo?—le pregunté.

—Y ¿cómo no amarlo, mi querido señor?... ¿Quién, teniendo un alma de artista, no siente la voluptuosidad de la Naturaleza?... Yo amo el campo, y lo necesito para la robustez de mi garganta y para el recreo de mi espíritu...

—¿Ha estado usted unos días algo afónico?...

—Sí..., sí; bastante... Me he pasado sin ha-

blar absolutamente nada tres dias... Mi laringe es muy delicada, y siempre que vengo a Madrid se asusta de los cambios tan bruscos de temperatura... Es un tributo que vengo pagando todos los años, como el hotel y el coche...

—¿Usted es romano?...

—No..., no, mi querido señor. Yo soy siciliano... Nacido en Cattaro... ¡Oh, mi Sicilia!...

Y las pupilas azules de Anselmi miraron con melancolía al cielo...

Yo continué...

—¿Pertenecía usted a una familia humilde o...?

No me dejó terminar.

—¡Oh!... ¡No!... Mis padres eran los Marqueses de ..., célebres artistas trágicos. Y mi infancia al lado de ellos era estar en la gloria...

—Desde pequeño, ¿tenía usted gran afición por la música?...

—Locura; con una caña con agujeritos hechos por mí tocaba todo lo que oía... En vista de esta pasión, mis padres resolvieron que aprendiese el violín... A los diez y seis años era un concertista muy afamado, que ganaba mis buenas liras... Ocho años estuve siendo el artista del violín...

—¿Y cómo fué descubrir sus condiciones de tenor?

—No sé cómo... El violín se encargó de ello. Yo quería cantar como mi violín. Él fué mi maestro; por eso lo amo tanto... El violín es el corazón de mi arte; la laringe, sólo una facultad... Yo no tuve jamás maestro... Dice Aristóteles que «el mejor maestro de uno es uno mismo...» A esto me atengo siempre.

—¿Dónde cantó usted por primera vez?

—En Génova, y canté *Rigoletto*.

—¿Y desde entonces triunfó usted?...

Anselmi rió con una modestia infantil.

—¿Triunfar?... ¿Triunfar?... Yo sólo debo decir que desde entonces vengo cantando, y de eso hace ahora, precisamente, catorce años.

—Pues ¿qué edad tiene usted?...

—Treinta y ocho años...

Hizo un gesto de cómica pesadumbre; después murmuró:

—¡Muchos años!... ¡Muchos!... ¿Verdad? Ya llevo gastada más de la mitad de mi vida...

—¿Cuánto dinero habrá usted ganado en todo el tiempo que lleva trabajando?

—Quince o diez y seis millones de francos...

—¿Y los conserva usted?...

—¡Oh! No, señor. Yo apenas tengo para vivir... ¡Que ya es bastante tener!... Créame...

—¿Ante qué público le gusta a usted más cantar?...

Anselmi dudó un momento. Al fin se decidió...

—En los países latinos, porque son de mi raza y de mi espíritu... Exteriorizan sus impresiones artísticas, y esto, que es muy temible, también resulta muy agradable... Yo trabajo en Madrid, y si gusto, el público me idolatra... ¡Ah, si no gusto, me castiga!... En Inglaterra o Rusia, para saber si gusto hay que ir a la taquilla...

—Me han dicho que le teme usted mucho al público de Madrid...

—Yo, mi querido señor, soy un artista que tiene conciencia de su arte y de lo que cobra, y, como es lógico, todos mis esfuerzos y mis sentidos los pongo en hacerme digno de mi fama y de que mi sueldo sea bien ganado... Así es que yo, que, como buen siciliano, tengo el corazón de acero, que no se amilana ante ningún peligro, cuando voy a cantar tengo miedo... ¡un miedo espantoso!... Sobre todo, al *paraíso*...

Y el artista hacía gestos de terror... Prosiguió:

—La noche antes y la noche después de haber cantado, jamás duermo. Esto le dará a usted justa idea de mi excitación nerviosa... ¡Es tan sumamente delicado mi arte!... Sosteniendo una conversación, usted y yo y todo el mundo tiene a veces un titubeo, o se equivoca, o tropieza; pues bien: si cantando ante las seis u ocho mil personas que están pendientes de la frágil garganta de un artista le ocurre algo de esto, se ha hundido para siempre... ¡Esta es mi profesión!... Un torero puede tener una tarde mala; pero en otra, si tiene suerte, recobra su prestigio. Un cantante, no. Un cantante está perdido.

—¿Y piensa usted retirarse pronto?

Anselmi me miró sorprendido.

—Mientras que tenga facultades y arte, no... Yo no soy un artista de órgano; soy un artista de cerebro y de corazón...

—¿Es usted ahorrativo?...

—¡Oh, mucho, mucho!...—dijo con afectación cómica—; pregúnteselo usted a mi querida esposa... Ella es mi administradora... Desde un año que estuve en Portugal y dejé allí todos mis sueldos y tuve que pedir dinero a casa para regresar, ella tomó la resolución de acompañarme.

Anselmi reía como un chicuelo travieso.

—¿Qué vida hace usted?...

—Consagrado a mi profesión.

—¿Se levanta usted temprano?...

—A las ocho... Estudio, leo mucho, escribo alguna literatura para mi uso particular, y escribo música... Aquí, en España, como compositor no se me conoce; pero yo tengo más de cien composiciones...

—¿Qué es lo que le gusta más de la vida?

—La mujer y la música; son los dos polos de todos mis sentimientos... Por la música y la mujer lloro, río, canto y vivo... ¡Nada más adorable! Cuando yo estoy triste, apenado, corro a refugiarme en las caricias de mi dama o en las notas de mi violín... Los besos y las palabras cariñosas de ella vuelven a mí la alegría de vivir; mi violín me trae la poesía de la vida... Un hombre no es nada; un hombre y una mujer es la vida; un hombre, una mujer y una buena música es la felicidad.

El tenor se expresaba con apasionamiento, acompañándose con gesto de artista que sabe sentir hondamente.

—Y dígame usted, Anselmi: ¿recibirá usted muchas cartas perfumadas de amor?...

—Siempre se exagera... La mujer es atraída por el que triunfa. ¡Pero no hasta el punto de enloquecer, ni mucho menos! De vez en cuan-

do recibo alguna epístola de la pobre niña que cree encontrar en mí al caballero de Grieux que yo represento. Si me viesen fuera de escena, rectificarían en seguida. Claro, yo me abstengo de desvanecer estas quimeras, porque lo más bonito que hay bajo el cielo es un sueño dorado en una cabecita de veinte años, dorada también, si es posible.

Anselmi consultó su reloj de oro, donde, en vez de cifras, están puestas las letras de su nombre y apellido, y de un salto se puso en pie:

—Son las cuatro menos cuarto, y a las cuatro tengo ensayo, mi querido señor... Vámonos...

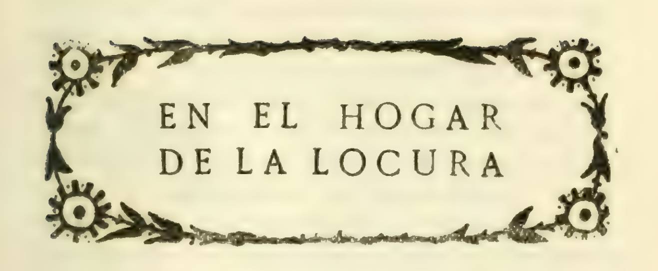
Y echamos a andar.

Amalia, la bella dama de Anselmi, montó en su automóvil, acompañada por Senarega y por Fabra, dos íntimos amigos del maravilloso tenor. Anselmi subió a nuestro *auto* con Campúa y conmigo...

Y conforme nos íbamos acercando al teatro Real, su espíritu iba nublándose...

—¡Oh, qué cara cuesta la gloria!...—pensaba yo al observar este fenómeno...




EN EL HOGAR
DE LA LOCURA



¡ELLOS!

Un aplauso, un poco alborozado y muy entusiasta, de todos los que en silencio habíamos escuchado la melancólica composición, premió la labor musical de don Narciso López. El, entonces, girando sobre la banqueta del piano, se volvió a nosotros, sonriendo un poco confuso y muy agradecido, de igual manera que, durante veinte años, desde su plataforma de director de la orquesta de Apolo, se volvía a reverenciar a «su público» y a recibir los aplausos que le prodigaban...

Ahora estábamos en el manicomio de Esquerdo, en el pabelloncito coquetón del director, y después de una comida de invitados—esas comidas que pesan en el estómago y en el espíritu—, con la cual don Jaime Esquerdo ha querido agasajarnos a Pepe Campúa y a mí, que hemos acudido a este lugar, no solamente con el propósito de hacer una informa-

ción un poco triste, sino también con el deseo de preparar el camino por si algún día—¡quién sabe!...—la razón nos abandona y, ausentes de alma, tenemos que cobijarnos en este trágico hogar de la locura...

Y el gran artista don Narciso exclamó con voz transida de tristeza:

—Esta melodía es un capricho musical que he compuesto en mi celda del manicomio durante mis amargos días de demencia.

Hubo un silencio, durante el cual en mi imaginación saltaban y se repetían las notas perezosas y tristes que acababa de oír. Era una hermosa melodía dulce y melancólica que bien claramente nos hablaba de un alma nublada, de un espíritu torvo...

—Don Narciso ha estado muy mal... muy mal—nos informó don Jaime—. Su monomanía era de persecución. Ya, por fortuna, está completamente curado, y antes de primero de año le daremos el alta y... a vivir, a volver a sus labores artísticas.

—¿Recuerda usted sus días de locura, don Narciso?—le preguntamos.

—Sólo he olvidado seis u ocho días... Del resto me acuerdo como de un sueño. ¡Una pesadilla horrible!... Mire usted, me ahogaba de melancolía y de terror. En todo el mundo veía

deseos de asesinarme... Mi familia, mis pobres hijas, al ver mi desvarío, lloraban, sin poder contenerse... ¡Espantoso, espantoso, amigo *Pudaz*!... Yo, antes de volver a ese terrible estado, prefiero la muerte... ¡Sí, la muerte mil veces!... ¡Es horrible!

De los ojos del maestro brotaban lágrimas, y poco faltó para que nos contagiase su llanto...

—La mejor prueba de que está curado en absoluto y para siempre es que recuerda los días de demencia—explicó Esquerdo; y después, señalándonos a un caballero alto y correcto, de ojos azules, que estaba sentado junto a mí, prosiguió—: Aquí, don Carlos Montoro, a quien he tenido el gusto de presentar a ustedes durante la comida, también estuvo muy mal, y ya, por mi parte, está dado de alta y, cuando él lo desee, puede abandonar el manicomio.

—¡Ah!, ¿también?...—murmuré yo, fijándodome atentamente en el aludido. Era joven, guapo y correcto... Sus ojos, azules, color de acero, expresaban una melancolía infinita, pero una melancolía serena que le daba más interés.

—¿Cuánto tiempo lleva usted aquí?...—le pregunté.

—Cerca de cinco años.

—Entonces entró usted muy joven.

—A los veinte años.

—¡Ah, caramba! A la edad de las grandes quimeras y de las intensas pasiones. ¿Tal vez?...

—Sí—lamentó el caballero, sonriendo—, yo enloquecí por una mujer... No comprendo, pero fué así.

—Cuénteme... cuénteme... Será interesante.

—Nada, una novia que tenía desde niño allá en Málaga, de donde soy. Mi carrera de marino me obligó una vez a hacer un viaje largo... Cuando volví ya no era aquella mujer mía. Otro hombre supo cogerla por el corazón mejor que yo... Se había casado. Al darme mi madre la noticia me pareció que el mundo me aplastaba y perdí la razón... Una locura furiosa... Recuerdo de ella: Como si unas llamaradas hubiesen invadido mi ser y, sobre todo, mi cerebro... Para calmarme, sentía la necesidad de destruir todo lo humano y lo divino... Matar era mi obsesión... ¡Pobre madre mía! ¡Cuánto sufrió durante los días que estuve en casa!... Al fin me trajeron al manicomio... Cuatro años permanecí preso de mi demencia... Cuatro años fascinado día y noche por la imagen de Estrella, que así se llamaba. Unas veces la veía ardiendo; otras, en-

sangrentada; otras, flotando muerta sobre el mar; otras, con cuerpo de animales raros... Pero la veía ante mí tan precisa y tan tangible, que sólo porque sé que he estado loco me avengo a creer que no era ella...

—¿Y cómo curó usted?...

—Un día, hace poco, al levantarme, me la encontré en la salita de mi celda.

—Pero esta vez, ¿era de verdad?—pregunté, interesado.

—Sí—medió don Jaime—. Creímos que esta brusca emoción podía curar a don Carlos, y solicitamos el concurso de la dama, que ya había enviudado.

—Bueno; lo cierto es—prosiguió don Carlos, que al verla ante mí, vestida de negro, sentí algo así como si la mano que aprisionaba mi cerebro me hubiese soltado, dejando paso a las ideas normales; como si la venda que tapaba mis sentidos se hubiese desprendido; ¡qué sé yo!... como si otro sujeto que había dentro de mí, dominando mi voluntad, me hubiese abandonado... Es más: en aquel momento me di cuenta de que había estado loco y que despertaba de mi desvarío, y me lo expliqué todo... hasta la presencia de Estrella allí... No era ni su sombra... Había envejecido y se había desmejorado horriblemente... Recuerdo

que, al advertir su turbación y su miedo, lo primero que le dije, después de saludarnos, fué: «Eres cobarde, mujer; tiemblas de terror porque te crees a merced de un loco; tranquilízate. Lo he estado; pero ahora mismo estoy bien; tú acabas de curarme...» Y seguimos hablando normalmente. Y aquí viene lo más raro y lo más triste tal vez... Aquella mujer, por la cual yo había enloquecido, conforme íbamos hablando y yo la iba observando se alejaba de mi espíritu, hasta que llegó un momento en que no me expliqué que yo hubiese estado enamoradísimo de ella... Al final de nuestra entrevista me era indiferente; es más: me pesaba un poco su conversación, porque no tenía nada que decirle ni me interesaba nada de su vida... Al verla marchar exclamé al oído de mi enfermero: «¡Y que yo haya estado loco por esa mujer!...»

—Y desde entonces está bien—terminó don Jaime—. Pero vamos a visitar el establecimiento antes que se vaya la luz...

Salimos al jardín... Era una tarde dorada, pero fría. Por los paseos estaban diseminados los enfermos, recibiendo la caricia del sol... Unos hablaban solos; otros paseaban febrilmente, poseídos de una inquietud mecánica; los más hacían gestos incomprensibles; algu-

nos proferían gritos inarticulados e incoherentes... A nuestro lado, un muchacho joven simulaba tocar el violín, sin tener el instrumento, sino con las manos en flexión, y se congestionaba como si en efecto estuviese haciendo un gran esfuerzo corporal... Era horroroso el espectáculo. Daban ganar de huir... Nuestra presencia llamó la tención de pocos, pues los más nos miraban indiferentes, como si no nos vieran. Y los ojos de aquellos hombres, cuyos andares vacilantes de sonámbulos eran trágicos, imponían..., unas veces, por su vago mirar, y otras, por su demasiada expresión...

—¿Cuántos enfermos hay en la actualidad? —le pregunté al Director.

—Ciento setenta y siete hombres y ochenta mujeres.

—¿Luego abunda más la locura en el hombre?...

—No, señor; es que la mujer es más fácil de manejar, y las familias no se deciden a traerlas al Sanatorio.

—¿Cuál es la locura más frecuente?

—Delirio de grandezas, que se agudiza más fieramente mientras más inteligencia y más cultura tuvo el sujeto.

—¿Quiénes están más predispuestos a la enajenación mental?

—¡Oh!, los sujetos de gran capacidad intelectual. Aquí, ya verá usted, hay individuos de una cultura extraordinaria y de una fantasía portentosa.

—Esta enfermedad, ¿es hereditaria?

—Casi siempre... En muchos casos ataca a los hijos de los alcohólicos, y otras veces se produce como consecuencia de enfermedades adquiridas en vida crapulosa.

—¿Y se curan muchos?...

—Sí, bastantes, si la enfermedad ataca al sistema nervioso; cuando se aloja en el cerebro, es casi imposible... Aquí damos de alta completamente curados un quince por ciento anual.

—¿Qué procedimiento emplean ustedes?...

—No es posible concretarse sobre esto. Cada caso pide un tratamiento distinto; el general es la alimentación, la tranquilidad y la higiene; que el individuo recobre el sueño, lo que conseguimos por medio de hipnóticos, y al mismo tiempo le vamos medicinando levemente, y por medio de la persuasión, sin contrariarlo grandemente, procuramos desvanecer sus sombras y sus inquietudes.

—Cuando están furiosos, ¿se les castiga?...

—Jamás. Por lo general, los enfermos todos son furiosos si se les contraría bruscamente, y

como aquí no se emplea ese procedimiento, raro es el caso de un enfermo furioso... Si tal ocurre, se le aisla y se le vigila convenientemente...

—¿No se les permitirá usar armas?...

—¡Quite usted, por Dios!... Ni a los enfermeros siquiera... El reglamento lo prohibe.

Resueltamente, y como un hipnotizado, se acercó a nosotros un enfermo... Tendría treinta y cinco años, y conservaba las líneas y el aspecto de un gran señor. Sus ojos ahuevados miraban quietamente.

—Este caballero—me advirtió don Jaime—es profesor de Ciencia y padece delirio de grandezas...—Después, dirigiéndose al enfermo, prosiguió—: Buenas tardes, don Alberto. Estos señores son unos amigos que desean hablar con usted.

—¡Hablarme a mí!—exclamó el loco, sorprendido y mirándonos fijamente—. ¿Y sabéis, acaso, quién soy yo? Yo soy Alfonso XIII, Guillermo II, Nicolás I, Jorge V... Soy todos los monarcas del mundo involucrados en uno solo verdadero... Tiburcio... Anacleto, Pascual..., Robustiano.

—¿Son sus nombres de usted?...

—¿Mi nombre?... ¿Mi nombre?... No sé cómo me llamo; por eso siempre firmo con cuatro o

seis nombres... Yo he sido herido en los Balkanes anteayer; pero quedé como un valiente... En cada bolsillo llevo a un monarca... He aquí a Jorge V—y al decir esto sacó del bolsillo el pañuelo de las narices—; he aquí a Nicolás II—y sacó una cajetilla—; he aquí a Alfonso XIII—y sacó una bufanda—. Soy el hombre más libre del Universo... Y tengo más millones que nadie... Bueno, hablo todos los idiomas, ¿a que no me entendéis?... *Harasipuí; harasipón chiperipitón cua cua*. Es el ruso, imbéciles.

La conversación lenta, seria y sentenciosa de aquel enfermo la interrumpió otro; era más viejo. Se acercó, y nos dijo, acompañando sus palabras con un gesto de conmiseración:

—No le hagáis caso... El señor está completamente *ido*...—Y sin atender la mirada fulgurante del compañero, prosiguió—: Yo pongo huevos y doy el *do* de pecho... Ahora estoy criando masa encefálica; pero no puedo llegar a constituirla por completo, porque los alimentos que nos dan en esta casa son muy malos: carnes rojas en particular; ¿y quieren ustedes decirme cómo se puede formar masa gris comiendo carne roja?... Imposible...—Y tras decir esto, se alejó riendo escandalosamente.

Pasamos por una galería donde estaban gru-

pos de locos jugando a las cartas y a las carambolas; los paños de las mesas estaban llenos de «sietes». Todos nos saludaban respetuosamente, y muchos se acercaban a hablarnos de su manía... Uno era adivinador de pensamiento. Otro tenía cuerpo de caballo... Esquerdo nos iba informando de aquellas vidas trágicas.

Subimos a las celdas. Muy limpias, muy soleadas... Al fin llegamos al cuarto de Emilio Carreras... ¡Pobre Carreras!... Allí estaba, postrado en una gran butacona, cubierta su cabeza por una clásica gorrilla madrileña. Era el mismo que tanto nos hizo reír con su gracia chispeante desde el escenario de Apolo... Y él, que tantas neurastenias quitó con su arte maravilloso, ahora era devorado por la locura...

Como su rostro no expresase nada al vernos, le pregunté:

—Emilio, ¿no me reconoces?

El alzó los ojos y me miró con frialdad... Aquella mirada entre idiota e indiferente la sentí en el corazón... Hubo un penoso silencio y...

—Somos nosotros, Emilio—le dijo Campúa, apretando cariñosamente su mano...

Nada, no despegó sus labios. La misma mirada y la misma indiferencia... Era tremendo

aquello... Estábamos ante un muerto en vida... Con las lágrimas en los ojos abandonamos al amigo...

....

Y como esta información se hace demasiado larga, y no quiero que digáis que yo también he perdido la razón escribiendo, dejo para mi próximo artículo el hablaros de *ellas*, de las pobres locas...

¡ELLAS!

Y penetramos por una pequeña puertecita que había en la reja en el patio de las locas.

Era amplísimo y cuadrado. Por los soportales y por el surtidor que tiene en el centro da la sensación sedante del patio de un claustro. Sobre los bancos de madera y sobre los escalones que dan acceso al interior del edificio estaban sentadas las pobres locas. Nuestra entrada fué acogida con gritos extraños y con agudas carcajadas: carcajadas trágicas que nos transían con un calofrío de terror. Las había jóvenes y viejas, frescas y marchitas, repugnantes y deseables. Sin embargo, advertí que eran más numerosas las mujeres bellas. ¿Por qué?... No sé. La locura es posible que tenga buen gusto y prefiera tejer su hábito blanco con las almas

más halagadas. Casi todas llevaban flores en la cabeza, y las que no, hierbajos. También muchas tenían los cabellos sueltos.

—¿Qué locura es la más frecuente en la mujer?—le pregunté a don Jaime.

—La genésica. Sin embargo, se repiten los mismos casos que en el hombre. ¿Ve usted aquella rubia que está enseñando las piernas? Es la marquesa X; su monomanía es de persecución.

Yo miré pasajeramente a la aludida; pero la que más llamaba mi atención era una damita de unos veinte años que, apoyada en el muro, se abrasaba de melancolía. Llevaba esparcida sobre los hombros la negra melena. Su rostro tenía una belleza extraordinaria. Al acercarnos nosotros, la hermosísima loca alzó sus ojos negros y nos miró con una avidez muda... Después avanzó de puntillas hasta mí, y con una voz muy queda y muy trémula, voz que parecía un suspiro de su ser, exclamó:

—¿Eres tú, Luis?...

—Sí, yo soy—la contesté.

Un ansia fulguró en las negras pupilas de la loca.

—¿Tú?...—volvió a preguntarme.

Y aquel asombrado *¿tú?* expresaba bien claramente el *por qué* de aquella locura de amor.

—Sí, yo—torné a mentir, en mi afán de bucear en los laberintos de aquel espíritu.

—A ver si tienes la cicatriz.—Y al decir esto me quitó el sombrero, y con sus ojos fijos y extasiados me examinó la frente.— No; no tienes la cicatriz que yo te hice... No; tú no eres mi Luis... Mi Luis ha muerto... Yo le he matado... Yo le he matado...

—¿Cuándo le ha matado usted?

—Ayer..., esta noche... No sé...; pero le he matado. Le veo en el otro mundo.

Y los ojos de la bella loca quedaban fijos y suspensos en el aire, mirando al lado opuesto a nosotros, como si en realidad una dulce visión la fascinara.

—¿Por qué está loca esta mujer?

—Es un caso original—nos explicó Esquerdo confidencialmente—. Esta señora es sevillana; pertenece a una de las principales familias de Andalucía. Se llama Carolina Sanz. Pues bien: a los diez y siete años—hace tres—se casó, enamoradísima, con un militar... Tuvieron un hijo... Una noche, esta dama soñó que su marido le era infiel y que estaba allí mismo, a su lado, amando a otra mujer... Se levantó del lecho, fué al despacho, cogió la pistola y disparó tres tiros sobre el lecho conyugal, donde dormían tranquilamente el marido y el hijito...,

con tan mala suerte, que a los dos los dejó allí muertos... Desde entonces está enferma, y en su monomanía de interpretación cree ver en todos los hombres al esposo asesinado.

—¡Es espantoso!...

Mientras que hablábamos, una mujer de unos sesenta años le hacía guiños desvergonzados y deshonestos a Pepe Campúa...

—¡Qué rico eres!... ¡Mírame, ladrón! ¡Ay, qué ojos tienes!... ¡Qué ojos!... ¡Qué ojos!...

Al mismo tiempo, con el cuerpo gordo y barrigudo hacíale contorsiones cómicas... Era muy triste aquello, espantosamente triste; pero reíamos todos...

—¿Es usted el inspector de manicomios?... —me preguntó una joven menudita y linda, con los cabellos prematuramente grises.

—Sí, señora, ¿qué desea usted?...

—Quería decirle a usted que yo estoy aquí recluída indebidamente, por mandato de mi marido, que es un canalla...

—¿Y eso?...

—Pues nada; que él quiere estar libre para gastarse mi fortuna en juergas y con otras mujeres... A fuerza de dinero ha conseguido que me declaren loca; pero yo, señor, no estoy loca; ¡se lo juro a usted!... Estoy desesperada de verme aquí, entre esta pobre gente.

Era tan sensata toda la conversación de esta mujer, que a mí me sorprendió, y dirigiéndome a don Jaime, le dije:

—Esta señora parece más cuerda que nosotros.

Esquerdo sonrió mi inocencia, y sonriendo a la pequeñita dama, le preguntó:

—Vamos a ver, doña Blanca, ¿qué piensa usted hacer al salir de aquí?...

—¡Ah, hijo mío!... Volveré a mi casa...

—Y en su casa hará usted una vida correcta.

—Ya lo creo... Con un poco de libertad, porque yo soy partidaria del amor libre... La noche que se me apetezca y lo tenga por conveniente me marcharé por ahí con quien quiera...

—Eso no me parece bien, doña Blanca—intervine yo.

—¡Ah, no!... ¿Y, en cambio, le parecerá magníficamente marcharse usted?...

—El hombre...

—¡Qué el hombre ni qué ocho cuartos! Dios le dió la misma naturaleza al hombre que a la mujer, y no vamos a hacer caso de la cochina sociedad, que quiere esclavizarnos a las señoras... ¡No y no!... Y si sigue usted contrariándome, le doy dos bofetadas que le quito la cara.

—No; descuide usted, doña Blanca—exclamé yo, un poco alarmado por la amenaza—. Usted, siempre que hable conmigo, llevará razón.

—¡Pues no faltaba más!—se quedó murmurando, mientras nosotros seguíamos recorriendo el patio.

—¿Qué? —me dijo el Doctor—. ¿Está loca o no?

—Loca completamente—contesté rápido—. Y dígame usted, Doctor... Estas pobres gentes, separadas por el abismo de la inconsciencia de sus familias, ¿cómo pasan la Nochebuena?...

—Lo mejor posible... No crea usted, procuramos que se diviertan, y casi lo conseguimos... Esta noche es la única noche del año en que cenan reunidos ellos y ellas... La cena es extraordinaria; a base, como es natural, del clásico besugo, y les servimos la mesa el personal directivo y facultativo del manicomio. Después se celebra una función de teatro, en la que toman parte enfermos y enfermas... Y más tarde se baila y se canta... No crea usted, lo pasan bien.

—¿Sabe usted que me agrada todo eso? Yo, si usted me invita, vendré este año a pasar la Nochebuena con los locos.

—Invitado... Nos ayudará usted a servir la mesa.

Una muchachuela de quince o diez y seis años estaba muy entretenida al lado de la verja poniéndose hojas de palmera sobre sus cabellos rubios... Muy linda y muy angelical era la muchacha. Su rostro, inmóvil, espantosamente inmóvil, no expresó nada al vernos... Yo la hablé:

—¿Señorita?...

Su faz siguió insensible, expresando sólo una infantil inconsciencia, que era la fija insensatez de su dolor.

—Esta señorita quedó loca a los siete años... No sabe de la vida más que hay flores y que Dios la acompaña siempre...

Ella, al oír el nombre divino, rompió su silencio en una extraviada alegría...

—Sí, Dios... ¿Tú ves a Dios..., Juanito? Yo le veo..., le siento..., me sigue a todas partes... Miradle... Miradle.—Y con su larga y pálida mano de princesita de leyenda nos señalaba, ellos...

....

Caía ya la tarde cuando Campúa y yo regresábamos a Madrid... El sol, en medio de una mancha purpurina, daba los últimos estertores, tiñendo los campos con su resplandor de ho-

guera y fundiendo en un tono rojizo toda la gama de colores campestres. El *auto* corría, y el manicomio quedaba a nuestra espalda. Campúa y yo íbamos abismados en muy tristes pensamientos... El fué quien rompió el silencio:

—¿Sabes lo que estoy pensando?—me dijo.

—Sí.

—¿Qué?—inquirió.

—Estabas pensando lo mismo que yo; que si fueran muy frecuentes estas visitas al manicomio, terminaríamos por enloquecer.

—Justo—afirmé.

Lector: es mucho más triste un manicomio que un cementerio.



El doctor Serrano impregnó un algodón en iodo, y después, entre chirigota y chirigota, lo colocó sobre la roja herida del torero, cuya abertura tenía el tamaño de un duro. Campúa no pudo resistir una exclamación de horror, al mismo tiempo que, volviendo la cabeza hacia el balcón, esquivaba la cura cruel. Yo me contraje involuntariamente, como si hubiera rozado por mis carnes la tortura del herido. Él, en cambio, permaneció frío, indiferente, como si nada fuera con su cuerpo. Ni un estremecimiento, ni una contracción. Apenas desvanecióse un instante su perenne sonrisa. Era un valiente este gitano.

Alguien, un literato, un torero o un artista de los que estábamos allí, admirado de su estoicismo, le preguntó:

—¿Qué, ¿no te pica, Juan?...

—Qui... quiá, ho... hombre—repuso él con su lengua tartamuda y con su habitual buen humor—. Si... esto da ma... más gusto que la Banda Municipal.

Todos reímos.

El *fenómeno* estaba recostado de riñones sobre su elegante lecho inglés de caoba maqueada. Casi desnudo. Una camiseta y unos calzoncillos de seda cubríanle las carnes, dejando al descubierto sus recios brazos de pujados músculos. Por entre la camiseta asomaba, pendiente de una cadenita de oro, un manojo de medallas: las reliquias del matador, que él besa con frecuencia. Seguramente, allí estaría la Macarena.

En el cuadrante de hilo quedaba recortado el perfil absurdo y desquiciado del lidiador. Su tez, macilenta, casi broncínea; sus dientes, blanquísimos e iguales; sus ojos, negros, que miran profunda y melancólicamente desde las cuencas hundidas; las mandíbulas, desencajadas, como las de los Austrias, que imprimen en los rostros que así las tienen una simpatía sugestiva... Pulcramente peinado, y la coleta, como una culebrilla de ébano, trepaba retorcida por su nuca, quedando prendida por una horquilla invisible en el alisamiento de la impecable raya.

Cuando hubo acabado el médico de vendarle el muslo, nos preguntó:

—Qué, ¿nos vamos a dar un paseo?

—¡Vámonos!—aceptamos.

Ayudado por Conde, su mozo de estoques, comenzó a vestirse rápidamente. En un momento quedó el torero hecho un *dandy* dentro de un elegante traje negro. No le faltaba un detalle de buen gusto. Cogió un bastón, y salimos. Un *milord* y un grupo de chicos nos esperaban en la calle. Al aparecer el torero hubo una exclamación: «¡Eh! ¡Belmonte! ¡Belmonte!...»

—¿Está usted mejor?—se acercó un chicuelo a preguntarle.

—Sí, hombre—repuso el torero en condescendiente broma—. ¡Se vive... de milagro; pero se vive!

Después, volviéndose a nosotros, comentó:

—¿Ha visto usted qué respetuoso es ese *chaval?* Es raro, porque, generalmente, suelen decirme: «¿Qué tal, *Juaniyo?*»

—Y ¿a usted le hace gracia eso? Me parece que no, ¿verdad?

—Hombre, a mí no me gusta que me tutee nadie a quien yo no tuteo: es un mutuo respeto al que tenemos derecho todos los hombres.

Se acercó un pobre a pedirle limosna. El le

dió un duro. En seguida, otra, y otro duro. Nos acomodamos en el coche, que partió con dirección al Retiro. Y empecé preguntándole:

—¿Cuándo podrá usted torear, Juan?

—¡No sé; veremos! Si esto sigue progresando, tal vez el diez y seis en Málaga. Esta noche me voy a Sevilla con objeto de entrenarme un poco.

Belmonte, por el defecto de su lengua, habla lentamente, pero con corrección. Cecea mucho, y en el trato es todo lo contrario de lo que aparenta ser en la plaza. Charlando con él, desaparece el melancólico, el taciturno, el trágico del redondel, y se nos muestra bromista, risueño, alegre, superficial. Su espíritu es el de un niño de pocos años; cualquier chiste le hace reír. Las cosas más serias, al pasar por su conversación, recogen una broma oportuna. Su mirada es la de un hombre inteligente, que quiere enterarse de todo.

—¿Cómo nació en usted la afición a los toros, Belmonte?

—Hombre, eso sí que no puedo decírselo. Yo creo que lo llevaba en la masa de la sangre. Allí, en Sevilla, como usted sabe, existe la obsesión del toreo. No se vive más que para los toros. Todos torean. Raro es el camarero que mientras le sirve a uno un chato de Montilla o

un ponche de café no le da al parroquiano una verónica con el paño o un pase natural con la botella del agua. Y este ambiente es el que forma desde la niñez al torero. Yo allí, con los chicos de Triana, en vez de jugar a otras cosas, había formado una cuadrilla y dábamos corridas, donde nos revolcaba el toro de mimbre.

—¿Dónde toreó usted el primer becerro?

—Verá usted. Yo, ante la *banasta*, era muy valiente, hasta el punto que se me consideraba como el primer matador; pero los amigos me decían: «Juanivo, ¡qué *jindama* pasarías tú delante de un becerro!» Yo, la verdad, también lo creía. Entonces, para cerciorarme bien, acordamos reunir entre todos un duro que costaba torear un becerro en la Venta de Caraancha; recuerdo que era tan grande mi deseo, que puse, además del mío, el dinero que les correspondía pagar a varios de los muchachos. Llegó el día... Yo, la noche anterior, la había pasado sin cerrar los ojos; no sé si de miedo o de ilusión. Nos soltaron el becerro. Usted no puede imaginarse lo grande que nos pareció. Ninguno salíamos a torearlo. Al fin yo me impuse al miedo, y fuí el primero que me dirigí al torete y le di una larga cambiada. Me resultó tan bien, que ya me creí un *Lagartijo*.

—¿Usted ya había presenciado muchas corridas de toros?

—Ninguna. Yo he visto muy pocas corridas. La cuestión es que, cuando chico, me pasaba toda la semana reuniendo dinero perro a perro para ir a los novillos; pero llegaba el día de la corrida, y me daba lástima gastarme de pronto la pesetilla que había conseguido juntar. Yo salí a torear formalmente sin haber presenciado más que una corrida de novillos.

—Entonces, ¿quién fué su maestro?—le pregunté extrañado.

—Yo creo que en el toreo no se enseña ni se aprende. El que sabe, sabe porque sí, y el que no, no hay Dios que le enseñe. Bueno; pues después de esta becerrada nos reuníamos una pandilla de chicos y nos íbamos de noche a Tablada. Toreábamos desnudos, porque teníamos que atravesar el río a nado, dejando la ropa en la orilla. Y allí, a la luz de la luna o de un farolillo de acetileno, competíamos en verónicas, en pases de pecho, y, sobre todo, en revolcones. Las verónicas eran mi especialidad. Muchas veces nos sorprendió el alba vendándonos las heridas que nos largaban las vacas.

—¿Con qué toreaban ustedes?

—Con una blusilla que teníamos allí enterrada. Cuando estábamos llevando esta vida se

organizó una becerrada sin picadores, y salí yo de matador. Me tocó un becerrete manejable, y quedé como las propias rosas. Aquella fué la primera tarde que me llevaron en hombros a Triana.

Calló para deleitarse en el recuerdo; después:

—Se empezó a hablar de mí, y en una novillada benéfica consiguieron sacarme algunos amigos. Y no quiero acordarme de aquella tarde. Me tocó un toro veleto, que me quitó el tipo. ¡Qué fatigas pasé! Yo estaba loco, extenuado, lleno de indignación; me abrazaba al cuello del toro, llorando, y lo abofeteaba. Por fin, me lo echaron al corral, después de haberme tirado por los aires más de veinte veces y haberle dado yo más de cien pinchazos. ¡Lo que yo lloré aquella noche! Entonces abandoné mis aficiones taurinas, y con unas grandes desesperanzas me agarré al trabajo de bracero. Una azada y un pozo. Cavaba a destajo y hasta bien entrada la noche. No tenía otro remedio. En casa no había *una gorda*, y yo era un zagalón que debía dar mi rendimiento. Dos años estuve sin torear. Un día Calderón me sacó de mis casillas. Y volví al ruedo, dispuesto a quedar bien o a que un toro me *calase* definitivamente. Se dió una buena tarde. Y lo demás

lo saben todos. Tuve una racha de suerte, y me bautizaron con el nombre de *El Fenómeno.*

El trianero hizo una pausa, llena de indiferencia y de frialdad.

—¿Cuáles son los toros que le agradan más? —le pregunté.

—No tengo predilección. Me da igual. Los que salgan bravos. Yo no entiendo de toros una palabra. Dicen que los miuras son difíciles, y con miuras he logrado mis mayores triunfos. ¡Cualquiera sabe!

—¿Cuál torero le gusta a usted más?

—Usted no me va a creer; pero yo le juro por mi salud que no soy inteligente, ni en toros ni en toreros. Yo veo que todos los compañeros que alternan conmigo torean muy bien. No sé cuál lo hace mejor ni peor. Es más: yo no me doy cuenta de si toreo bien o mal. Hago siempre lo que sé: unas veces gusta y otras no. El público sabrá por qué.

—¿Qué le parecía a usted *Bombita?*

—No le he visto torear nunca. Y a *Machaco* le vi sólo dos veces que toreó conmigo.

—¿Usted presiente las tardes que va a quedar bien?

Dudó unos segundos. Después exclamó resueltamente:

—Le diré a usted... ¡Sí! Hay días en que, sin

saber por qué, sale uno al redondel *mosca perdío*, y entonces no sabe uno ni meterse en el burladero, y otros, en cambio, estamos alegres y todo sale bien.

—¿Ha tenido usted alguna vez miedo delante de un toro?

—¡Hombre, muchas veces! Mejor dicho, ¡siempre! ¿Quién es el *gachó* que no tiene *jindama* delante de un toro? Ahora bien: ese miedo insuperable que le hace a uno perder la conciencia de lo que es, ése no lo he sentido yo jamás. Para mí es preferible la cornada de un toro a la vergüenza de una pita.

—¿Le emocionan a usted las ovaciones?

—Muy pocas veces. En la última feria de Sevilla se me saltaron las lágrimas. La gente, de pie, aplaudiendo, la música tocando y yo llevado en hombros. Resultaba imponente.

—¿Cuál es la tarde que ha estado usted mejor?

—Creo que fué en Écija. ¡Qué tarde!

—¿Quién le enseñó a usted el pase de molinete?

—Nadie. Un día, toreando en Huelva, me salió un toro muy bravo, con el cual me harté de hacer cosas. Ya no sabía más, y entonces intenté ese molinete, que no me resultó mal del todo.

—¿Tiene usted presentimientos de su vida futura?

—Ninguno. Yo creo a ojos cerrados en el sino. Una prueba: yo jamás hablé a un empresario para que me sacase a torear, y, sin embargo, he toreado en todas partes. Estaba de Dios.

—¿Es usted supersticioso?...

—Nada absolutamente. Mi mejor amigo es un tuerto, el cual me ha estado acompañando mucho tiempo a todas las corridas. Era lo primero que veía por la mañana y al salir a la plaza.

—¿Cuánto dinero lleva usted ganado?

—No sé; ahorrados, unos cien mil duros.

—¿Cuándo piensa usted retirarse?

—Cualquier día... que le tome asco a los toros. Pero, ¿en qué me iba a ocupar?

—¿Ante qué público le gusta más torear?

—Me da igual. Mis mejores faenas las he hecho por los pueblos.

Pasó un silencio. Estábamos en el paseo de coches del Retiro. Nos cruzamos con un *auto*, donde iban dos bellas damas. Una nos arrojó una rosa, al mismo tiempo que decía: «¡Para Belmonte!»

El agasajado agradeció con una sonrisa. Yo aproveché la ocasión para preguntarle:

—Dicen que las mujeres le traen a usted de cabeza.

—¡Hombre, sí, me gustan mucho!—contestó riendo—. ¿A quién no le agrada una *gachí* bien puesta?

—¿Tiene usted novia?—inquirí.

—*¡Camará!* Eso ya es querer saber demasiado.

—Le advierto a usted que esto no es para contarlo.

Me miró fijamente. Después repuso con más seriedad:

—Pues si es así, de hombre a hombre, le diré a usted que sí: tengo novia y estoy enamoradísimo de ella.

—¿Y cuándo piensa usted casarse?

—Dentro de este año. Ahora, de esto le ruego a usted que no diga ni una palabra. Son cosas que no se pueden tomar a *chufla*.

—Ni una palabra, Juanito; pero, dígame usted, ¿quién es?...

—¡Una muchacha!—contestó él, con tono zumbón.

—Ya lo comprendo; pero, ¿cómo se llama?

—¡Dolores!—repuso el trianero gitano, saboreando el nombre.

—¿De Sevilla?

—No, señor; de Madrid.

—¡Ah! ¡Ya!—exclamé yo, recordando a una bella niña de la aristocracia, hija de un alto personaje de la política, a la cual el trianero había brindado la muerte de su toro una tarde.

—Se llama Dolores..., y vive en la Castellana, ¿verdad?

Belmonte prestó su asentimiento con una sonrisa.

—La misma; pero ni una palabra. ¡No sea usted *malange!*

Yo evadí, sin prometer.

Una florista le echó un clavel. Él le dió una moneda de plata.

—Dicen por ahí que Joselito y usted no son buenos amigos.

—Leyendas. Joselito y yo seremos dos buenos compañeros, aunque los apasionados se empeñen en lo contrario. En la plaza, ante la muerte, todos nos queremos bien, aunque cada uno defienda noblemente su puesto y procure quedar lo mejor posible. ¿Qué tiene que ver lo uno con lo otro?...

—Con qué le gusta a usted más torear, ¿con la muleta o con la capa?

—Con la muleta.

—¿Piensa usted poner banderillas alguna vez?

—Veremos. Pero yo soy muy poco ágil para esa suerte.

—¿Qué aficiones tiene usted además de los toros?

—Acosar y derribar me gusta más que el toreo. Después, leer y el cinematógrafo.

—Dicen que con Vicente Pastor le agrada a usted torear más que con ningún otro.

—Me es indiferente. Eso lo dicen porque como Vicente Pastor y yo hemos toreado juntos fuera de España, suponen, con razón, que nuestra amistad es más entrañable. Vicente Pastor es muy bueno y un compañero muy cabal. Pero en la plaza me es igual estar con él que con otro.

Nos detuvimos en la Rosaleda. El trianero echó pie a tierra trabajosamente. En todos los coches que pasaban se oía la misma exclamación:

—¡Belmonte! ¡Belmonte!... ¡Belmonte el trágico!

Y él reía...

ÍNDICE

INDICE



ÍNDICE DE LAS DIEZ SERIES

LO·QUE·SÉ·POR·MÍ
(CONFESIONES·DEL·SIGLO)
ÍNDICE·DE·LOS·TOMOS·PUBLICADOS

Indice de la cuarta serie.

Indice de la quinta serie.

Indice de la sexta serie.

Indice de la séptima serie.

Indice de la octava serie.

Indice de la novena serie.

Indice de la décima y última serie.

OBRAS

DE

"EL CABALLERO AUDAZ"

EDITADAS POR «MUNDO LATINO»

Desamor (novela).
La virgen desnuda (novela).
La bien pagada (novela).
En carne viva.
La sin ventura (novela).
El divino pecado.
Emocionario.—Almas y paisajes.
De pecado en pecado (novelas).
Lo que sé por mí (interviús con celebridades contemporáneas).—Diez series.
Con el pie en el corazón (novela).

PRÓXIMAS A PUBLICARSE

Horas cortesanas.—Ambientes.
El jefe político (novela).
Hombre de amor (novela).



